Introducción
al
Estudio de la Biblia

POR EL DOCTOR

W. BOYD CARPENTER

TRADUCIDO POR MANUEL CARRASCO

MADRID
LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA
CABALLERO DE GRACIA, 60
1923

Este libro es propiedad
de la B. P.
El bibliotecario

Introducción
al
Estudio de la Biblia

POR EL DOCTOR

W. BOYD CARPENTER

TRADUCIDO POR MANUEL CARRASCO

MADRID
LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA
CABALLERO DE GRACIA, 60
1923

IMP. HARO.—MÁLAGA

Iglesia Evangélica - Santa Cruz de Mudela

Prefacio del Traductor

El pequeño volumen que hoy ofrecemos a los lectores de lengua española, contiene en pocas páginas, los resultados positivos de la crítica sagrada.

Su autor fué, hasta ha poco, un distinguido prelado de la Iglesia anglicana, que supo unir, a una fe viva en el Cristo, luz del mundo, un vasto conocimiento de todos los problemas que la ciencia moderna presenta a la consideración y meditación de los hombres cultos. No quiso, como otros prelados, taparse los oídos, para no oir la voz de la ciencia, que es también la voz de Dios, sino que los abrió para oir lo que ella nos dice, a fin de comprender mejor el mensaje contenido en la Biblia.

Lo que la crítica sagrada le ha enseñado, lo consigna en estas páginas. La mayoría de los lectores habituales del sagrado volumen, aquí en España, están todavía imbuídos en la vieja tradición judía, que los lleva a considerar ese libro, algo así como un fetiche caído del cielo, y ajeno por completo al trabajo y a las vicisitudes porque pasan las obras humanas. Se figuran que de este modo señalan mejor el lugar único que este libro ocupa en la Humanidad.

Pero ese concepto de la Biblia es erróneo. Los cristianos evangélicos cultos de otros países lo saben bien, desde hace mucho tiempo. Pero entre nosotros todavía impera de modo absoluto la vieja concepción; porque tenemos la desgracia de que los frutos de la ciencia no lleguen aquí, sino cuando ya están hartos de saborearlos en otros países más venturosos. Cerrando los ojos a la luz de la ciencia, hacemos un mal servicio a la Biblia, y nos ponemos en pugna con los espíritus cultos y reflexivos, que no pueden ya alimentarse de las viejas concepciones teológicas.

La Biblia es y será el libro de los libros, no porque todo su contenido sea infalible, como en otro tiempo se creyó, y sigue todavía creyendo mucha gente, ni porque todo él sea inspirado de Dios; sino porque contiene la historia de los procedimientos que Dios ha empleado para educar al hombre, y elevarlo de la animalidad a la espiritualidad; del estado de miseria moral en que yacía, hasta la santidad humana más perfecta, realizada plenamente en Jesucristo, en quien lo divino y lo humano se unieron en perfecta armonía. Por eso el Redentor de los hombres gustaba designarse con el apelativo de *Hijo del Hombre.*

La Biblia es y será el libro de los libros, no porque sus redactores hayan sido esos hombres excepcionales cuyos nombres van erróneamente puestos a la cabeza de los libros, sino porque

a través de sus páginas fluye una corriente de agua pura y cristalina, que apaga la sed de las almas sedientas de perdón, santidad y paz divina. Esa corriente puede, a veces, enturbiarse por la ignorancia y pasión de los hombres; pero en su curso, que nunca se detiene, vuelve a aparecer más pura y más cristalina, hasta convertirse en esa fuente que, según la expresión de Jesús, salta para vida eterna.

La Biblia es y será el libro de los libros, mal que pese a ese racionalismo miope, que solo ve la forma y no sabe ir hasta el fondo. Las almas sencillas, al leer esas leyendas antiquísimas, hacen como la abeja en la flor, liban el néctar con que han de fabricar la miel; así ellas sacan la enseñanza espiritual con la que nutren sus corazones y sus espíritus en las luchas de la vida, sin preocuparse si lo que leen es una leyenda o una historia. Mientras que las personas cultas y reflexivas no se contentan con la forma ingenua en que la enseñanza viene contenida, sino que van hasta el fondo y sacan la substancia, al mismo tiempo que admiran el primer destello de la espiritualidad que aparece en esos tiempos remotos, en los que Dios empezaba la educación de la Humanidad caída.

¿No está el oro siempre envuelto en la ganga? ¿Y no hay que deshacer la ganga para sacar el metal precioso? Pues de igual manera es necesario deshacer la ganga, que son las leyendas, el cuento, el poema y las costumbres, para sacar el oro puro de la revelación divina contenida en la Biblia.

Diremos ahora lo que nos ha decidido a traducir este pequeño libro. Desde hace algún tiempo estábamos ocupados en un trabajo semejante a éste del obispo de Ripón, y teníamos ya acoplado algún material para ello, cuando en un viaje al extranjero, cayó en nuestras manos la traducción francesa de la antes dicha obrita. La leímos con deleite, y vimos que de todo cuanto habíamos leído sobre estas cuestiones, era la que mejor presenta los resultados de la crítica y la que mejor señala el camino para descubrir la revelación divina en la Biblia. Nos decidimos, pues, a traducirla, teniendo a la vista el original inglés y la traducción francesa de la distinguida señorita S. Godet, bien conocida en su país, la Suiza.

Esperamos que esta obrita hará comprender mejor el contenido de la Biblia a sus lectores habituales, y a los que no la conocen, les ayudará a descubrir el tesoro que se oculta en las páginas del sagrado volumen.

Introducción al estudio de la Biblia

A nuestros lectores

Tomamos la pluma para dirigirnos a los que están perplejos e inquietos, y no para los que están persuadidos de que la Biblia es un libro anticuado, repleto de fábulas y desprovisto de poder espiritual.

Tampoco escribimos para aquéllos que estiman que la investigación de la verdad es una profanación, cuando tiene por objeto los libros sagrados, mientras que la creen legítima en todos los demás ramos de la ciencia.

Escribimos para los lectores que están convencidos de que la Biblia nos trae el mensaje de la Verdad; pero que temen que la crítica disminuya el valor y la claridad de ese mensaje.

No pretendemos hacer aquí una exposición completa, ni siquiera aproximada, del desarrollo y estado presente de las cuestiones críticas, discutidas por los sabios.

Al tratar este asunto, no nos la damos de especialistas; sino que nos colocamos sencillamente ante la hipótesis, con la que todo lector de la Biblia debe de estar familiarizado, y hablamos como hombres, que, como muchos otros, se han hecho esta pregunta: Dado que sea necesario admitir los resultados de la crítica moderna, ¿hasta qué punto ha prescrito por causa de ello el mensaje contenido en la Biblia? Su virtud espiritual, el socorro práctico que trae a nuestra vida, ¿ha disminuído por causa de esa crítica?

En los estrechos límites de una breve introducción es imposible responder de modo completo a esta pregunta; pero procuraremos señalar algunas líneas directoras, que permitan a aquéllos para los cuales escribimos, llegar a una respuesta satisfactoria.

Nuestra convicción, no lo ocultamos, es que ha llegado el momento de que el cristiano debe tratar de estudiar todas esas cuestiones. Porque a pesar de la precipitación y de la torpeza de algunos críticos, los resultados generales de la crítica histórica, así como sus métodos científicos lograrán ser aceptados. Mas aunque no pretendamos en ninguna manera ser peritos en la materia, no hemos, sin embargo, ce-

rrado los ojos a los progresos de la ciencia; y hemos llegado a la convicción creciente, de que los debates de que se trata han servido para hacer más inteligible el carácter del mensaje divino contenido en las Sagradas Escrituras.

No negaremos que dichos debates hayan contribuído a acrecentar ciertas dificultades, ni tampoco que hayan suscitado problemas a los que sólo pueden dar solución estudios perseverantes; pero afirmamos que esos debates han hecho resaltar más claramente la naturaleza del mensaje que la Biblia trae a sus lectores. Ellos nos han enseñado a apartarnos de cuestiones inútiles, para fijarnos en las que son especiales y prácticas, a saber: comunicación progresiva de la palabra de Dios, revelación gradual del carácter divino y principios espirituales que rigen las relaciones del Padre celestial con el alma humana.

El estudio nos revela que esas leyes son constantes. Pero a la Teología incumbe el trabajo de explicarlas y limpiarlas de nociones temporales y terrenales. Mas su manifestación completa, en lo que se refiere a las necesidades prácticas del alma individual, se halla en Cristo solamente, y de una manera suficiente para todos.

La Biblia nos traza las etapas por las que el hombre ha sido conducido al conocimiento de esta verdad. Por un lado contiene la relación de los descubrimientos espirituales hechos por el hombre, y, por otro, el testimonio de la manera en que Dios mismo se ha revelado al hombre y le ha manifestado su carácter y las leyes de su reino. Porque nunca se repetirá demasiado, que lo que bajo un aspecto puede ser considerado y llamado progreso humano, bajo otro aspecto puede y debe ser calificado de dirección divina. Toda la historia de la Humanidad y la Biblia son buena prueba de ello.

Mas la característica muy especial de este libro es, quizás, que la presencia, la providencia y la revelación de Dios se hallan constantemente afirmadas en él. Nos cuenta la historia de hombres que, a pesar de sus extravíos y de sus faltas, vivieron de modo excepcional con el sentimiento de la presencia de Dios, y nos legaron el volumen que, más que ningún otro libro, ha estimulado las inteligencias, formado las costumbres e inspirado las almas.

CAPÍTULO I

La Biblia y la verdad de la Biblia

Es la Biblia ese volumen, familiar a muchos lectores, que, desde el Génesis al Apocalipsis, contiene sesenta y seis libros designados con diversos nombres. En otro tiempo fué el libro reverenciado en todos los hogares, y del que nuestros padres y los padres de nuestros padres aprendieron de memoria sus relatos, sus poemas entusiastas, sus preceptos y sus palabras consoladoras. Los afligidos hallaban en él inagotable refrigerio; era el compañero de los solitarios y, para los indigentes, era el manantial de una esperanza invencible. En los baluartes como en los campos de batalla los centinelas aislados cobraban valor, repitiéndose las palabras del libro bendito. Los de corazón sencillo aprendían en él a sobrellevar el desamparo y el dolor, por el valor que les inspiraba. Miles de seres sacaron de él la fuerza y la resistencia; porque, como la devota campesina descrita por Cowper, «no poseían más ciencia que la de la Biblia, llena de una verdad que ignoró siempre el brillante francés». (1)

Pero, ¿puede ser nuestra actitud la de esta sencilla campesina? ¿Tuvo Voltaire razón? ¿Fué la fe ingenua un error? ¿Podemos nosotros hablar aún de la verdad de la Biblia?

La verdad de la Biblia

Tal es la pregunta que, bajo diversas formas, se ha hecho en el trascurso de los siglos, y que hoy se hace con más insistencia que nunca. ¿Sería exagerado decir que la duda, universalmente esparcida acerca de esto, ha tenido por resultado alguna negligencia en el estudio de los libros santos? La incertidumbre general incita a la mayoría a diferir,

(1) Voltaire.

ya que no a abandonar completamente, la lectura de la que nuestros antepasados extrajeron una esperanza tan firme y una consolación perdurable.

Dos clases de duda

Es necesario considerar esta cuestión, si es que queremos verdaderamente darnos cuenta del valor permanente de la Biblia. Nada daña tanto al progreso, como la incertidumbre que proviene de la ignorancia y la pereza. Hay, es cierto, una incertidumbre que estimula al lector, y que se refiere a puntos secundarios; y la fe que cree en la victoria del bien puede soportarla. Pero es paralizadora la incertidumbre sobre los principios que rigen nuestra vida; porque nos deja vacilantes, sin saber qué ruta hemos de seguir; y termina con frecuencia en una completa esterilidad. Esa duda nos hace víctimas del miedo, suprime en nosotros el valor de obrar y nos lleva a enterrar pusilánimemente el talento que hemos recibido de Dios.

Hay, pues, una incertidumbre que debemos desterrar, y otra que debemos estar dispuestos a soportar. Dudas referentes a materias sin importancia, tales como las referentes a la fecha de un acontecimiento, al orden de determinados capítulos; o si tal relato debemos entenderlo como parábola o como un hecho histórico; esas dudas pueden admitirse; pero no aquéllas que tocan muy de cerca a los deberes prácticos de la fe y de la vida.

Cada uno, pues, debe sentir y comprender la grande diferencia que hay entre los hechos subsidiarios referidos en la Biblia y los grandes principios espirituales, que nos revela. Algunas cosas y determinados sucesos podrían haberse realizado de otro modo, sin que eso tenga gran importancia para nosotros; es decir, sin que hayamos sido defraudados en alguna verdad de orden espiritual. ¿Qué importancia, por ejemplo, puede tener para nosoros el número de cuchillos traídos de Babilonia, o los hombres que fueron muertos en una batalla?

Y si nos es indiferente que haya habido diez o quince mil hombres matados, o que el número de cuchillos fuera pequeño o grande, ¿no es evidente que la exactitud del texto bíblico carece de importancia en semejante materia?

ESFUERZO CRISTIANO POR CRISTO

La exactitud histórica y las verdades espirituales

Cuando hablamos, pues, de la verdad de la Biblia es muy importante saber lo que queremos decir con eso. Hay que distinguir entre las verdades religiosas que la Biblia enseña y la exactitud o inexactitud de asuntos accesorios; entre los grandes principios y las interpretaciones más o menos acertadas dadas a ciertos pasajes. Además, la verdad espiritual es, a veces, completamenta independiente de la exactitud histórica.

Que la parábola del hijo pródigo esté o no basada en un hecho positivo, no la hace ni más ni menos instructiva.

Inútil nos parece, pues, querer decidir la cuestión. Todos hemos conocido hijos pródigos y a sus hermanos mayores, y, quizás, hayamos sido uno u otro.

Podemos, pues, afirmar ante todo, que es de capital importancia la distinción entre la verdad espiritual permanente y la exactitud histórica de la narración en que se halla contenida. El lector piadoso busca la primera, mientras que el historiador se afana por la segunda; y al aceptar francamente la ayuda del sabio, el lector piadoso no abandona ni compromete por eso su tesoro. Claro que sobre algunos puntos puede ocurrir que el trabajo del uno penetre en el terreno del otro, y que la pala del arqueólogo parezca aproximarse demasiado al sagrado altar de la fe. Pero hay cosas que no pueden ser conmovidas.

La verdad es, después de todo, la ley suprema, y la vida eterna es independiente de la cuestión de los nombres y de las fechas; y no puede consistir en distinguir si un relato es una parábola o un suceso histórico.

Ella se halla en el conocimiento de nuestra relación verdadera con Dios, en todo cuanto caracteriza esta relación y en el poder para realizarla.

Esta es la ciencia que da a la vida la fuerza que permanece, en concordancia con estas palabras de Jesús: «En esto consiste la vida eterna, en que te conozcan a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, al cual has enviado.» *(Juan, 17. 3.)*

Esta distinción es necesaria

Cuando se pregunta si la devota campesina de que habla Cowper tenía o no razón de creer en la verdad de la Bi-

blia, es necesario no perder de vista esta distinción entre las verdades espirituales permanentes y las cuestiones que sólo presentan un interés intelectual o histórico. La campesina se interesaba profundamente por las primeras; mientras que carecía de gusto y de aptitudes para las segundas. Todo cuanto tocaba a sus relaciones con Dios tenía para ella importancia suprema, mientras que nada le importaba ni le preocupaba el valor histórico de ciertos relatos o la exactitud de los números, de las fechas y de los nombres. Indudablemente su manera de interpretar los textos era demasiado literal. Ella no hubiese podido comprender la necesidad de transportar la porción de tal o cual libro de la Biblia a otro lugar; ni interesarse por lo que se refiere al segundo Isaías. Todo eso nos muestra que era una mujer que carecía de instrucción. Pero un rato de conversación con ella, nos hubiera probado que la firmeza de su fe, resultaba de la convicción que tenía de que estaba en relación personal y permanente con Dios, y de la confianza que le inspiraba esta convicción. Hablando en otros términos, ella era sobre todo sensible a las verdades religiosas que hallaba en la Biblia y de las que encontraba ilustraciones abundantes e irrecusables en los relatos históricos, en los salmos y en las palabras de los profetas. La verdad de la Biblia residía para ella en el hecho de que este libro la instruía tocante a sus relaciones con Dios y sobre el estado de cosas, alegrías, dolores, experiencias diversas que resultaban de su deseo o de su certidumbre de conocer esas relaciones. Las otras cuestiones, muy interesantes desde otro punto de vista,—cronología, coherencia literaria o histórica, estilo, lenguaje, costumbres,—permanecían de hecho fuera de su horizonte.

Todo lector que halla edificación en la Biblia, reconoce inconscientemente esta verdad

Muy conveniente sería que todo el que lee la Biblia se diera cuenta de esta distinción; porque es muy probable que millares de lectores más instruídos que la campesina de Cowper se hayan dado cuenta de ello, aunque de un modo inconsciente. En otro tiempo la Biblia era, en nuestro país, el vademécum de todo verdadero cristiano. Nuestros antepasados no emprendían un viaje sin llevarla consigo. Hombres graves, ocupados en negocios importantes del comercio o de la política, hallaban tiempo para estudiarla diariamente. Y buena prueba del fervor con que la meditaban son los pasajes señalados, los textos subrayados y las referencias que anotaban.

No vamos ahora a perder tiempo en lamentaciones, ni a espantarnos imaginándonos que el número de lectores respetuosos del sagrado libro sea menor que el de otro tiempo. Pero podemos preguntarnos si no se ha transformado la idea que se forman presentemente del valor de la Biblia. Hubo un tiempo en que se creía que no podía haber piedad elevada, ni experiencia religiosa profunda, sino en aquéllos que leían y meditaban la Biblia día y noche. Hoy muchos recusarían seguramente esta opinión de la piedad de antaño. Hoy, como en otro tiempo, hay muchos que desprecian el valor espiritual de la Biblia creyendo servir así los intereses de la Iglesia. Pero prescindiendo de éstos, que se parecen a los que cortan la rama en la que están sentados, muchos han llegado a dudar de su valor espiritual, porque se figuran que la crítica moderna ha modificado completamente la significación de la Biblia para la vida religiosa. Al oirles se diría, que el hecho de que la historia de Balaam o la de Jonás se hallen abundantemente impregnadas de inspiración poética, debilita y rompe el vínculo tierno y fuerte, que une el hombre a Dios; que si el Salmo 110 no ha sido compuesto por David, Cristo habría trabajado en vano para desenmarañar los hilos embrollados de la vida humana.

En el capítulo siguiente vamos a procurar mostrar, que el alma humana no puede ser facilmente separada del amor y de la solicitud de Dios.

CAPÍTULO II

Las verdades espirituales y las cuestiones cronológicas

Las relaciones entre el alma y Dios son independientes de las cuestiones de tiempo

Ante todo procuremos formarnos una idea clara de la diferencia que es necesario establecer entre los principios espirituales y la exactitud histórica.

Mas antes de proceder a esto, debemos de nuevo recordar, que la fuerza que nuestros antepasados sacaban del estudio respetuoso y diario de la Biblia, era, en gran parte, independiente de las cuestiones de crítica, que han llegado a ser, en la actualidad, preponderantes. El hombre piadoso de esos tiempos ingenuos, ignoraba casi por completo el estudio crítico, tal como hoy lo comprendemos. Leía cada uno de los libros de la Biblia para buscar en ellos su edificación personal, sin preocuparse de fijar la fecha de un escrito, ni de sacar tal o cual pasaje interpolado, que no concuerda con el contexto. Su alma tenía sed de Dios, y se esforzaba en discernir en ese libro maravilloso, las dispensaciones divinas respecto de los hombres; de descubrir en la historia de Israel los indicios de su providencia, y de observar los efectos de las leyes del bien y del mal. Gozábase en el estudio del carácter de Cristo y en meditar sus palabras. Su corazón sangraba al leer el relato de la crucifixión, y triunfaba al pensar en el Cristo resucitado. Sentía entonces, que el pecado que obraba en su corazón, era el mayor de todos los males; y con espíritu dócil y lleno de ardiente esperanza, seguía los argumentos de los apóstoles que proclamaban el perdón de los pecados y el don ofrecido a todos, de un espíritu que auxilia y cura. La esperanza de un reino de dicha y de gloria cubría su horizonte de la luz de un alba nueva, cuando se representaba al Cristo regresando del cielo de la misma manera que subió.

No es cosa fácil suprimir esas relaciones

Si consideramos que tal es el espacio en que se movían los pensamientos de nuestros devotos antepasados, y si eliminamos de él todo lo que es objeto de la crítica moderna; comprenderemos cuán poco hubiesen modificado el curso y el fin de sus estudios, las cuestiones de crítica que hoy nos apuran. Se parecían a los pescadores del canal de la Mancha, que no cesan en su trabajo, a pesar de que el número de vapores que hacen el servicio entre Francia e Inglaterra, es mucho más crecido y su marcha más rápida. Es verdad que sucede, que alguna de esas barcas de pesca, sea echada a pique por alguno de esos vapores rápidos; pero los pescadores no dejan por eso de seguir su oficio y de buscar en las aguas su subsistencia. En otros términos, démonos cuenta de que las fuerzas espirituales, de cuya existencia y potencia nos da testimonio la Biblia, son en la práctica, independientes de las cuestiones que agitan a nuestro mundo religioso. Hay entre Dios y el alma humana, un vínculo indestructible. La Biblia lo expresa, lo ilustra y lo confirma con más claridad y más vigor que ningún otro libro; y apenas si esta función de la Santa Escritura se halla entorpecida por las teorías de la crítica moderna.

Diferentes órdenes de verdades

Hay, en efecto, diferentes órdenes de verdades. Ciertas verdades se refieren a cosas transitorias, y otras a cosas permanentes; unas son accidentales o accesorias, otras son esenciales; las primeras son de tal naturaleza, que muy bien podrían ser otras sin inconveniente ninguno; mientras que la naturaleza de las segundas no nos permite concebirlas diferentemente. Así, por ejemplo, el hecho de que una piedra caiga con determinada velocidad, es una verdad accidental; porque está relacionada con la tierra en que vivimos, puesto que la velocidad de la caída es diferente sobre otros planetas. Mas la ley de la gravitación no es uu hecho accidental, sino un hecho universal. El hecho de que Guillermo el Conquistador comenzara a reinar en Inglaterra en 1066, no nos interesa especialmente; poco nos importaría que su reinado empezara un año antes o un año después. Mas el hecho de la conquista normanda es de real importancia para nuestra vida nacional. Que una libra tenga diez y seis onzas, es un hecho arbitrario: fácil es representarse una libra que valga veinte onzas, o que no valga nada más que doce. Pero cuando afirmamos que el todo es mayor que la parte, o que dos líneas rectas no pueden cerrar un espacio, afirmamos hechos que no podemos imaginar diferentes, y que nos parecen absolutos y permanentes.

La Biblia trata ante todo de las relaciones del hombre con Dios

Para abreviar el tema del valor espiritual de la Biblia, repetimos, pues, que debemos distinguir entre los principios que nos revelan las relaciones del hombre con Dios, y nos

instruyen sobre las condiciones de esa relación, y nos ayudana realizarla; y esas otras cuestiones de interés puramente intelectual que son del dominio de la Historia y de la crítica.

El examen más superficial de la Biblia nos permitirá ver que esas dos cosas deben ser separadas. La Biblia nos traza el camino por el que el hombre ha sido poco a poco conducido a tener consciencia de su parentesco con Dios. El primer sentimiento que tiene de esa relación, se halla todo impregnado de materialismo: conoce que depende de una o de varias divinidades; cree luego que puede contar con la protección da su dios particular; posteriormente llega a sentir que Dios tiene una voluntad, y que es el hombre quien ha de conformarse con ella, y no Dios el que ha de doblegarse a los deseos del hombre. La idea de la justicia de esta voluntad divina, llegó a oídos de los hombres por el ministerio de los grandes e ilustrados maestros, que llamamos profetas. El concepto de la justicia divina y de la necesidad de vivir en conformidad con ella, fué poco a poco desarrollándose en el pueblo de Israel.

Así adquirió el hombre la convicción de que la vida mejor vivida, es aquélla que se aferra al cumplimiento de esta voluntad, y de que la situación del alma con respecto a Dios, es la de un siervo con respecto a su señor. Al fin apareció aquél que realizó esta concepción en su vida, y fué el primero que reveló con claridad absoluta, que esa es la meta propuesta al hombre. Después que él hubo declarado y manifestado su relación con el Padre, dejó en herencia al hombre el don del Espíritu, a fin de que él también pueda realizar esa misma relación para sí y en sí mismo (1). Fuera de esos principios espirituales, la Biblia, según ya hemos visto, alude a una multitud de cuestiones extraordinariamente interesantes, pero cuyo valor consiste únicamente en que nos instruyen sobre materias históricas, arqueológicas, geográficas o etnológicas, que sólo tienen conexión accidental con las cuestiones espirituales de que hemos hablado. No las influyen en la práctica; porque ellas no se ocupan sino de lo exterior, del vestido, diríamos, y no del alma; y cuando el

(1) Rom. 8. 16; 1.ª Juan, 2. 20; 3. 1-2; 5. 10.

hombre ora en el templo de Dios, el vestido que lleva puesto es de poca importancia. La cuestión capital es la que se refiere a sus relaciones con Dios.

Así, pues, si al estudiar la Biblia podemos seguir los grados por los que el hombre ha sido conducido a tener consciencia del parentesco íntimo, profundo, invariable de su alma con Dios; a discernir las condiciones de este parentesco, manifestadas en la experiencia religiosa; y, en fin, a reconocer el poder y la alegría que alcanzaron los que realizaron ese parentesco, entonces poco nos inquietarán las otras cuestiones arriba indicadas. Poco nos importará tener que modificar nuestra opinión sobre la exactitud de tal o cual relato; o admitir la fecha tardía de un libro; o reconocer que los que lo redactaron se sirvieron de materiales de valor histórico muy diverso. La obra de la revelación consiste en establecer la relación verdadera entre el hombre y Dios. Y esta revelación permanece invariable; nada puede conmoverla. Si verdaderamente nos damos cuenta de esto, podremos entonces entrar, con afán tranquilo e inteligente, en el estudio de otras cuestiones que tocan a la Biblia, sin permanecer por eso indiferentes a las soluciones que a ellas les den; pero sin experimentar ansiedad tocante a los resultados, ni sentir ninguna irritación contra aquéllos que se consagran a la investigación de la verdad.

CAPÍTULO III

El estudio crítico se impone

El estudio crítico del Antiguo Testamento es inevitable

El mejor medio para aquietar nuestro espíritu tocante al estudio crítico del Antiguo Testamento, es el recordar uno o dos hechos. Preguntémonos, primero, ¿cual es, en la práctica, la actitud general de la opinión cristiana respecto de esos escritos? Los más estrictos partidarios de la concepción mecánica de la inspiración, ¿pueden admitir que todas las partes del Antiguo Testamento tienen igual valor e imponen igual obligación? En todo caso, ellos no creen que debamos continuar ofreciendo

sacrificios sangrientos, ni tampoco tratan de observar las leyes ceremoniales. Si les preguntamos ¿por qué, creyendo en la autoridad divina de la Biblia, no se conforman en estas materias con sus mandamientos? Nos responden que Cristo es el fin de la ley, y esas ordenanzas eran temporales, y no tenían nada más que un valor simbólico. Cualquiera que fuera el valor obligatorio que esas leyes tuvieran para el pueblo judío, carecen de autoridad para aquéllos que Cristo ha libertado del yugo de la ley.

La crítica tácitamente admitida

Consideremos ahora los principios implicados en esta respuesta. En primer lugar, los que la hacen, admiten que ciertas partes del Antiguo Testamento no tenían nada más que un valor transitorio y una obligación temporal: eran grados de la educación que la divina Providencia hacía del pueblo de Israel; estaban apropiadas a una edad, y eran incompatibles con otra edad. Eso equivale a admitir que el Antiguo Testamento nos revela un trabajo progresivo de educación. Pero es admitir también tácitamente el derecho, más aún, el deber del estudio crítico; puesto que queda admitido que el cristiano distingue y debe distinguir en el Antiguo Testamento los elementos transitorios de aquellos que son permanentes. Esta respuesta implica además, que, en virtud de su propio juicio, es decir, de la crítica, el cristiano rechaza determinadas partes de la ley, que estima inaplicables y sin fuerza obligatoria, mientras que reconoce en otras partes un valor permanente y obligatorio. Así se podrá decir, que las leyes morales son obligatorias y que las ceremoniales no lo son ya.

Y, sin embargo, si hacemos un estudio más atento, descubrimos que los cristiano están muy lejos de hallarse de acuerdo sobre la naturaleza y extensión de esta obligación. Los unos declaran que el cristiano no se halla ligado por ninguna parte de la ley, ni aún por la ley moral; otros afirman que sólo está en vigor la ley moral; no falta tampoco quien diga, yendo todavía más lejos, que estamos obligados a observar hasta las mismas leyes sociales de Israel; otros, en fin, quisieran someternos a la obediencia de determinadas leyes sociales, por ejemplo, la referente al sábado.

La discusión de esas diversas opiniones no nos incumbe ahora; si ya la mencionamos es para mostrar que aunque la crítica es tan denigrada por muchos, en la práctica todos hacen uso de ella.

Elección verdadera entre una crítica científica y la que no lo es

La cuestión no está, pues, en saber si el estudio crítico es permitido o no, puesto que todos hacen uso de él; sino en sí la crítica ha de seguir un método ordenado y científico, o ha de perderse en las divagaciones del prejuicio individual, es decir, en el capricho. En otras palabras; ¿no valdría más leer el Antiguo Testamento con toda libertad de espíritu, sin perder de vista que es una obra variada, que traza las etapas sucesivas del desarrollo religioso, social y moral de un pueblo notable, teniendo presente que el valor de ese libro consiste, no en el hecho de haber promulgado leyes, a las que tengan que someterse todavía los que conocen la ley de Cristo; sino en mostrar que Dios no ha cesado nunca de dar testimonio de lo que él es, y que ha instruído y educado al pueblo de Israel a través de los diversos grados de su crecimiento espiritual?

¿Qué dice la Biblia sobre su propia historia?

A mayor abundamiento, ¿no es eso mismo lo que dicen los profetas y los salmistas? Escuchad las palablas de Oseas: «Cuando Israel era muchacho, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Mas se alejaron de los que lo llamaban; a los Baales sacrificaban, y a los ídolos ofrecían sahumerios. Yo con todo eso, guiaba los pasos de Efraim, tomándole por sus brazos; y no conocieron que yo los cuidaba. Con cuerdas humanas los traje, con cuerdas de amor; y fuí para ellos como los que alzan el yugo de sus mejillas; y llegué a él la comida» (1).

¿Puede expresarse más claramente el carácter educativo de la historia de Israel, desde el principio hasta el fin? ¿No supone ese pasaje del profeta períodos de progreso y períodos de reacción? ¿No nos muestra el politeísmo que seducía a Israel y la paciencia con que fué elevado a una fe

(1) Oseas, 11. 1 a 4.

más pura y enseñado a no confiar ni apoyarse en sostenes que lo mantenían en un estado de infancia? Y ese pasaje no es único; una multitud de declaraciones análogas nos muestran en la historia de Israel, la historia de una educación a la que concurren dispensaciones providenciales, legisladores y profetas. Nada lo expresa tan bien como las palabras del profeta salmista: «Condujiste a tu pueblo como ovejas; por mano de Moisés y de Aarón» (1).

Así, pues, Israel fué incesantemente guiado como lo son las tímidas y estúpidas ovejas. Por consiguiente, no es tratando de imponer al cristiano tal o cual obligación de la ley o de la tradición judía, como se da muestra de una justa apreciación de la historia bíblica, sino más bien dándose cuenta de que las relaciones de Dios con su pueblo han ido aumentando en amor y en claridad. He ahí lo que importa mucho comprender.

La revelación de ese Dios, entonces y siempre el pastor y guardián de su pueblo, es lo que despierta en nosotros la fe; porque ella puede cumplir lo que no cumple la esclavitud de la ley: ella es la que puede hacer subir al corazón esta oración: «Oh Pastor de Israel, escucha; tú que pastoreas como ovejas a José, que estás entre querubines, resplandace. Despierta tu valentía delante de Efraim, y de Benjamín, y de Manasés, y sálvanos» (2).

Dos estados de espíritu diferentes

El estado de espíritu del que busca en el Antiguo Testamento el testimonio de las relaciones de Dios con el hombre, es muy diferente de aquél que está encadenado por un concepto mecánico de la inspiración. El primero se halla en la disposición del niño que busca y halla señales de la dirección variada, pero perseverante de un padre; el segundo en la disposición del legalista a quien solo satisfacen reglas bien definidas. El primero tiene el espíritu bastante libre y la conciencia ilustrada, para apartar lo que es evidentemente temporal y transitorio, como por ejemplo, las leyes que eran necesarias en un tiempo

(1) Salmo, 77. 20.
(2) Salmo, 80. 1 a 3.

en que el sentido moral y la percepción espiritual estaban imperfectamente desarrolladas; el segundo no comprende el alcance del plan progresivo de Dios. El primero se da bien cuenta de que, métodos diferentes pueden perseguir un mismo fin; el segundo murmura y critica cuando el Hijo del Hombre viene comiendo y bebiendo. En una palabra, es la diferencia que existe entre la búsqueda de los principios, y la de los preceptos; entre el amor al espíritu y el amor a la letra.

Jesús se esforzó por despertar la primera de esas disposiciones. Roconocía con toda verdad y sinceridad, que el Antiguo Testamento contenía la revelación de su Padre; pero la buscaba en los grandes principios y no en las ordenanzas específicas. Y no titubeó en poner de lado estas últimas, sancionando de este modo una crítica histórica razonable. El nos enseñó que muchas de las ordenanzas que se encuentran en la ley mosaica eran temporales, locales y adaptadas a las condiciones morales del pueblo en un momento dado; pero de ningún modo eran universales y permanentes. Aumentó la fuerza de la ley, rompiendo la cáscara para sacar en libertad el espíritu del mandamiento. Mostró que la justicia que Dios pedía era más profunda y exigente que toda obediencia exterior. Libertó al hombre de la letra, pero para mostrarle cuan indispensable, y al mismo tiempo, cuan imposible le era la obediencia en espíritu. Lo trajo a un sentimiento más profundo de su dependencia de Dios, enseñándole la necesidad de la comunión con el Padre Celestial. O dicho en otras palabras, mostró que el centro de la religión es la vida vivida en la plena consciencia de esta comunión.

Actitud de Jesús

Señalemos algunos rasgos de la actitud de Jesús sobre esta cuestión. Vemos que puso a un lado algunos preceptos y mandamientos e hizo poco caso de las ordenanzas de la ley. Su enseñanza sobre la impureza legal es buena prueba de ello.

La ley ceremonial declaraba impuros determinados alimentos y prohibía comerlos; pero Cristo enseña, que lo que contamina al hombre es la corrupción moral, «lo que

sale del hombre»; y que todos los alimentos son puros para los que tienen un corazón recto (1).

El contacto de un leproso acarreaba la impureza legal; sin embargo, Jesús, que anunció más tarde a sus discípulos que podrían beber impunemente cualquier bebida mortal, obró en esta ocasión en conformidad con su principio y tocó al leproso, sin curarse de la contaminación legal. Así también rechazó el legalismo sabático legal de su tiempo.

Abolió, en cierto modo, preceptos rigurosos de la ley antigua. A la ley del talión, que decía: «ojo por ojo y diente por diente» que representaba la justicia literal de otro tiempo, substituyó el noble mandamiento del amor.

Inauguró el reino de los principios que, posteriormente, habían de traer la abolición de los sacrificios y de la venerada costumbre de la circuncisión, tan rigurosamente ordenada en la ley. En otros términos, estableció principios que automáticamente habían de erigirse en jueces de la ley. Sancionó la crítica sensata que permite a los hombres poner de un lado lo que es anticuado. Su doctrina introdujo disolventes que concluyeron por arruinar todo aquello «que estaba a punto de desvanecerse» (2). E hizo todo eso, aunque a la hora de la tentación fué en el Antiguo Testamento donde halló las armas defensivas, y, en la hora de sus dolores, las palabras adecuadas a sus experiencias. El, que había experimentado personalmente el valor espiritual del Antiguo Testamento, abandonó con entera libertad sus más estrictas ordenanzas, y de esta manera nos enseñó, a la vez, lo que debemos y lo que no debemos buscar en él. No debemos considerarlo como una colección de leyes, que tienen igual valor y una autoridad universal; sino como el registro de los pasos por medio de los cuales Dios se dió a conocer a su pueblo; y también como un tesoro que contiene las experiencias de hombres que fueron educados por El, y que, a pesar de las faltas en su conducta y de las manchas en su carácter, dieron prueba de una confianza inquebrantable en Dios y de una devoción heroica a lo que estimaron su deber.

(1) Marcos, 7. 15.
(2) Hebreos, 8. 13.

Conclusión

En resumen y para concluír: Hemos visto que, en oposición con sus teorías, los cristianos han pronunciado un juicio crítico sobre porciones del Antiguo Testamento; que las acciones y la actitud de nuestro Señor justifican esta manera de obrar; que los principios mismos que él proclamó, no solamente sancionan la crítica, sino que la hacen necesaria; y, en fin, que el verdadero valor espiritual de la Biblia no es por eso ni alterado ni debilitado.

CAPÍTULO IV

La Biblia y la literatura de Israel

La Biblia contiene la literatura de Israel

La Biblia contiene las mejores obras literarias del pueblo judío. Pesemos bien la significación de esta sencilla afirmación.

Valor de la literatura

El lenguaje es cosa sagrada. Su santidad es con frecuencia desconocida; sin embargo, todos aquéllos que reflexionan comprenderán que tiene derecho a nuestro respeto. Es, en efecto, el medio de expresar la razón; y aun hay quien piensa que es el asociado inevitable de ella, puesto que creen que sin el lenguaje no puede haber pensamiento. No vamos ahora a discutir sobre esto, y nos limitaremos a afirmar que, como todo lo que vive, el pensamiento busca también su expresión, y así como el grano se revela por la flor y el fruto, el pensamiento se revela por la palabra. El lenguaje es, pues, sagrado por el hecho de ser el medio de expresión de la razón con que Dios ha dotado al hombre. Es, además, sagrado, porque es el vehículo por el que el hombre se comunica con sus semejantes. El «yo» oculto de un hombre halla en el lenguaje el medio de entrar en comunicación con el «yo», también oculto, de otro hombre. La verdad en el lenguaje es, por consiguiente, el corolario de la sinceridad del alma; es, si se quiere decir en otros términos, la ley no escrita que rige toda honrada relación entre los hombres. La falta de sinceridad en las palabras degrada la

personalidad que se manifiesta en ella, e inflige un doble deshonor, al que las pronuncia y al que las escucha. El verdadero «Yo», lo mismo en el que habla que en el que escucha, ha sido defraudado y escarnecido. Por eso mismo Jesús, que comprendía cuán sagrado es el lenguaje por ser agente de la manifestación del «Yo», dijo: «por tus palabras serás justificado y por tus palabras serás condenado». Y también pronunció esta severa declaración: «Toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio» (1).

Tiene, pues, el lenguaje derecho a nuestro respeto. Es un gran revelador al mismo tiempo que un gran persuadidor. De este concepto de la nobleza del lenguaje, pasemos a la literatura.

Es ésta la más elevada manifestación de una lengua, y en la que hallaremos la cristalización de lo que hay más grande y más noble en el alma de un pueblo. Se conoce a un pueblo por su literatura, así como se conoce a un hombre por sus palabras. Su alma se refleja en ella como en un espejo. Los grandes pueblos tienen una gran literatura.

Testimonio de la literatura de Israel sobre la conciencia religiosa

Ahora bien, la Biblia es una literatura. Si se quiere, se la puede llamar un libro; porque ha sido bajo el aspecto de un sencillo volumen que los cristianos la conocen desde hace muchos siglos. Mas desde otro punto de vista, merece tan poco el nombre de un sencillo libro como cualquiera de nuestras Antologías. Es una colección de obras diversas escritas en tiempos diferentes, bajo distintas circunstancias, y bajo la impulsión de emociones varias; y que posteriormente fueron reunidas en un volumen. A esa colección de escritos dan cierta unidad, el desarrollo histórico que señalan el progreso de la conciencia religiosa, de que ellos dan testimonio, y el grado espiritual a que inevitablemente conducen. En esos libros poseemos muestras de la literatura de los judíos, que datan de períodos sumamente distantes los unos de los otros, y en ellos podemos seguir la evolución de

(1) Mateo, 12. 36, 37.

sus conceptos morales y espirituales durante un espacio muy largo de tiempo.

La Biblia contiene los anales del desarrollo religioso del pueblo judío. En globo sabemos lo que el mundo debe a ciertas razas. Sabemos que debemos a los griegos la filosofía, la escultura y el drama; a los romanos las bases de la jurisprudencia, con modelos de organización política. Sabemos también, que así como los griegos han superado a todos los pueblos en el dominio de la filosofía y en el del arte, y los romanos han excedido a todos, desde el punto de vista de las instituciones militares y civiles, así también los judíos han sido superiores a todos los pueblos en la claridad de sus conceptos morales y en la elevación de su visión espiritual. La conciencia religiosa del pueblo judío es tan superior a la de los otros pueblos, como lo es la escultura griega.

La Biblia ilustra la capacidad religiosa del hombre

En la Biblia tenemos, pues, la literatura del pueblo que superó a todos los otros en sensibilidad y en conocimiento religioso. Y esta conciencia religiosa que se encuentra más o menos desarrollada en todas partes, se halla aquí en la forma más bella, más noble y más pura. El elemento espiritual de la naturaleza humana da aquí sus notas más claras y más armoniosas. Y así como el hombre que se ha familiarizado con las creaciones artísticas de los griegos, se ha formado un gusto que le impide admirar las producciones de un arte inferior, de igual manera, el que se ha alimentado de los escritos sagrados de Israel siente vivamente que superan extraordinariamente el nivel alcanzado por el esfuerzo religioso de las otras razas. No desprecia este esfuerzo, porque comprende la importancia que tiene desde el punto de vista de la perspectiva histórica, y lo halla interesante, instructivo y patético. Mas el que ha probado una vez el vino más añejo y más dulce, no puede desear el vino agrio de otros países.

La pretensión que tiene, pues, la Biblia a que la estudien atentamente, está fundada—prescindiendo ahora de las cuestiones relacionadas con la teoría sobre la inspiración y la revelación—en que contiene la literatura del pueblo más eminentemente religioso del mundo y en que en ella se halla

el testimonio de la conciencia religiosa de la Humanidad, expresada por una raza dotada de la más elevada organización espiritual. El hecho sólo de conocer el mensaje que trajo al mundo el más religioso de todos los pueblos, es por sí ya interesante para los que se ocupan de estudios históricos. Mas si la religión es cosa vital para todos los hombres, entonces el modo en que la han expresado los conductores de ese pueblo, el más espiritual de todos, reviste una importancia personal capital.

Valor que ese hecho confiere a la Biblia

Al hablar así, bien se comprenderá que sólo tratamos someramente el tema. No ignoramos cuáles son las dificultades históricas, literarias y morales que se presentan al lector de la Biblia; pero el examen de esas cuestiones debemos dejarlo para más tarde. Lo que nos proponemos mostrar ahora, es que la Humanidad debe al pueblo judío una impulsión religiosa que ha ejercido influencia considerable sobre la Historia y los destinos del mundo. Encierra vasta y profunda verdad la afirmación entusiasta del profeta: «De Sión saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra de Jehová» (1).

Concedamos que haya en ello no poco de entusiasmo patriótico; sin embargo, lo que queda de la verdad es sólido e irrefutable. Así como la ley romana está incrustada en la base de la justicia moderna de Europa, de igual manera se hallan admitidos por el mundo occidental los principios religiosos derivados de la literatura, es decir, de los escritos sagrados de los judíos.

Posición de la Iglesia respecto al Nuevo Testamento

Desde el punto de vista general que nos ocupa, tenemos el derecho de considerar el Antiguo y Nuevo Testamento como partes de una sola colección de literatura religiosa. Los autores del Nuevo Testamento eran ciertamente tan judíos como los que escribieron el Antiguo. Sin embargo, con otro propósito, y a fin de considerar otro aspecto de la cuestión, vamos a separar por un momento el Nuevo Testamento del Antiguo y presentar otro

(1) Isaías, 2. 3; Micheas, 4. 2.

argumento. En nuestro tiempo los hombres se han preocupado mucho de los orígenes del cristianismo. Ahora bien, ¿qué es el Nuevo Testamento? Podemos reconocer las discusiones acerca de las fechas en que fueron escritos los Evangelios, las controversias relativas al problema de los sinópticos y de las epístolas pastorales; no obstante eso, el que quiera saber algo de la Iglesia primitiva, no tiene más remedio que acudir al Nuevo Testamento. Los recientes asaltos de la crítica no nos parecen haber quebrantado nada, sobre este punto, la posición que tomaron las Iglesias de la Reforma. Porque si, en verdad, deseamos ser guiados por lo que nos enseñan los hechos, la doctrina y las costumbres de la Iglesia primitiva, no tenemos más remedio que acudir al Nuevo Testamento, que es lo mismo que apelar a la Iglesia apostólica. La palabra Iglesia es ambigua e induce a error; y ningún escritor serio debería emplearla sin añadir un epíteto que la defina claramente; porque si queremos conocer el pensamiento de lo que habitualmente se llama Iglesia, en la época más pura y más bella de su historia, antes que la influencia saludable y vivificante del espíritu y de las palabras de Cristo hubiese comenzado a declinar, antes que discusiones apasionadas sobre fórmulas intelectuales hubiesen transformado la fe personal en una simple ortodoxía desprovista ¡ay! de todo elemento moral, tenemos necesariamente que indagar cuál fué el testimonio que dieron los que fueron los verdaderos conductores de la verdadera Iglesia católica y apostólica. Así, pues, en su calidad de factor y factor esencial en el gran problema de la naturaleza del cristianismo primitivo, el Nuevo Testamento exige que hagamos de él un estudio asiduo y perseverante.

CAPÍTULO V

Algunas palabras sobre la poesía y la prosa

Hemos dicho que la Biblia es un compendio de literatura judía. Debemos ahora señalar la especie de lazos que debe evitar todo el que estudia esta u otra literatura cualquiera.

Las palabras se convierten en lazos

Bacón nos da sobre el lenguaje un excelente aviso. Los hombres, nos dice él, se figuran que la razón reina como soberana sobre sus palabras, pero con frecuencia los vocablos usurpan la autoridad de la razón. La razón es un soberano constitucional, y las palabras no deberían ser sino sus súbditos y sus obedientes mensajeros; pero con harta frecuencia los mensajeros descuidan transmitir la significación clara y completa del mensaje de su soberano. Los oyentes, a su vez, son enlazados por las palabras; en parte, porque, a pesar de toda la santidad y valor del lenguaje, éste no es sino un imperfecto vehículo del pensamiento; y también porque para que llegue al espíritu del oyente, el lenguaje tiene que atravesar una capa de ideas preconcebidas; así es que no llega sino falseado y disfrazado. Y son, en verdad, pocos los que han tomado la costumbre de preguntarse cuál es el verdadero sentido del mensaje recibido. Las palabras, ha dicho Hobbes, son las fichas de los sabios y el dinero de los locos. Infortunadamente el conjunto de los humanos considera las palabras como si fueran dinero, y da más valor al vocablo que a su significado; al símbolo más que a lo que el símbolo representa. Para los tales es aquello de «la letra mata». El espíritu solo es el que vivifica.

Forma y fondo

Con esto no hacemos sino repetir aquí una verdad evidente; y es que todo el que lee debe estar apercibido para distinguir entre la forma y el fondo; entre la verdad que le presentan y el vestido, es decir, la forma literaria con que viene revestida. Un mismo pensamiento, por ejemplo, puede expresarse de varios modos. «El que nada arriesga, nada gana», dice un adagio; pues este pensamiento encierra el mismo principio que estas palabras de Jesús: «el que ama su vida la perderá».

Una misma verdad puede expresarse directa o indirectamente; puede ser presentada bajo forma alegórica o de un raciocinio; de un poema lírico o de una narración. De aquí la necesidad que el lector se pregunte bajo qué forma se le presenta lo que está leyendo. Sin exageración se puede afirmar que un número considerable de lo que llaman dificultades de la Biblia, no hubieran jamás surgido, si los lectores occidentales se hubiesen hecho cargo de la inclinación que tienen los autores judíos adar a sus pensamientos una forma poética y alegórica. Y todavía se puede decir con más razón que el cincuenta por ciento, quizás, de las cuestiones ardorosamente debatidas y que dividen a los cristianos, no hubiesen originado ninguna controversia, si los escritores y comentadores occidentales hubiesen comprendido el genio del pueblo judío y la facilidad con que ese pueblo aceptaba figuras de lenguaje chocantes, atrevidas y repelentes, sin riesgo ninguno de ser mal interpretadas. Con mucha frecuencia los exegetas occidentales han tomado la poesía por la prosa, y ese error ha sido un manantial de numerosas herejías. Así, por ejemplo, los más antiguos capítulos del Génesis entendían los judíos que debían tomarse por una alegoría que sólo debían estudiar los que hubiesen llegado a la edad madura. La expresión «comer al Mesías» era una imagen corriente entre los judíos, a la que ellos no asociaban ninguna idea material. Era un modo gráfico de expresar el vigor, la alegría y la satisfacción que el Mesías traería. Y, sin embargo, cuando nuestro Señor empleó esta forma corriente de lenguaje y se lo aplicó personalmente, esto ha dado lugar a teorías materialistas y semipaganas, que son siempre seductoras para las naturalezas que dificilmente se elevan a conceptos de orden moral. Los judíos que oyeron a Cristo expresarse de este modo, nunca tuvieron la idea que se forman los occidentales, cuando leen estas palabras. Cuando ellos preguntaron: ¿«Cómo puede este hombre darnos su carne a comer»?—(esta noción les era familiar),—lo que les escandalizaba era que Jesús parecía revindicar para él el título de Mesías, de ese Mesías del que todo israelita fiel esperaba alimentarse. Ellos ponían el énfasis de su pensamiento en la palabra «este hombre»: ¿Cómo podrá este hombre hacer lo que sólo el Mesías es capaz de hacer, darnos a comer su carne?

Narración poética y poesía narrativa

Se extravían aquellos lectores de la Biblia que quieren entenderla en un sentido gro-

sero y literal, y que consideran todos los escritos que la componen como si fueran de la misma categoría. Es como ignorar la distinción entre la imagen y el hecho, entre la verdad y la expresión poética de la verdad. Y por causa de este error esos lectores pierden la enseñanza espiritual, tanto más penetrante cuanto más pintoresca y brillante es la forma que haya revestido. ¡Cuántos lectores hay que tropiezan en la historia de Jonás! Pero también cuán pocos son los que se preguntan si este libro debe ser colocado entre los libros históricos o entre los poéticos. Bastaría con reconocer en ciertas partes de la Biblia un elemento poético o alegórico, para que no sólo se disipen muchas dificultades inconsistentes, sino para sacar más claramente la enseñanza moral.

Y la viva comprensión de esta enseñanza ética restablece en nosotros el sentido de la proporción justa, y nos capacita para comprender, por un lado, cuán poca importancia tiene la forma del relato, y, por otro, cuán natural era revestirlo de esa forma, dadas las circunstancias que rodeaban al autor. En dos narraciones sumamente idealizadas encontramos un buen ejemplo de esto. Nos referimos a la historia de Balaam y a la de Jonás.

Por poco que penetremos el alcance moral de estas dos narraciones, reconoceremos en seguida las condiciones psicológicas a las que deben la forma en que nos son presentadas. La prosáica distinción entre lo natural y lo sobrenatural se borra inmediatamente, y el núcleo de la narración queda intacto. El profeta Jonás se niega a cumplir el mensaje divino, y entonces ve que todas las fuerzas de la naturaleza se conjuran para obligarle a cumplirlo. Balaam, ávido en buscar el lucro, a pesar de las protestaciones de su conciencia, encuentra a cada paso incidentes que aumentan sus presentimientos. Las cosas mudas se hacen elocuentes para la defensa del bien. Las estrellas en sus revoluciones combaten contra el mal; ¿qué hay, pues, de extraño en que las bestias del campo y los peces del mar, así como los vientos y las ondas y todas las potencias que asaltan al hombre, se estimen agentes que concurren a la ejecución del plan divino? Si para el salmista «un día emite palabra al otro día, y

una noche a la otra noche declara sabiduría» (1), ¿qué hay de extraño en que un escritor sagrado describa una asna reprochando al profeta su necedad?

Los hombres que son profundamente sensibles al contacto íntimo de lo divino con la vida humana, no deben ser censurados, si, algunas veces, escriben más preocupados de mostrarnos que Dios habla, que de decirnos cómo habla. Espíritus tan llenos de la conciencia de las realidades divinas, es muy natural que se expresen con un estilo impregnado de poesía, que causa la desesperación, o son un cepo en el que caen las naturalezas prosaicas. La instrucción religiosa, como lo ha dicho ya varias veces G. A. Smith, es con frecuencia independiente del hecho histórico. La Historia enseña a menudo religión; pero esa religión puede ser enseñada por medio de un sermón, de un poema, de una fábula, lo mismo que por la propia historia.

CAPÍTULO VI

Algunos métodos de interpretación

Importancia de una recta interpretación

La manera de interpretar la Biblia tiene tanta importancia como la Biblia misma. La Biblia puede ser bien o mal interpretada, como sucede con otro libro, o con un hecho cualquiera. Una ingenuidad malévola puede desnaturalizar determinados pasajes; y un espíritu de partido puede falsear el recto sentido. Existen numerosas pruebas de estos extraños métodos. Pasajes que tenían un alcance local o personal, han sido presentados como si encerraran una verdad universal.

Ejemplos

La descripción que el profeta Isaías hace en el último capítulo de su libro, del estado de corrupción del pueblo judío, ha sido considerada como una apreciación dogmática del estado moral del hombre, en todos los tiempos. No hay duda ninguna de que el estado moral descrito por el

(1) Salmo, 19. 2.

profeta, se ha repetido con frecuencia en el transcurso de la Historia de la Humanidad. Podemos, pues, atribuír a sus palabras un valor típico, pero de ningún modo dogmático y definitivo. De igual manera el pasaje de *Isaías, 33. 1 a 14*, que traza un cuadro trágico de un país arrasado por ejércitos enemigos, ha sido citado como prueba de la doctrina de la ruina eterna. Al texto de *Mateo, 16. 18*, cuyo significado es dudoso, se le ha dado una interpretación que no conoció ninguno de los grandes Padres de la Iglesia, y se ha convertido en el fundamento de pretensiones que han llegado a ser en la Iglesia fuente abundante de divisiones. Palabras como las que refiere *Mateo, 20. 16*, han sido despojadas de su fuerza natural y han sido puestas al servicio de controversias que han contribuído a oscurecer la idea de Dios en el espíritu del hombre.

Si la Biblia ha sido mal interpretada, la causa está en los prejuicios dogmáticos que con frecuencia llenan la mente de los controversistas. Las almas sencillas que se han limitado a buscar en ella el alimento espiritual, raramente han errado el camino. El honrado peregrino, por ignorante que haya sido, raramente se ha extraviado en ella. Desgraciadamente la repetición persistente de esos errores de interpretación ha logrado con frecuencia, extraviar a los lectores; porque las impresiones falsas, una vez producidas, son ya difíciles de borrar. He ahí por qué deseamos hacer una o dos observaciones sobre algunas ideas erróneas, que son muy a menudo la causa de falsas interpretaciones de la Biblia.

Extravíos de la imaginación Es un grave error—por no decir otra cosa más fuerte—sustituír el silencio de la Biblia con materiales que suministra la imaginación, y poner luego esos materiales al servicio de tal o cual interpretación de una narración determinada. He aquí, como ejemplo de este modo de obrar: Los evangelios relatan muy sucintamente los cuarenta días que nuestro Señor pasó en la tierra después de su resurrección. Sobre ese espacio de tiempo los datos que nos dan son breves y escasos. ¿Pues qué hacen los definidores de doctrinas? Se guarecen detrás de este silencio para afirmar que el Señor estableció y sancionó durante esos cuarenta días todos los dogmas que ellos quieren meter en su credo, todas las prácticas que estiman deben ser observadas, y todas las disposiciones y ordenanzas que juzgan indispensables a la organización que ellos han imaginado debe reinar en la Iglesia. ¿Que no existe el más leve indicio que permita hacer semejantes afirmaciones? Esto no parece inquietar ni embarazar la mente de estos ardientes dogmáticos.

¿Que tal o cual cosa debería hallarse en la doctrina o en las prácticas de la iglesia y que no se la puede apoyar con ninguna autoridad? Pues ahí está ese período de silencio por medio del cual se puede dar crédito y autoridad a todo cuanto se quiera.

Contra semejante proceder nunca protestaremos demasiado enérgicamente.

Por poco que una persona reflexione, no tardará en comprender, que recurrir a la imaginación para llenar el vacío producido por los silencios de la Biblia, es abrir la puerta a las más descabelladas fantasías, dando lugar a un caos de opiniones.

Hay un principio que todo hombre sensato admitirá sin dificultad; y es que nadie tiene el derecho a presentar como un hecho, aquello de que no está seguro. El respeto que nos debemos a nosotros mismos nos prohibe colocar los productos de nuestra imaginación en el mismo plano que los hechos comprobados. Cabe sí, y es a veces útil en algunos casos, suplir el silencio del evangelio sobre alguna narración, por medio del tal o cual suposición que imaginemos, y que nos permite darnos mejor cuenta de la marcha del relato; pero debe quedar bien entendido, que eso es trabajo de la imaginac:ón, el cual debe distinguirse de lo que llamamos un hecho claramente comprobado. Aprovecharse de los silencios de la Biblia para introducir en ella dogmas y teorías, que luego nos presentan de importancia capital, no merece otro calificativo que el de procedimiento desleal y deshonroso. Fácil es probar por medio de la Biblia los mayores absurdos, y excluír de la Iglesia a todo el mundo, excepto nuestras personas, si sabemos llenar los espacios vacíos por el silencio de las Escrituras, con nuestra dog-

mática estrecha y bien arreglada. Toda interpretación que no pueda positivamente legitimarse por medio de un texto bíblico auténtico, debe ser rechazada. Toda afirmación hecha en nombre de revelaciones hipotéticas, de las cuales no hay ni puede haber indicios de que nuestro Señor las haya jamás hecho, deben ser de plano rechazadas, no solamente porque no se pueden probar, sino también porque son impertinentes.

Y volviendo al ejemplo antes citado, diremos que todo cuanto se refiere a la instrucción dada por nuestro Señor durante los cuarenta días, y que tenía alguna importancia, hállase en el Nuevo Testamento, podemos estar seguros de ello. Lo que no se encuentra en él, debe poder justificarse por los métodos aplicados a los otros hechos históricos, o ser rechazado como producto de la fantasía.

Las explicaciones contemporáneas carecen de autoridad

Todavía es necerario hacer una advertencia rerpecto a la interpretación de la Biblia. El que la estudia halla en ella no sólo los relatos tocante a determinados sucesos y sendos fenómenos, sino también la explicación que los contempáneos de esos sucesos y de esos fenómenos dieron de ellos. El lector sensato no se creerá por ello obligado a admitir las explicaciones del narrador. Una cosa es el fenómeno o el suceso, y otra cosa es la explicación que el narrador da de ellos. Esta explicación se hallaba limitada por los conocimientos corrientes en su tiempo.

Supongamos que nosotros, hombres de los tiempos modernos, fuéramos testigos de un fenómeno idéntico, seguramente no lo describiríamos de la misma manera que los antiguos. No quiere esto decir que pongamos en duda su realidad, sino sencillamente que siendo nosotros lo que somos y sabiendo lo que sabemos, lo describiríamos de un modo diferente, mientras que los escritores antiguos, no menos honrados que nosotros, y siendo lo que eran, y sabiendo lo que sabían, necesariamente tenían que contárnoslos a su manera. He aquí un ejemplo: *En el evangelio de Juan, cap. 5, vers. 3 y 4.* (La cuestión relativa a la autenticidad del pasaje la dejamos de lado ahora), se dice que el movimiento del agua y la curación que se seguía, eran debidas a la presencia de un ángel. Un escritor moderno hablaría de la piscina de Betesda como de un manantial de aguas medicinales. El hecho es el mismo; pero la manera de explicarlo es diferente. Los antiguos conocían muy poco lo que se llaman causas naturales, y nosotros no estamos obligados a admitir o a adoptar su creencia relativa a la presencia de un ángel en esta ocasión. En verdad todo hombre pío, no tendrá, sin embargo, dificultad en admitir que un manantial natural que posea propiedades curativas viene de Dios, como cualquiera visita de un ángel.

¿Disminuye esto la credibilidad?

El principio sentado de no poder aceptar siempre las explicaciones que dan los contemporáneos de los sucesos narrados en la Biblia, da lugar a otra pregunta. Si admitimos la ignorancia propia de su tiempo en los grandes conductores religiosos, ¿hasta qué punto hiere esto la autoridad de su enseñanza? Probable es que la mayoría de los lectores digan que en nada disminuye esto su autoridad. Y, con efecto, estos grandes maestros de la religión sólo se ocuparon de lo referente al dominio moral o espiritual, y en ningún modo pretendieron inculcarnos conocimientos científicos; y tan absurdo es pensar que su ignorancia invalida en algo su autoridad, como el suponer que Fidias fuese mediano escultor, porque no supiese nada de la ley de la gravitación.

Todos reconoceremos que hay en esta contestación una medida verdadera y un fundamento razonable. San Pablo no fué menos psícologo religioso, porque no fuera astrónomo, e Isaías no fué menos profeta, porque no supiera nada de la ley de la evolución.

El caso de nuestro Señor

No obstante el fundamento de sentido común que hay en esta contestación, debemos reconocer que hay muchos que no tienen inconveniente en admitir su exactitud, cuando se trata de Isaías o de Pablo, y que vacilan cuando se trata de nuestro Señor. Infortunadamente, los que atacan la autoridad de Jesucristo como los que la defienden, han llegado a un acuerdo completo sobre esta cuestión. Ambos

bandos han buscado y han logrado completa armonía en el planteamiento de un dilema.

El dilema es el siguiente: O Jesús conocía o ignoraba las grandes leyes que rigen el universo. Si las conocía, se le puede acusar de haber dejado al pueblo perseverar en errores grandes y perjudiciales. Pero si no las conocía ¿qué viene a ser entonces su pretensión de ser uno con Dios?

Bien se comprenderá que la respuesta a este dilema exigiría no un capítulo sino todo un tratado. Y no podemos ahora entrar en el examen un poco completo de la cuestión; sin embargo, pedimos a los lectores que tengan presentes las siguientes observaciones: Es de lamentar que esta cuestión haya sido promovida tanto por un bando como por el otro, y que se lea la Historia colocándola fuera de su tiempo, y sin darse cuenta de que está impregnada de las ideas científicas o no científicas que prevalecían en aquella época. Jesucristo vivió en un período determinado de la Historia, y apareció como verdadero hombre de ese tiempo y debió aceptar las ideas de su época, salvo naturalmente en aquello que se refiere al dominio de las cosas espirituales, que eran objeto de su misión. ¿Cual fué la medida ó el limite de sus conocimientos sobre materias que estaban fuera de la esfera de su misión? Eso no nos concierne en lo más mínimo. Él vino encargado de una misión especial, y lo único que nos importa es saber cómo la cumplió.

Si un médico viene a visitar a un enfermo, no cumple su misión poniéndose a discurrir sobre las cualidades artísticas de Miguel Angel o de Rafael. ¿No podemos, pues, representarnos que lo que Jesús estimaba importante en el cumplimiento de su obra y en no traspasar sus límites fué realizado por él, que dijo: «Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra». (1).

El caso de los posesos

Pero todos los creyentes no quedan convencidos, y muchos se hallan inquietos y perplejos, mientras no se de contestación satisfactoria a tales preguntas. Los límites impuestos a esta obra no nos permiten extendernos demasiado sobre esta materia; pero señalaremos un caso típico que puede servir de ejemplo a nuestro objeto, y que, además, ha suministrado materia abundante a prolongados debates. El caso es el que se refiere a los posesos.

(1) Juan, 4. 34.

El profesor Huxley tomó vivo interés en este asunto, y decía «que la creencia en los demonios se halla enseñada de un cabo a otro del Evangelio» y, añadía, «que esta idea era fundamental para los autores evangélicos.»

No podemos, con efecto, negar que los escritores del Nuevo Testamento atribuían determinados males a la influencia maligna de espíritus extraños a nuestro mundo. Ellos admitían las explicaciones corrientes en su tiempo, y su creencia no se apartaba de la que sus contemporáneos profesaban sobre la posesión diabólica. En este sentido, pues, ellos participaron, y no pudieron por menos de participar de las ideas corrrientes en su tiempo; y podemos decir que esta creencia fué fundamental para ellos. Pero de ahí no resulta que deba también ser fundamental para nosotros. Se necesita tener un espíritu muy extrañamente constituído para admitir que nosotros estamos obligados a creer que las nociones científicas de los evangelistas forman parte integrante de la esencia del Evangelio. Si la creencia en los demonios fué fundamental para ellos, no lo puede ser para nosotros, porque no está dentro de los conceptos esenciales del Evangelio. Y se necesita violentar el lenguaje de los evangelistas para afirmar que estas ideas nos son inculcadas en todos los evangelios. No cabe duda ninguna de que las creían, y, dado el tiempo, no podía ser de otro modo. Pero de ahí a afirmar que tales ideas nos son enseñadas como parte esencial de los verdaderos conceptos del Evangelio, hay una grande dtferencia.

El verdadero problema

No debemos, sin embargo, escamotear el problema. La verdadera dificultad no está en lo que creían los evangelistas, sino en la actitud de Jesús tocante a las ideas demonológicas de su tiempo.

Ahora bien, según nuestra opinión sólo hay tres suposiciones posibles sobre este asunto, y son las siguientes:

1.º O Jesús sabía que los males descritos eran debidos a la influencia de espíritus malos;

2.º O sabía que esas ideas corrientes en su tiempo, eran falsas, pero no creyó prudente, ni de su misión, el rectificarlas;

3.º O su conocimiento sobre esta materia fué verdaderamente limitado, porque al aceptar las limitaciones de lo humano, aceptó igualmente el límite puesto a la Humanidad de su tiempo.

Si la primera suposición es conforme a la realidad, entonces la cuestión queda resuelta.

Si es la segunda, entonces Jesús nos aparece obrando como hubiese obrado todo maestro prudente que renuncia a rectificar errores sobre asuntos ajenos a su misión, y cuya discusión sólo hubiese servido para apartar la atención de los hombres del objeto principal de su propósito.

Si la tercera suposición es la verdadera, entonces esto quiere decir que Jesús, al aceptar las limitaciones de lo humano, aceptó igualmente las que eran propias del conocimiento científico de su tiempo.

Una u otra de esas tres hipótesis debe ser verdadera. Y al aceptar una u otra de ellas, no importa cuál, ¿invalidamos por eso la credibilidad de la narración evangélica, o la autoridad de Jesús en el dominio de la vida espiritual? No lo creemos. No olvidemos que la cuestión no estriba en saber si es correcta la teoría sobre la posesión demoniaca, sino si se invalidan los hechos generales del Evangelio, al admitir las ideas corrientes en aquel tiempo sobre los demonios, o al aceptar alguna de las tres hipótesis propuestas.

CAPÍTULO VII

Formación de la Biblia

Crecimiento gradual

Si queremos apreciar el mensaje que nos trajo el Antiguo Testamento, importa mucho que nos formemos una idea sensata de la manera en que este libro se ha formado.

Ante todo es necesario que sepamos que se ha formado

de un modo progresivo, y que deben ser desechadas por falsas las teorías que afirmen lo contrario. Los libros del Antiguo Testamento no han surgido hechos de golpe y porrazo. Entre la Biblia y otros libros pretendidos sagrados, hay esta importante diferencia, y es que la Biblia no pretende como ellos haber sido dada de un modo instantáneo y toda concluída, sino que ha ido lentamente creciendo. Este es principalmente el caso para el Antiguo Testamento.

El Corán y el libro de los Mormones, si no nos equivocamos, tienen la pretensión de ser las revelaciones completas y terminantes hechas por la divinidad, en un momento dado y a un profeta especialmente elegido para recibirlas. El Antiguo Testamento, por lo contrario, no ha llegado a tener la forma que hoy tiene sino en el transcurso de los siglos.

Desarrollo en la formación del Canon

Es conveniente que digamos aquí algo acerca de la formación del Canon.

El Antiguo Testamento, según ya hemos visto, se compone de cierto número de libros; y es provechoso al recto conocimiento de él, que tengamos nociones claras, aunque sean generales, acerca de la manera en que han sido reunidas las diferentes partes que lo componen.

Hay un vocablo que se usa mucho, y que es, quizá, necesario, pero que se presta a conceptos erróneos. Se oye hablar del Canon, de las Santas Escrituras, de la formación del Canon, de los libros canónicos de la Biblia, etc. Esas expresiones, como las aplicaciones que se hace de ellas a la Biblia, tienen su razón de ser y su valor, con una condición, y es que comprendamos su verdadero sentido. Hagamos notar una vez más, que las cosas mejores se desarrollan gradualmente, van poco a poco creciendo; y para juzgar de su valor e importancia no hay mejor medida que el tiempo.

No existe ninguna autoridad infalible e inspirada, local o dogmática, para comprobar o medir el valor de los libros del Antiguo Testamento. Ha sido el valor intrínseco de esos libros, sometidos a la prueba del tiempo y las varias experiencias de los creyentes, lo que ha fundado su canonicidad, más que ninguna autoridad exterior. Es cierto

que este veredicto del tiempo y de la experiencia, ha sido más de una vez solemnemente formulado por determinados cuerpos o asambleas eclesiásticas; pero estas no hacían sino confirmar lo que la experiencia de los creyentes había reconocido. Antes que recibieran lo que podemos llamar la sanción oficial, el valor canónico de esos libros había sido ya proclamado por el sufragio unánime de las almas. Y esto que está conforme con el curso natural de las cosas, aumenta el interés que presenta el estudio de esos libros. Son escritos que han llegado a nosotros de tiempos muy antiguos y que están unidos por un vínculo común y no solamente han sobrevivido a los estragos del tiempo, sino que han obtenido un lugar elevado y especial en la veneración y el respeto de los hombres; y eso no por las declaraciones de autoridades que hayan decretado su carácter divino, sino merced al derecho incontestable que les confiere la utilidad real y verdadera que han tenido en el corazón de los hombres.

Por lo que acabamos de exponer, resulta claro que en la formación del Canon no ha habido nada de mecánico, y que debemos desechar de nuestro espíritu toda teoría que tienda a presentárnoslo como un producto artificial.

No debemos tampoco figurarnos, por ejemplo, que los libros que forman la Biblia estén ligados por el vínculo de un origen común, es decir, por haber sido declarados sagrados todos a la vez y en un tiempo determinado. Como su contenido se refiere a sucesos acaecidos en tiempos muy diferentes, así también su admisión en el Canon fué gradual y en diferentes épocas.

Tampoco debemos considerar el Canon como una regla o un decreto dado en un tiempo y en un lugar, sino que tenemos que ver en ese vocablo la expresión de un hecho; y este hecho es que ciertos libros llevaban la marca de un poder religioso, que los elevaba por encima de toda otra literatura. La apreciación de ese poder fué hecha, como es de suponer, según el juicio de los hombres de los tiempos antiguos, y no según el nuestro.

No existe ningún relato histórico sobre la formación del Canon del Antiguo Testamento. Las leyendas que lo atribuyen a Esdras o a una decisión de La Grande Sinagoga deben ser desechadas por carecer de fundamento sólido. Apartemos, pues, la leyenda y examinemos los libros.

Ante todo debemos tener algo muy presente, y es que el respeto de los judíos por esos libros prueba el carácter religioso de que los creían revestidos. Y es por eso, y únicamente por eso, que los elevaron a un puesto preeminente. Existían otros libros para los que no tuvieron el mismo respeto; mientras que los libros que los judíos consideran hoy sagrados, ocuparon ya un puesto privilegiado en su literatura, antes de llegar a formar parte del Canon.

Las fases de la formación del Canon

En la obra muy importante que el obispo de Exeter ha escrito sobre la formación del Canon, se dice que esos libros han pasado por tres fases.

1.ª La fase elemental, durante la cual se han formado las diversas partes que los constituyen.

2.ª La fase media, durantela cual recibieron la forma literaria que hoy tienen.

3.ª La fase final, en la que fueron selecionados por estimarlos dignos de ocupar un puesto en el Canon nacional.

No podemos entrar ahora en el estudio detallado de esas diferentes fases, cuya exposición, por venir de un especialista tan competente, basta para probar el principio de una formación progresiva del Canon.

Todo espíritu reflexivo comprenderá que ese hecho no disminuye en nada el valor de la revelación contenida en el Antiguo Testamento. Por lo contrario, es precisamente ese crecimiento gradual el que manifiesta más claramente su valor y su significado.

Es ya viejo y desacreditado el método que lleva a juzgar insignificante lo que tiene crecimiento y desarrollo, y que estima que sólo lo que se produce instantáneamente encierra importancia y marca un fin. Sin embargo, el mensaje que nos es paulatinamente revelado, como quien diría letra letra a letra es tan claro como el que apareció súbitamente escrito en la pared allá en los días de Daniel (1).

---

(1) Dan, 5. 5.

El primero de esos métodos está más en armonía que el segundo con el orden natural instituído por Dios.

Las cosas mejores de este mundo van poco a poco creciendo y descubriendo su significado y su belleza con discreta lentitud, porque de este modo se revela más eficazmente toda la plenitud de su alcance. La alegría que siente el labrador después de hecha la mies, el gozo que experimenta el artista al ver su obra terminada, la satisfacción que llena el corazón del que ha realizado su labor, nacen de las experiencias hechas hasta llevar a cabo la empresa. La impaciencia insensata puede exigir un conocimiento inmediato y completo, y la realización súbita del proyecto; pero la sabiduría se contenta con una manifestación lenta, que le permite asegurar el terreno, yendo paso a paso, y observando el desarrollo progresivo y lento. «Mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea, un poquito aquí y otro poquito allí» (1).

He ahí como entendía la obra de Dios la sagaz sabiduría del profeta, aunque tanto él como los que le seguían fueran objeto de mofa por parte de sus contemporáneos; porque estos mensajeros de Dios huían de las mentiras aparatosas y se atenían a los principios sencillos y fundamentales, cuya fuerza se va manifestando gradualmente. El crecimiento lento y el desarrollo gradual son, en realidad, modos de revelación más seguros y más nobles que una revelación instantánea y deslumbradora. Como todo lo que se hace precipitadamente y sin preparación, así también la revelación instantánea se adapta mal y no produce su efecto. Si en la Naturaleza Dios ha procedido por grados, manifestando su plan lenta y progresivamente, ¿qué hay de sorprendente que haya obrado de igual modo en sus revelaciones a la conciencia religiosa de la Humanidad?

Modo gradual de desarrollo Tenemos que limitarnos a indicar brevemente alguno de los aspectos de la marcha progresiva que ha contribuído a la formación del Antiguo Testamento. Sabido es que el

(1) Isaías, 28. 13.

pueblo judío, como todos los pueblos dotados de poder intelectual, tuvo su literatura. Esta se desarrolló siguiendo las mismas leyes que han presidido a la formación de la literatura de los otros pueblos. Indudablemente existen en la literatura de cada raza algunas diferencias que la caracterizan y la distinguen de las otras. Pero en las líneas generales el desenvolvimiento intelectual en todos los dominios ha sido idéntico. Así vemos aparecer en los tiempos primitivos los cantos y las leyendas en que los bardos y cuentistas celebran las hazañas heróicas, los descubrimientos impresivos, o la salvación de algún peligro inminente. Y estos relatos se han transmitido de boca en boca durante generaciones. La imaginación, exaltada por el entusiasmo, hallaba materia para formar con ellos hechos heróicos, que dan lugar a himnos de regocijo y de triunfo o a epopeyas palpitantes.

Y estos tributos literarios, que recordaban las alegrías fugitivas populares, fueron, en época posterior, incorporados a la Historia, a la Crónica y aún al Código legal. Muchos de esos antiguos himnos, de autores y fechas desconocidos, fueron incrustados en el Antiguo Testamento; por ejemplo, el llamado Canto de la espada, (1) el Cántico de Moisés, (2) el Cántico de Débora, (3) la Elegía de David sobre la muerte de Saúl (4).

Todos esos cánticos debieron, quizás, servir de ilustración a la Historia; pero no deben ser tomados como historia. Rebosa en ellos el ardor exuberante de las creaciones poéticas, el entusiasmo y la opulencia de la imaginación.

Todo lo ven a través del prisma del ideal, y lo presentan en un lenguaje en el que dominan las hipérboles más atrevidas, empleando, sin duda inconscientemente, todos aquellos recursos con los que el alma habla al alma y la conmueve.

(1) Génesis, 4. 23, 24.
(2) Exodo, 15. 1 y siguientes.
(3) Jueces, 5.
(4) 2. Samuel, 1. 19 a 27.

Leer eso con espíritu friamente crítico es cometer una injusticia con sus autores y engañarnos a nosotros mismos.

En el alborear de todas las literaturas aparecen también las leyendas, mitad poesía y mitad prosa. Son, por lo general, narraciones ingenuas, contadas por hombres deseosos de conservar el recuerdo de algún suceso glorioso, de alguna experiencia conmovedora; y todo ello relatado con sencillez natural, y en un lenguaje libre y repleto de imágenes, repitiendo bajo diferentes formas los mismos conceptos. Introducidas en épocas posteriores en las crónicas, esas narraciones formaron como una especie de tesoro común del que el profeta y el moralista sacaban ejemplos e ilustraciones.

Desarrollo debido a las costumbres y a las leyes

Además, cuando un pueblo empieza a organizarse, se halla primero influído por las costumbres que han ido formándose a medida que han surgido las diversas cuestiones que se presentan en toda sociedad humana, y por las soluciones dadas a las varias disputas que dan ocasión a los pleitos. Un cabeza de familia o un jefe de tribu ha dado, por ejemplo, su sentencia sobre tal o cual desavenencia entre dos o más personas, pues esta sentencia es ya un precedente que regirá en los casos sucesivos que se presenten. Así de este modo se va formando la costumbre, hasta llegar a tomar fuerza de ley, lo mismo en el dominio social que en el de la vida religiosa. Cuando estudiamos la historia de Israel, estudiamos la historia de una rama de la gran familia semítica, de una época en la que regían determinadas costumbres. Y las leyes sociales y religiosas que encontramos en el Antiguo Testamento, forman parte del derecho consuetudinario, que se estableció en el transcurso de diversos períodos, con el fin de modificar o confirmar costumbres anteriores. Es sumamente importante el tener esto presente, para no sentirnos inclinados a juzgar desfavorablemente ciertas disposiciones del Pentateuco, las cuales tenían por objeto el mitigar alguna costumbre antigua y cruel. Y es digno de ser notado, que en todas las civilaciones progresivas se van gradualmente mitigando las leyes primitivas demasiado rígidas. Y este

fénomeno se manifiesta en la historia de la mayoría de los pueblos. Porque esas leyes y costumbres que nos parecen a nosotros crueles, tenían por objeto la seguridad personal. Así, por ejemplo, la ley de Linch es un modo salvaje y bárbaro de hacer justicia. Ahorcar a uno por haber robado un caballo, nos parece a nosotros un castigo cruel y fuera de proporción con el delito cometido. Pero debemos recordar que ese castigo inexorable nació entre los colonizadores, cuya vida dependía de su caballo, y que robar el caballo a uno de ellos, era exponerlo a la muerte por hambre.

Antes de censurar a los autores de esas leyes tan rigurosas, debemos empezar por ponernos en su lugar, y entonces comprenderemos la razón de ellas.

Toda persona estudiosa y reflexiva se da cuenta de este hecho: que a medida que la sociedad se organiza, y que las condiciones de la vida adquieren más estabilidad, el rigor de las leyes va poco a poco disminuyendo. Y esta tendencia hacia una mayor humanidad es una de las características de la ley judía.

Entre los Códigos de todas las naciones ninguno hay que supere al judío en misericordia y generosidad. La noción de un Dios «misericordioso y clemente» entró en este código en época muy remota.

Dos clases de leyes religiosas o ceremoniales existían en este pueblo:

1.ª Aquéllas que eran reglamentos sanitarios que el legislador presenta bajo el aspecto de mandamientos religiosos, ora para que fuesen más escrupulosamente observados, ora porque reconociese que todo aquello que contribuye al progreso social forma parte de la religión.

2.ª Las leyes que no se referían directamente a la vida social y que sólo trataban de la organización del culto. Estas últimas, tales como nos las ha conservado el Antiguo Testamento, son el producto de muchos siglos. O dicho en otros términos, las leyes que encontramos en el Pentateuco no forman un código completo o uniforme, sino que son más bien el conjunto de las acumulaciones de leyes hechas en el espacio de muchas generaciones. Así, por ejemplo, algunas ceremonias religiosas derivan de costumbres an-

cestrales anteriores al tiempo de Moisés, o aun al de Abraham; y las leyes consignadas en el Pentateuco no son sino las modificaciones sucesivas que otros legisladores hicieron.

Debemos, pues, considerarlas como consideraríamos un terreno, sobre el cual hubiese existido en tiempos remotos alguna ciudad, donde por medio de acertadas excavaciones, van apareciendo al ojo del explorador los nombres de diversas dinastías, los restos de épocas diversas, y aún de las diferentes civilizaciones que allí se han sucedido.

Esas leyes, pues, nos manifiestan las experiencias sucesivas que un pueblo ha hecho en el curso de su historia, y la manera de pensar característica en diversas edades, así como revelan las fluctuaciones del sentido moral. Consideradas desde este punto de vista, esas leyes dan materia para un estudio psicológico del más alto interés; ellas sirven, además, de ilustración a determinadas tendencias de la naturaleza humana, y pueden considerarse como las señales que marcan los progresos morales de esta raza notable, que más que ninguna, ha contribuído al progreso de la conciencia religiosa de la Humanidad.

Fuerzas progresivas y fuerzas retrógradas

Si queremos que estos estudios tengan alguna utilidad para nosotros, es necesario que reconozcamos dos hechos; primero el perfeccionamiento moral indiscutible del género humano, y segundo la degeneración igualmente indiscutible que se manifiesta en el curso de la Historia.

Respecto al progreso moral del género humano no puede haber duda alguna. Es un hecho reconocido de que las leyes duras y crueles tienden a desaparecer, y de que van poco a poco prevaleciendo métodos más dulces y humanitarios.

O expresándolo de otro modo: el tiempo en que pudo ser proclamada la ley de Cristo estaba mucho más adelantado que aquél en que dominaban las leyes puramente ceremoniales; así como está más adelantado el siglo que aspira a practicar la ley evangélica que aquél en que fué rechazada, porque no la comprendían. Mas perderíamos la

lección que resulta de este estudio de los tiempos pasados, si dejáramos de observar este curioso fenómeno: que en el transcurso del tiempo las más nobles ideas y los más hermosos principios morales van paulatinamente perdiendo su fuerza vital. Un gran pensamiento, o una costumbre conmemorativa, o una pura doctrina moral degeneran en fórmulas vacuas, en ceremonias supersticiosas y en nociones vanas y secas. El lector debería tener siempre presente este dicho de un sabio distinguido: «La idea erea la organización, y la organización destruye la idea». Muchos pedagogos modernos se sienten a veces, inclinados a poner en ridículo la doctrina, cara a los iniciadores del movimiento evangélico, sobre la depravación de la naturaleza humana; pero se necesita cerrar los ojos a los hechos para no ver que en el mundo moral y espiritual, lo mismo que en el físico, hay «polilla y orín que corrompen» (1).

Los cambios que, a veces, nos irritan y nos inspiran desconfianza, son con frecuencia los agentes activos del progreso y los medios de que Dios se sirve para que una cosa buena no se convierta en auxiliadora del mal, y para que una costumbre excelente no corrompa al mundo.

En los límites de esta obra nos es imposible ilustrar esta afirmación por medio de ejemplos sacados de la historia de Israel. Limitémonos a recordar que nuestro Señor reprochó a sus contemporáneos el haber pervertido, por seguir sus tradiciones, ciertos grandes y nobles principios heredados de sus padres. Todavía empleó contra ellos un lenguaje más enérgico cuando los acusó de anular los mandamientos de Dios, para establecer su propia tradición.

En presencia de este hecho no debemos admirarnos de que, al agrupar cronológicamente las diferentes leyes israelitas, descubramos en ellas un perfeccionamiento gradual y, por otro lado, una retrogradación en la percepción del dominio moral. Y precisamente debemos esperar encontrar esto mismo en la Biblia. Ella nos presenta el lento desarrollo de la verdad y de la perfección moral. Y ese

---

(1) Mateo, 6. 19.

desarrollo, por lento que sea, no es regular, porque se descubren también períodos de retroceso, así como períodos de crecimiento. Presenta este desarrollo los rasgos característicos de todo progreso: la marea sube, es verdad; pero en su marcha ascendente la ola que avanza, alterna con la que se retira.

Raramente pueden medir el avance los que más han contribuído a él. Estos actores del progreso se hallan tan lejos de poderlo apreciar, que, por lo contrario, muchas veces los vemos presa de desesperación; el mal les parece demasiado extenso y sin remedio; la ola al retirarse se ha llevado muchas cosas. Los mayores de los profetas conocieron estos terribles desalientos.

Mas he aquí un rasgo digno de ser notado, y es que la nota de desesperación que con tanta frecuencia se deja oír en el Antiguo Testamento, nunca da un sonido tan desesperado en el Nuevo. En los autores de éste hallamos siempre una tendencia constante hacia la confianza. Son hombres avezados al dolor y dispuestos al sufrimiento; sin embargo, están siempre convencidos de la victoria.

El progreso que los profetas esperaban, ellos están seguros de él. Sus ojos contemplaron la luz que brilla en las tinieblas, y la saludaron con la alegría con que los hombres saludan la aurora, sin dudar jamás de que la noche y las cosas que son de la noche están llamadas a desaparecer.

Claro está que algo nuevo ha debido entrar en su vida, para que ellos alimentaran semejante confianza. No están ya tan curiosos por saber lo porvenir, porque están seguros del triunfo del bien, y de que la labor presente les basta, persuadidos de que su trabajo no será vano. Los hombres de nuestros días se preguntan si Dios no tendría en reserva para nosotros alguna más luz, creyendo que estamos necesitados de una nueva revelación de su voluntad.

No lo entendían así los apóstoles; pues ellos se expresan como hombres que sienten que Dios ha dicho su última palabra, y que la revelación estaba completa: «habiendo Dios hablado en los postreros días por medio de su Hijo».

Indudablemente existen todavía muchas cuestiones para las cuales desearíamos respuestas claras; hay todavía muchos problemas que dejan perplejos a nuestros espíritus; pero si reconocemos toda la significación que hay en la revelación hecha por Cristo, poseemos en esto lo bastante para ocupar nuestros pensamientos y toda nuestra vida. Los hombres «no han aprendido todavía a Cristo» y hasta que no hayan llegado a este estado es, sin duda, bueno, que se hallen en frente de estos problemas.

Quizás cuando hayamos aprendido a Cristo, nos encontremos entonces preparados para recibir la nueva revelación de Dios.

CAPÍTULO VIII

La idea de Dios en el pueblo de Israel

Cuando se ha llegado a comprender el principio de todo crecimiento, se ve entonces que el desarrollo de las ideas puede ser un método de revelación.

La revelación de Dios al hombre consiste en la manifestación de su naturaleza y de su carácter. Por lo tanto, la revelación que encontramos en el Antiguo Testamento es independiente de las cuestiones relacionadas con la etnología y la geografía, y es todavía más ajena a cuestiones de menor importancia.

La idea de Dios que encontramos en la historia del pueblo de Israel es muy superior a la que prevalecía en todos los otros pueblos de la tierra; y esto es para nosotros infinitamente más importante que el saber, por ejemplo, si tales o cuales narraciones contienen la historia de una tribu o la de un individuo.

El monoteísmo en Israel

He aquí un ejemplo. Es un hecho incontestable que Israel llegó, en el transcurso del tiempo, a ser un pueblo estrictamente monoteísta. Con dificultad logramos penetrar todo el sentido y alcance de ese hecho. Pronunciamos esta frase, aceptamos el concepto; pero no nos formamos una idea exacta de la revolución prodigiosa que ha sido

necesario que se realice en un pueblo para pasar del politeísmo al monoteísmo, del culto a muchas divinidades al culto a un solo Dios viviente. Cuando Jesús pronunció su declaración sobre el primero y el mayor de todos los mandamientos, la introdujo haciendo esta citación: «Oye, Israel, el Señor Nuestro Dios, es el único Señor». Este era el preludio indispensable a todo lo que vendría después. Hubiese sido imposible la realización del gran mandamiento sobre el amor que debemos a Dios sobre otra base que la del monoteísmo. Este concepto fundamental lo alcanzó Israel de un modo tan especial que constituye un hecho notable en la historia de la conciencia religiosa de la Humanidad.

Politeísmo de los Semitas

Acordémonos de que Israel pertenecía a la gran familia de los Semitas. Ciertas particularidades características distinguían a esta raza de las otras familias humanas; pero había una creencia que era común a todas: la creencia en muchas divinidades. Lo mismo que los Arias, los Semitas eran politeístas.

El espacio de que disponemos no nos permite extendernos sobre este asunto. Bien sabemos que más de un sabio eminente, Renán por ejemplo, han tratado de probar que en todos los pueblos de esta raza existió la tendencia al monoteísmo. Pero los hechos parecen probar todo lo contrario, y los especialistas más competentes van poco a poco colocándose en dirección opuesta a la de Renán. El politeísmo de los Semitas es ya un hecho comprobado.

Si alguna vez se presentó para esta raza la ocasión de volverse hacia el monoteísmo, es un hecho fuera de duda, que con excepción del pueblo de Israel, todas las otras ramas de la gran familia semítica permanecieron apegadas a su religión politeísta. Por monoteístas rigurosos que los judíos se mostraran en los tiempos posteriores, no es menos cierto que habían salido de una cepa politeísta. A mayor abundamiento, es bien sabido que el regreso a su antiguo culto fué el pecado constante de Israel. Los apóstrofes más enérgicos y las censuras más severas de los profetas, ¿no los conoce todo lector del Antiguo Testamento? ¿No

iban dirigidas contra los adoradores de los Baales, que eran los dioses de la raza semítica?

Dos tendencias son las que laboraban en la historia de Israel; una regresiva que lo lleva hacia el politeísmo y la otra progresiva que lo conduce hacia un monoteísmo cada vez más riguroso. Así vemos a este pueblo luchando, presa de dos fuerzas rivales: por un lado, las creencias y costumbres antiguas, vigorizadas por la influencia de los pueblos de los alrededores; costumbres que lo envilecían; y por otro lado, la voz de los profetas de Jehová que lo apremiaba para que ascendiera más alto, hacia un concepto más puro y más moral en lo que constituye la fe.

El monoteísmo de Israel depende de su historia

Debemos también notar otro hecho significativo. Cuando los profetas en sus discursos insisten sobre la idea monoteísta, no se dan ellos jamás por defensores de una fe nueva. Apelan siempre al tiempo pasado. La fe que ellos defienden es aquélla a la que Israel estaba ligado por antiguos recuerdos y una alianza solemne. No se les puede, pues, considerar como sencillos iniciadores de una fe nueva y de un pensamiento más avanzado. Exhortaban al pueblo a mirar atrás; y esta invocación al pasado, supone que ha habido en la historia del pueblo alguna crisis grande e importante. La fe en un Dios único, al decir de los profetas, no databa de época reciente. Ellos no venían a abolir o modificar las creencias del pueblo, sino más bien a restaurar y a retrotraer la nación al cumplimiento de la alianza antigua. Dios había permanecido fiel a esta alianza, según decía el salmista: «Acordóse para siempre de su alianza, y de sus promesas para mil generaciones» (1). O como decía el profeta: «Tú, Israel, siervo mío eres; tú, Jacob, a quien yo escogí, simiente de Abraham, mi amigo. Tú, a quien yo tomé de los extremos de la tierra, y llamé de sus lejanas regiones, y te dije: Mi siervo eres tú, yo te escogí, y no te deseché» (2).

Aun cuando Israel era infiel a su Dios, sirviendo a divi-

(1) Salmo, 105. 8.
(2) Isaías, 41. 8, 9.

nidades falsas, Dios no olvidó nunca su alianza. «Acordóse de su pacto con ellos, y tuvo compasión de ellos, según la muchedumbre de sus miseraciones» (1).

El pecado, pues, de Israel no consistía únicamente en hacer lo malo y en servir a otras divinidades, sino principalmente en haber abandonado la alianza de Jehová. Es esta alianza la que ocupa lugar dominante en el pensamiento de los maestros espirituales de Israel; es para ellos un hecho capital entretejido en su historia. Sin este hecho no sería Israel el pueblo autorizado a alimentar las esperanzas a que tenía derecho, según las declaraciones de los profetas.

¿En qué época se produjo la crisis?

¿A qué época se refieren las declaraciones de los profetas? ¿Cuál fué el acontecimiento crítico que tan tremenda influencia tuvo sobre toda la historia de este pueblo? Aquí también tocamos a una cuestión de la más alta importancia. Notemos que, por regla general, una alianza no es unilateral. La protección prometida por uno de los contrayentes, implica la obediencia del otro; pero esta relación de protección y de obediencia recíproca, puede existir sin que implique consecuencias morales muy elevadas. La obediencia a un Dios protector de la nación o de la tribu puede implicar solamente un culto ceremonial enteramente exterior, que no influye nada sobre el carácter, ni propone ningún ideal moral.

Ahora bien, los profetas de Israel se colocan con persistencia en un punto de vista enteramente moral, y lo que señalan con más ahinco en esta alianza es que exige de los que la han aceptado la manifestación en su vida de un carácter moral; y por eso se burlan de la obediencia que consiste en la mera observancia de ritos y ceremonias. «¿Con qué prevendré a Jehová, y adoraré al alto Dios? ¿Vendré ante él con holocautos, con becerros de un año? ¿Agradarase Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mi vientre por el pecado de mi alma? ¡Oh, hombre!, él te ha declarado qué sea bueno, y qué pida de tí Jehová. Solamente

(1) Salmo, 106. 45; Micheas, 7. 20; Jeremías, 11. 6-8; 31. 31-33; Jueces, 2. 1-13

hacer justicia, y amar la misericordia, y humillarte para andar con tu Dios» (1).

Igual lenguaje emplea el autor del salmo llamado de la alianza (2).

No pide Dios sacrificios de toros y de corderos, sino la ofrenda de un corazón agradecido y de una vida íntegra. El Dios de la alianza es un Dios justo; y he aquí por qué esta alianza supone por parte de Israel cierto grado de simpatía moral por el Dios que ama la justicia y la misericordia.

Es muy cierto que algunos de los textos que hemos citado, son de una época en que el sentido moral había alcanzado un desarrollo relativamente elevado; pero se puede deducir de ellos, que la alianza original llevaba en germen principios y exigencias que habían de producir esos frutos: el vínculo entre Dios e Israel no estaba desprovisto de sentido moral.

El período del Exodo

Cuando tratamos de indagar el pasado de Israel, ese período, hacia el cual se dirigen de un modo especial las miradas de los profetas, en el que colocan la adhesión a esta alianza, hallamos que es al período del Exodo al que hacen constantemente alusión. A Egipto y a la liberación de la esclavitud, al Exodo y a las peregrinaciones en el desierto bajo la dirección de Moisés y de Aarón, he ahí los temas a los que aluden a menudo los profetas y los salmitas. Los salmos que hablan de la salida de Egipto y de la estancia en el desierto, mencionan una alianza consentida y aceptada por el pueblo, en que éste prometió obediencia leal a su Dios. «Se acordó de su santa palabra, dada a Abraham su siervo. Y sacó a su pueblo con gozo, y con júbilo a sus escogidos. Y dióles las tierras de las gentes, y las labores de las naciones heredaron, para que guardasen sus estatutos y observasen sus leyes» (3).

Está, pues, fuera de toda duda que es al período mosai-

(1) Micheas, 6. 6-8.
(2) Salmo, 50. 7-15.
(3) Salmo, 105. 42-46; Oseas, 12. 10; y 13. 4.

co al que se refieren todos esos escritores, y de esta opinión son hoy los más distinguidos comentadores (1).

Budde, por ejemplo: *(La Religión de Israel hasta la Cautividad)*, describe la influencia moral que ejerció en el pueblo de Israel su aceptación de Jehová como su único Dios, y la confianza que puso en las promesas recibidas por medio de Moisés. Muestra Budde que la fe de Israel en la fidelidad de Dios, había de conducirlo a un serio examen de conciencia, y a no dudar ni un instante del poder divino. Cuando las cosas tornaban mal para él, inmediatamente se preguntaba: ¿En qué he merecido el desagrado de Jehová? Sólo en esta pregunta hay ya encerrado un germen de progreso moral. Y el punto de partida de ese desarrollo, dice Budde, se encuentra en el Sinaí.

El mismo Kuenen, poco inclinado a reconocer gran influencia al período mosaico, se ve, sin embargo, obligado a admitir que algunas semillas de poder moral debieron haber sido depositadas en Israel en un período remoto de su historia. El profesor G. A. Smith muestra igualmente que la fe de este pueblo en su Dios, no descansaba únicamente en un vínculo puramente material, como sucede en las religiones primitivas, en las que un contrato entre los adoradores y sus divinidades, les aseguraba la subsistencia, sino que en el caso de Israel se trata de un pacto histórico y providencial. «Dios, dice este profesor, los encontró en un momento crítico de su historia y les prometió su ayuda a cambio de su obediencia». Porque Jehová no había sido siempre el Dios de los israelitas, sino que llegó a serlo en un momento determinado de su historia, como ya hemos dicho. Ese mismo distinguido profesor declara en otro lugar: «los críticos modernos están, en principio, de acuerdo para atribuir al período mosaico el origen de la superioridad moral del pueblo de Israel sobre la de los otros pueblos y en considerar a Moisés como el instrumento de ella».

La revelación de Dios

Dejando de un lado lo referente a la idea de Dios en tiempo de los patriarcas, llegamos a la conclusión de que en

(1) Compárese Salmo 77. 16-21; 78. 10-32; 80. 9; Amós, 2. 10; 3. 1.

el período de Moisés debió producirse una crisis importantísima en la historia de este pueblo. Algo debió ocurrir que influyó profundamente en el pensamiento, en la imagición, y, lo que es todavía más importante, en el carácter de estas tribus. Ahora bien, cuando estudiamos los libros de la Biblia con el simple fin de determinar la naturaleza de esta influencia, o mejor dicho, de esta crisis, cualquiera que haya sido, nos encontramos con este hecho: que va siempre asociada al pensamiento de Dios. Lo que haya sido hecho, es Dios quien lo ha realizado, sea cual fuere el momento en que haya ocurrido; es entonces cuando Dios se ha acercado a Israel de una manera muy especial y se ha dado a conocer a ellos. ¿De qué modo lo ha hecho? preguntará alguien. Por medio de una gran liberación, contestaríamos nosotros. Fué por medio de una extraordinaria emancipación nacional, por lo que se llama el Exodo, que Dios se dió a conocer a ese pueblo. Y este pensamiento es el que frecuentemente encontramos en la literatura de Israel. «Por su gran poder y con su brazo extendido, los ha sacado Dios de Egipto.»

Mas todo lector atento de la Biblia no dejará de ver que el pensamiento de los profetas y de los salmistas va mucho más hondo. Ellos celebran el triunfo del Exodo con júbilo reiterado; pero cuando Dios se dió a conocer a ellos, fué por medio de algo más augusto que una mera liberación exterior. Después de todo, las grandes liberaciones pronto se olvidan, y la gratitud a Dios se disipa como el rocío de la mañana; porque estas liberaciones no tardan en ser atribuídas a causas secundarias. Aquí ha debido haber algo más que una liberación nacional extraordinaria, o bien, a esta liberación ha debido asociarse algo que dejó en la memoria más que lo que de ordinario deja la simple admiración, algo que sobrevivió a la gratitud, cuyo carácter efímero ha pasado a ser un proberbio en todos los pueblos.

Hubo más que una liberación nacional

Los profetas y los salmistas parecen afirmar que esta liberación estuvo relacionada con un conocimiento más profundo del carácter de Dios, y si, como la dan a entender los escritores sagrados, se hizo entonces un pacto entre el pueblo y Dios, este pacto pudo

limitarse, por un lado, a la protección divina, y por la parte del pueblo, a rendir el homenaje del culto al Dios Jehová. Pero si en el momento de esta crisis llegó Israel a comprender que la alianza hecha con un Dios que exige de sus adoradores la obediencia a cierto ideal moral, nos explicamos entonces que una aureola de gloria espiritual haya ido siempre unida al recuerdo del Exodo. Porque no son solamente los beneficios los que ejercen acción benéfica en los hombres, sino también las disposiciones morales del que los otorga; los hombres no bendicen la mano que da, sino el corazón que hace obrar la mano. En una generosidad excesiva puede haber, a veces, más indolencia que verdadero interés activo; y lo que apreciamos más no es que nos socorran en nuestras necesidades, sino la solicitud que se nos manifiesta, y el interés que toman por nuestra suerte. Por lo tanto, si Israel recibió, en el tiempo en que se verificó su Exodo, la revelación de un Dios que obraba, no por capricho o por favoritismo, sino según leyes y principios morales; si en realidad Jehová se dió a conocer a él como un Dios cuyo carácter implica ciertas exigencias éticas, entonces se comprende que su gran obra emancipadora debió quedar asociada a esta revelación, y considerarse como algo más que un acto de protección arbitraria. Dificilmente podría relegarse a la categoría de las casualidades felices, puesto que por medio de esa revelación Israel fué deliberadamente introducido en un dominio en el que reina el orden moral. Desde entonces la luz de un ideal ético iluminaría el recuerdo de ese tiempo, y los israelitas debieron darse cuenta, que si habían sido liberados de la esclavitud, lo habían sido para un fin determinado. Si detrás de ellos había el recuerdo de una liberación, delante de ellos se presentaba la perspectiva de un destino: los había Dios elegido para que le pertenecieran, a fin de que guardasen sus preceptos y observasen sus leyes.

Los profetas confirman esto

Este fué precisamente el pensamiento de los profetas, según se desprende de sus escritos. Dios se dió a conocer al pueblo. He aquí como se expresa uno de ellos: «Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo».

Tuvo, pues, el privilegio de ser admitido a participar de cierta revelación sobre el carácter de Dios, así como a colaborar al cumplimiento de los designios divinos. No necesitamos saber hasta qué grado le fueron entonces revelados ese carácter y esos designios; lo único que podemos afirmar es que debió ser en muy corta medida.

Ese gran número de leyes y de ceremonias que hallamos consignadas en el Pentateuco son posteriores al tiempo de Moisés, y en esto podemos estar de acuerdo con los diferentes críticos que han tratado estas cuestiones. Lo que importa, empero, tener presente, es que parece haber realmente razones sólidas para admitir que, en tiempo de Moisés, según ya hemos dicho, se produjo una grave crisis nacional a la que correspondió cierto progreso en el concepto ético y en las ideas sobre Dios; y, en fin, que los profetas consideraban este período no solamente como el de una liberación maravillosa, sino como el momento en el que se llevó a cabo el pacto de fidelidad entre Israel y su Dios. Israel, según la expresión de Jeremías, fué desposado con Dios para el cumplimiento de la voluntad divina, y para que engendrara hijos que anunciaran la gloria de Dios hasta los extremos de la tierra (1).

Esta alianza no consistía en que, por un lado, Dios le concediera socorros materiales, y, por otro, en que el pueblo ofreciera a Dios toda suerte de sacrificios, sino que se fundamentaba en la experiencia y en la historia de Israel; y había sido hecha con un propósito determinado, y en vista de un destino. En otros términos, esta alianza tenía un fundamento moral y un objeto igualmente moral.

Sin entrar en averiguar cuál fuera la extensión de la revelación que recibiera Israel en este período de su historia, hay dos cosas que nos parecen claras, dos rasgos del carácter divino a los que con frecuencia se alude en la Biblia: La justicia y la bondad de Dios.

Lo que implica este concepto

Podemos ver en seguida cuán vasto es el alcance de esta idea de Dios y todo cuanto ella encierra. Abarcarla, equi-

(1) Jeremías, 2. 2; 31. 32.

vale a abarcar el doble hilo que nos conduce al centro mismo del laberinto de la vida; ella satisface el alma, y es al propio tiempo, la materia de que trata toda la teología. Mas no hay que pensar que la revelación de esta idea, ora haya sido hecha en tiempo de Moisés, o en otro período de la historia, implique necesariamente que ya entonces el pueblo comprendiera todo su alcance y todas las consecuencias en ella contenidas.

No se necesita nada más que unos instantes para asir el alcance general de una ley o de un principio pero se necesitan siglos para agotar su significado completo, y apreciar el número de sus aplicaciones. Sin embargo, la sola afirmación del principio ejerce por sí una influencia y una acción silenciosa, y esto es lo que sucede con nuestras ideas sobre la naturaleza divina.

Basta dar determinado concepto sobre Dios, para que el carácter y el pensamiento de sus adoradores se mantenga a cierto nivel. Si a este concepto se añade un rasgo nuevo, su pensamiento y su carácter presentarán también, tarde o temprano, nuevos rasgos y nuevas transformaciones. Introducid en el concepto que se hayan formado sobre la divinidad una idea moral y habréis comenzado la educación moral del pueblo.

Y esto precisamente puede ser aplicado al pueblo israelita.

Pertenecía a la gran familia de los Semitas, y participaba de las ideas y del carácter general de sus congéneres; como ellos era politeísta en teología, y carecía del instinto y de la capacidad necesaria para darse una organización social algo extensa. Pero avanzaron hasta el monoteísmo y adquirieron cierta cohesión nacional. ¿Cómo explicarse este fenómeno?

Es evidente que fué debido a algunas influencias, y principalmente, merced a haber recibido una idea de Dios superior a la que tenían las otras tribus semitas.

El fuerte elemento ético

Esta idea de Dios es una idea moral: Dios es bueno y justo; e Israel es el pueblo de Dios y está llamado a cumplir su voluntad; ellos «no deben ser para Dios como un arco engañoso (1). Dios les ha manifestado su bondad por medio de una gran liberación nacional, y ha hecho de ellos un pueblo; ellos por su parte comprenden, quizás, confusa y lentamente, pero fuertemente, algo del carácter divino. Se dieron cuenta de que la bondad y la justicia son algo, tienen grande importancia en la vida de los individuos como en la de los pueblos. Y esto implica un elemento centralizador y una influencia vigorosa que habían sido introducidos en la vida de la nación; de esos elementos nacerían nociones más humanas sobre lo que el hombre debe al hombre. Las leyes duras y las costumbres crueles, en otros tiempos necesarias, se irían poco a poco suavizando, y se despertaría el sentido de la justicia, rígido es cierto, pero poderoso. Principios éticos que se creen emanados de los cielos han de ejercer poderosa influencia.

Se pueden comparar las costumbres de las diversas naciones y reunir las estadísticas de la criminalidad, y deducir de ellas que tal nación es más moral que tal otra. Eso es indudablemente interesante e instructivo. Pero después de todo, la gran cuestión para un pueblo no es el saber el grado de criminalidad, sino más bien, saber si posee un ideal moral; porque eso sólo hace posible y eficaz los llamamientos de los profetas y de los conductores espirituales. Y ese fué precisamente el caso para el pueblo de Israel. Su historia nos muestra ejemplos de flaquezas morales tremendas y de incalificables ignominias; nos traza cuadros de crueldades y de traiciones, de astucias y degüellos en grande escala; cuadros tristes que confunden nuestro ánimo, cuando los encontramos en el camino del progreso. Mas a pesar de esas escenas que nos afligen y escandalizan, tenemos que reconocer que ante ese pueblo rebelde e inconsecuente se erguía un ideal moral. Los profetas pueden parecer haber fracasado en su misión; sin embargo, no hablaron en vano. En las profundidades del alma del pueblo existía una sensibilidad moral, cuyas raíces estaban agarradas a un pasado muy lejano, iluminado por brillantes recuerdos. Dnrante muchos siglos vivió ese pueblo familiarizado

(1) Salmo, 78. 57.

con un ideal moral; y este hecho es el que nos explica la fuerza de los reproches de los profetas, y, al propio tiempo, los justifica. Es ese hecho el que enardece sus esperanzas y convierte sus discursos en llamamientos patéticos; en él igualmente se fundan sus esperanzas; y eslo que distingue al pueblo de Israel de todos los pueblos que lo rodeaban. Ese ideal estaba, en fin, en estrecha relación con las esperanzas mesiánicas, que si bien es verdad estaban repletas de nociones groseras y materialistas, desempeñaron, no obstante, un papel capital en el desarrollo de ese pueblo.

Los cristianos comprenderán facilmente, que una vez que el pueblo estuvo persuadido de que la bondad y la justicia son expresión del carácter de Dios, debía necesariamente esperar el tiempo «en que la misericordia y la verdad se encontrarían, y la justicia y la paz se besarían».

CAPÍTULO IX

La inspiración

Los vocablos inspiración y revelación se oyen pronunciar constantemente en las discusiones sobre la Biblia. Cada uno ha oído hablar de la inspiración de la Biblia y ha oído decir que la Biblia es la revelación de Dios. En esas dos palabras se apoyan y descansan muchos cristianos. Tienen el sentimiento de que, si en las Santas Escrituras no hay inspiracion ni revelación, entonces este libro carece de valor.

Y en efecto, a esos cristianos les sobra la razón. Si en la Biblia no hay inspiración, ni contiene una revelación, entonces pongámosla de un lado; y confesemos con tristeza, que hemos sido inducidos en error, y lo mismo les ha ocurrido a las sesenta generaciones que nos han precedido.

Mas se puede hacer algo mejor. En lugar de abandonar el estudio de la Biblia, vamos a buscar en ella, para ver si encontramos la inspiración y la revelación. Pero una dificultad nos detiene desde el principio. ¿Cómo reconoceremos esas cosas si, por acaso, las encontramos? ¿Sabemos en realidad lo que vamos a buscar? ¿Qué es la inspiración?

¿En qué consiste, para que sin falta podamos discernirla? ¿Y qué debemos entender por una revelación, para que estemos dispuestos a recibirla, si la hallamos?

¿Se puede definir la inspiración?

Mucho nos tememos que nuestra respuesta a esas preguntas defraude a nuestros lectores; porque debemos confesar que no tenemos ninguna respuesta concreta que dar a esas preguntas. Muchos tratados hemos leído, y hemos revisado muchas de las definiciones dadas por diversos teólogos, algunas de ellas, por cierto, excelentes por su aproximación a la realidad; pero ninguna de ellas nos parece adecuada y satisfactoria. Y la razón es muy sencilla. Hay cosas que pueden ser definidas, y son aquéllas que pertenecen principalmente al dominio de lo material, o al reino de lo intelectual. Pero hay otras cosas que escapan a toda definición. Las sentimos, vemos y experimentamos su influencia, reconocemos en ellas fuerzas que comunican vida; sin embargo, no podemos encerrarlas dentro de los límites de una fórmula rigurosa. Y al hablar así no pretendemos captar un asentimiento ilegítimo del lector haciéndole creer que la cuestión de que se trata es de una esfera inaccesible a la lógica humana. Ese es el artificio que más emplean los campeones de la superstición. Cuando quieren defender tal o cual teoría que carece de fundamento, o hacernos aceptar un misterio inútil, que excede a la lógica, nos dicen que sólo un sentimiento simpático interior puede hacernos comprensibles esas cosas; y, por lo tanto, nos invitan a que echemos a un lado la lógica, y aceptemos ciegamente lo que la autoridad nos impone. Semejante método nos parece tan fatal a la fe como a la razón, y no aconsejaríamos a nadie que lo adopte.

Hay cosas que desafían toda definición

Lo primero que hay que hacer en casos como éste es examinar si el asunto debatido puede entrar en alguno de los dominios ya explorados de los conocimiento humanos. ¿Se trata, por ejemplo, de un problema de matemáticas? Pues entonces pediremos una demostración. ¿Se trata de cuestiones científicas o de historia? En este caso los hechos son los llamados a decidir la

cuestión. Pero existe un dominio que nos presenta hechos numerosos que escapan a toda definición completa y satisfactoria. Ese dominio es el de la naturaleza humana. Hallamos aquí hechos en abundancia sólidos e innegables; pero nos hallamos también burlados cada vez que intentamos encerrarlos dentro de una definición completa. La razón y el instinto, por ejemplo, he ahí dos hechos indudables. Pero ¿quién ha trazado la línea segura e inconfundible que separa esos dos hechos? Es fácil atribuír ciertos resultados a las operaciones de la razón, y admitir que otros derivan del instinto; pero entre los primeros y los seguudos existe una cantidad de fenómenos, que no sabemos si atribuír exclusivamente a la razón o al instinto, porque sentimos que participan de la una y del otro. ¿Quién puede, en efecto, decir dónde empiezan las operaciones de la razón y terminan las del instinto? ¿O quién dirá de un modo terminante si la razón es el punto de partida del instinto, o su punto culminante? ¿Es el instinto el producto de las experiencias de la razón, o es la razón el instinto desarrollado?

Pues esas mismas dificultades encontramos cuando tratamos de definir y caracterizar en qué consiste la inspiración.

Inspiración de las grandes obras literarias

Supongamos que nos pidan que demos una definición de lo que entendemos por la inspiración del poeta y del pintor. Usted afirma, nos dirá nuestro interlocutor, que tales o cuales obras literarias, *La Divina Camedia*, o *Hamlet*, por ejemplo, son obras de inspiración; pues explíquenos usted lo que entiende por eso. ¿No se ve enseguida la dificultad?

Sí, es muy cierto que lograremos, quizás, fabricar alguna respuesta afortunada; pero lo que no podremos hacer es dar una definición, en el sentido estricto y verdadero del vocablo; una definición que señale claramente los rasgos distintivos y característicos de la inspiración, de tal manera, que nuestra descripción corresponda exactamente, completamente, y, lo que es más todavía, exclusivamente, a lo que forma el carácter de la inspiración. Mas porque no logremos definir el fenómeno, no es una razón para que lo

neguemos. De ciertas obras podemos decir que entran en la categoría de las inspiradas, y de otras decimos que carecen de inspiración. Reconocemos sin dificultad la inspiración del *Fausto*, de Goethe, del *Paraíso Perdido*, *Otelo*, *El Rey Lear*, etc., etc. Pero a nadie se le ocurrirá decir que es obra inspirada *Los viajes de Gulliver*, el *Annus Mirabilis* (1), o la *Filosofía Proverbial* (2).

Sin embargo, todos nos damos bien cuenta de que entre las obras incontestablemente inspiradas y las que incontestablemente no lo son, se extiende una vasta región, poblada de autores discutibles, y que no nos atreveríamos a clasificar; es decir, que es imposible trazar un límite claro e inconfundible. Sucede con esto, como con el arco iris, o los colores del prisma. Podemos distinguir el rojo del verde, el violeta del azul, pero no podemos determinar el punto donde el violeta cesa de ser violeta para llegar a ser índigo. La degradación de los colores es tan delicada y tan gradual, que pasamos sin sospecharlo del índigo al azul. Aquí también se extiende una rigión discutible; aquí también es muy difícil, si no imposible, trazar una frontera.

Lo mismo sucede con la Biblia

Después de lo dicho, ¿se admirará alguien al oirnos decir que no se debe esperar ni exigir una definición de la inspiración de la Biblia? Que nadie se exponga a perder su reputación de hombre de sentido común, exclamando: si esto es así, entonces la inspiración de la Biblia es vana palabra. No; lo contrario es lo verdadero. La inspiración es una cualidad tan real y al propio tiempo, tan sutil, tan entusiasmante, y, a la vez, tan impalpable, que cuando la encontramos, nos mueve a rendirle homenaje y nos obliga a inclinarnos delante de su sublime realidad y de su poder. Sucede como con el genio, que lo reconocemos a primera vista, sin poder definirlo. Ella es como el mar inmenso, inexorable, siempre en movimiento, permanente; pero negándose siempre a dejarse encerrar en límites determinados; invadiendo unas ve-

---

(1) Poema de Dryden, 1867.
(2) Poema didáctico, de Tupper, 1839.

es nuevos territorios, y, otras veces, abandonando con indiferencia sus anteriores moradas.

Semejante, aún en esto, al genio y al mar, la inspiración se dirige a lo que hay de más noble y de más indefinible en la naturaleza humana, es decir, que apela al elemento espiritual e inmortal del hombre. Lo que hay en nosotros venido de Dios, responde a lo que Dios nos envía; a cualquier voz inspirada por el espíritu de Dios, el espíritu que el hombre ha recibido de Dios se apresura temblando a responder. Como el amor responde al amor, con ardor mezclado de temor, así responde el alma humana a la inspiración, tan pronto como aparece. Y como el amor, el genio, y el mar son realidades prodigiosas, y que, sin embargo, se resisten a toda definición, así también la inspiración es una realidad prodigiosa, y no por eso menos real, aunque no haya podido ser jamás definida.

La inspiración no es siempre evidente

Pero una objeción puede, quizá, surgir en nuestro espíritu: Se nos dice que ciertas porciones de la Biblia no llevan las señales de la inspiración, es decir, que no despiertan en nuestras almas un eco poderoso y cierto. El sermón del monte, la parábola del Hijo pródigo, el episodio de la mujer pecadora, el elogio de la caridad, el libro de Job, el Segundo Isaías, por ejemplo, están dotados de esta cualidad soberana. Mas hay en la Biblia, páginas enteras que son como árido desierto, en el que no se ve la más débil flor de inspiración. ¿Cómo puede ser conmovido nuestro ser espiritual con las numerosas instrucciones ceremoniales contenidas en el libro del Levítico, con la interminable genealogía del libro de las Crónicas, o con la lista de los utensilios traídos por Esdras y Nehemías, o con las narraciones sanguinarias contenidas en los libros de Josué y los Jueces? Esta observación encierra una parte de verdad. Hagamos notar, sin embargo, que lo mismo se puede decir de algunas partes de las grandes obras, que literariamente hablando, calificamos de obras inspiradas. Homero, por ejemplo, es a veces soporífero. En el *Paraíso Perdido* se encuentran trozos secos y áridos, y en la *Divina Comedia* no faltan los barbarismos. Y eso no obsta para que

consideremos esas obras como verdaderamente inspiradas; porque la inspiración que reconocemos en ellas, no es la de tal o cual pasaje, sino la que llamaríamos inspiración convergente de la obra total. La impresión que nos deja es la de una fuerza viva y evocadora.

La inspiración es global

En resumen; no son las páginas elocuentes y vibrantes de una obra maestra las que constituyen su grandeza, sino la convicción irresistible de que un espíritu noble nos habla en ellas noblemente, de que nos encontramos en presencia de cualidades indiscutibles e indefinibles, a consecuencia de lo cual, sentimos que un arranque de admiración y de alegría, de esperanza o de desesperación, de ardientes aspiraciones y de amor que ha arrastrado a nuestra alma. Es el sentimiento de que un espíritu emparentado con el nuestro, aunque superior, ha apelado poderosamente a lo que hay de más elevado y mejor en nosotros. La inspiración no reside en las partes de una obra, sino en el soplo que anima el conjunto; no está en la letra, sino en el espíritu. Hay bellezas en los detalles sin las cuales la expresión total quedaría imperfecta; así también admiramos en la naturaleza la hermosura de los cielos, de los ríos, de los árboles y de las flores; pero es la feliz armonía de todas esas cosas la que forma la belleza del paisaje. Así igualmente no son las bellezas aisladas las que constituyen la inspiración en una obra maestra, sino el espíritu que la penetra y la rige, y que subordina todos los detalles a un fin noble.

Carácter práctico de la inspiración

Si tenemos presentes esos principios, comprenderemos más claramente lo que la palabra inspiración significa, cuando la aplicamos a la Biblia. Notemos en primer lugar, que no se trata ahora de averiguar la diferencia que haya entre la inspiración de la Biblia y la de las grandes obras literarias, sino más bien, de descubrir lo que tienen de común. Se habla de la inspiración de Homero y de la Biblia, y para aplicarles el mismo vocablo, es necesario que entre estas inspiraciones exista un importante elemento de semejanza, cualesquiera que sean, por lo demás, los rasgos que las diferencian. Porque no puede haber

duda de que, si han empleado un mismo vocablo, es porque han tenido la convicción de que entre las grandes obras religiosas y profanas, si se nos permite este término equívoco, hay cualidades distintivas y análogas.

Ya hemos dicho que esas cualidades pueden ser descritas pero no definidas. Al hablar de ellas, es más fácil emplear la negación que la afirmación. Así diremos, que aunque tal o cual obra contenga algunos pasajes sublimes, ellos solos no bastan para que se diga de la obra, que es inspirada; y también puede haber en ella trozos áridos y fastidiosos, sin que por ello dejemos de sentir la inspiración general que domina en ella. Este sentimiento crea en nosotros la convicción de que está inspirada.

Y nace esta convicción del sentimiento de que a dichas obras un soplo de vida las anima; sentimiento que no depende ni de la belleza de tales pasajes ni de la aridez de tales otros. Y lo llamamos soplo de vida porque nos penetra y nos vivifica; nos conmueve y nos fortalece; apela a nosotros y nos induce a dar una respuesta.

Los sentimientos que experimentamos al cerrar una gran obra literaria, los compararíamos a los recuerdos que llenan nuestro espíritu después de haber recorrido un hermoso país como Italia, por ejemplo. Recordamos haber cruzado por terrenos pantanosos y monótonas planicies; haber visto con indecible júbilo torrentes impetuosos y negruzcas rocas, a las que se agarraban grandes pinos. Pero, además de todos esos recuerdos, la impresión dominante en nosotros es que nos hemos traído algo de la atmósfera del país. Y así sentimos como si el espíritu de una nueva vida hubiese entrado en nosotros. Italia no es ya para nosotros un sencillo mapa, sino la morada de seres vivos que nos ha comunicado algunas parcelas de su valiosa e inmortal herencia.

Pues lo mismo ocurre con la Biblia. Ella encierra páginas de una hermosura y elocuencia incomparables, y otras áridas y carentes de instrucción, o que hieren nuestro sentido moral. Mas el poder de su inspiración ni reside sólo en las primeras, ni se halla alterado por las segundas. El genio que se siente en el conjunto es demasiado poderoso para depender de las unas o de las otras; y su fuerza soberana se impone a todo lector imparcial.

Se parece la Biblia al país en que nació. Al recorrerlo se queja, a veces, el viajero de las soledades áridas, desprovistas de árboles, que tiene que atravesar, pero cuando ha visitado el país entero, se ve obligado a confesar que, según la antigua expresión de los autores sagrados, es un país «que fluye leche y miel». En otros términos, la cualidad de la inspiración, es como la del genio, la de la belleza, y, aún como la de la vida. Es por medio del eco moral o intelectual que despierta en nosotros, que nos damos cuenta de su realidad. No podemos definirla, porque transciende de los elementos de la definición; ni podemos ignorarla, porque nos llena de arrobamiento, nos eleva a un plano superior y estimula las más altas y puras facultades de nuestra naturaleza. En resumen, ella nos inspira, y en esto reconocemos que está inspirada.

La inspiración general y la bíblica

Mas se nos preguntará que cómo distinguimos la inspiración de la Biblia de la de las grandes obras del genio humano. ¿Qué es, por ejemplo, lo que marca la inspiración de San Juan, para distinguirla de la de Shakespeare? ¿No es la inspiración de la Biblia una inspiración distinta y especial? O bien ¿debemos considerarla de la misma familia y del mismo linaje que la de las obras maestras de la Literatura y del Arte? Según nuestra opinión, la contestación es muy sencilla. En un sentido no podemos notar entre ellas ninguna diferencia; pero en otro sentido podemos ver una diferencia real y profunda.

En un sentido no se nota diferencia. Con efecto, si toda gracia excelente y todo don perfecto es de lo alto; si la sabiduría y la habilidad vienen de Dios; si la destreza de un Bezalael y la clarividencia de un Daniel, los himnos de un David y la sagacidad de un Salomón, así como el conocimiento espiritual de un San Pablo y de un San Pedro, les fueron concedidos por Dios, debemos admitir que, en lo que se refiere al origen de familia y de linaje, los dones inspirados de todos los obreros de la Humanidad vienen de Dios, lo mismo los de aquéllos que llaman profanos, como

los de los sagrados. El es el que les ha otorgado, a los unos y a los otros, la sabiduría que les ha permitido adquirir los ricos pensamientos, que han esparcido luego por el mundo. Por consiguiente, desde el punto de vista de su origen y de su filiación, todos los dones son divinos, y bajo este aspecto no podemos trazar ninguna diferencia entre la inspiración de una clase de escritores y la otra clase.

Mas bajo otro aspecto, descubrimos entre ellos una diferencia real y profunda. Unidas en su punto de partida, esas obras toman luego una dirección diferente. Si en un sentido todas vienen de Dios, todas no van a Dios. No basta sentir palpitar una fuerza divina en alguna creación artística, no basta tampoco reconocer en ella una fuerza que se apodera de nosotros y nos obliga a una respuesta extraña e interior. Todo eso es cierto de muchas obras maestras; pero aun entre ellas reconocemos que no todas nos conducen en la misma dirección. No todas conducen a Dios. Todas no se apoderan de nuestra naturaleza moral y someten nuestra conciencia a su imperio. La Biblia, en cambio, nos dirige siempre, y de un modo persistente, hacia Dios; y en eso precisamente reconocemos la característica de su inspiración. Si los dones de Dios son concedidos a muchos, la merced de emplearlos para su gloria y el bien superior de la Humanidad, no ha sido otorgada a todos. Otras obras tienen el poder de alegrar, refrescar, fortalecer nuestra naturaleza intelectual, y aun de estimular nuestra vida moral; pero ninguna como la Biblia ha guiado los hombres a Dios con tanto poder y persistencia, ni ha enriquecido y vivificado tan abundantemente la conciencia religiosa de la Humanidad.

Pruebas de la inspiración de la Biblia

La prueba de esta inspiración se encuentra en la historia de la conciencia religiosa de la cristiandad.

Imposible nos es entrar en los detalles de un tema tan extenso, que excedería con mucho los límites que nos hemos impuesto, al emprender nuestro trabajo. Sólo haremos la siguiente observación. Tomemos, por ejemplo, algunas obras que han ejercido influencia profunda en el pensamiento cristiano y fuera de la cristiandad. *Las Confesiones de San Agutín*, *La Imitación de Jesucristo*, *El Peregrino* y *El Año Cristiano*, (1) y otras; todas ellas están saturadas de pensamientos extraídos de las diversas partes de esa vasta colección de literatura religiosa que llamamos la Biblia. Todo el que se tome el trabajo de contar las alusiones y referencias que contienen de la Biblia, verá inmediatamente cuán poca cosa quedaría de esas obras, si se suprimiera lo que ha sido sacado de la Biblia. La mejor parte de la riqueza espiritual que contienen la han extraído del libro sagrado. Y todavía podemos hacer otra afirmación, y es que el poder de esas obras sobre nosotros, está relacionado con la medida en que se hallan penetradas del espíritu y de las cualidades morales de la Biblia. Es, pues, un hecho que la inspiración que poseen, está sacada de este libro. Sí, esas obras que han sido, y son todavía en alto grado, los compañeros espirituales de las almas piadosas, deben su fuerza y su virtud tónica a la Biblia, y nada más que a la Biblia.

Mas tratemos de reducir de todas las maneras la fuerza espiritual de la Biblia. Admitamos que tal o cual porción haya sido arrancada de su contexto; que algunos de los libros considerados en otro tiempo como obra coherente de un solo espíritu, resultan ser compilaciones; que se encuentran inexactitudes en determinados pasajes; que hombres inspirados se entregan, a veces, a transacciones de dudosa moralidad; que la afición a la milagrería que muestran algunos autores, nos hace difícil la aceptación de sus narraciones; cuando todo eso y mucho más haya sido admitido, todavía, sin embargo, queda un hecho, firme e indestructible: Es en esta Biblia donde las almas, por millares de millares, han encontrado vigor espiritual y consuelo; es en ella donde han bebido, como en un manantial inagotable, los grandes directores espirituales, sacando los elementos que han inspirado a doctores, pastores, evangelistas y maestros, esparciendo por el mundo las verdades más puras y más vivificadoras; y hombres de pasiones violentas y de vida azarosa han sacado igualmente de la lectura de sus páginas una fuerza que ha transformado sus vidas y santificado sus

(1) Colección de poemas litúrgicos, de Keble, 1827. (N. del T.)

afecciones. No podremos definir la inspiración de la Biblia, pero es un hecho, que esta inspiración se manifiesta de modo evidente, por las vidas que ha transformado y las naturalezas que ha contribuído a regenerar. Ella ha curado corazones quebrantados, dado vista a los ciegos, gozo a las almas; ha hecho estallar en cantos de júbilo a la cristiandad libertada; ha modelado los caracteres y purificado los gustos de grandes comunidades, y en fin, ha producido rica floración literaria. Negar, pues, la inspiración de la Biblia, es negar un hecho más vasto y más importante que la influencia de Shaskepeare, o las vistorias de Napoleón.

Y es por la virtud de ese hecho, que multitudes de criaturas sencillas y sin instrucción, incapaces de discutir las cuestiones de la crítica, han hallado en la Biblia el manantial refrigerante que las ha vivificado, de tal manera que han podido, animadas de divina energía, llevar aquí abajo una vida de indiscutible santidad, aunque se sintieran extranjeras y peregrinas en este mundo.

CAPÍTULO X

La revelación contenida en la Biblia

Hay otra palabra frecuentemente usada en relación con la Biblia, es la palabra revelación. La idea de revelación ha sido tan íntimamente asociada à la Biblia, que el vocablo ha llegado a ser un sinónimo de ésta. Y así se dice: la Biblia es la Revelación, o La Palabra revelada.

Ahora bien, ¿podemos definir la revelación?

Revelación e inspiración no son idénticas

Antes de responder a esta pregunta conviene disipar un equívoco. Estos vocablos han sido con frecuencia empleados como términos equivalentes; y esto es un error. Puede haber inspiración sin revelación y revelación sin inspiración. Además, la inspiración puede conducir a la revelación, y ésta es a menudo imposible sin la inspiración.

Sin embargo, importa tener presente que no son una misma cosa. La inspiración es una insuflación de vida en un

hombre o en una obra; mientras que la revelación nos descubre una verdad o un principio que ilumina o ensancha nuestro pensamiento. La revelación aumenta nuestro conocimiento, y la inspiración exalta nuestro sentimiento. Así, pues, aunque se pueda establecer entre ellas una relación íntima, y aunque se presten mutua asistencia, y, a veces, dependa la una de la otra, no son idénticas, y es necesario no confundirlas.

Revelar es decubrir la verdad

¿Qué es, pues, la revelación? ¿Estaremos en error si decimos, que toda verdad, o todo principio que ensanche el campo de nuestro conocimiento, es una revelación? Si lo que antes ignorábamos, nos es descubierto, ¿no es eso una revelación? Además, no debemos olvidar que la verdad o el hecho que se nos descubre, existían antes de que llegara a nuestro conocimiento. Los descubrimientos de la ciencia nos ponen de manifiesto numerosas leyes, que han estado ejerciendo su acción desde el principio de los siglos. Revelar no quiere, pues, decir inventar una verdad nueva, sino descubrir, o poner de manifiesto una verdad antigua, que nos era desconocida. Como el sol disipa las nubes, así también el conocimiento destierra la ignorancia y nos muestra las cosas como son. De aquí resulta con frecuencia, que tan pronto como una verdad, o una ley nos ha sido revelada, nos sentimos capaces de experimentar cuán verdadera es, y dispuestos a descubrir nuevas pruebas que la confirmen. Vemos también entonces cuántas dificultades resuelve, y nos admiramos de que no hubiésemos caído más pronto en ello. Nos parece tan clara, que lo que nos admira, es su sencillez. ¡Con qué facilidad, por ejemplo, hemos aceptado las leyes sobre el movimiento de los cuerpos! ¡Cuán difícil no es ahora aceptar las groseras teorías de Ptolomeo! Cuando el primer momento de sorpresa ha pasado, la nueva verdad o la nueva ley descubierta, se coloca para nosotros entre las cosas que son muy naturales; y nos sentimos capaces de experimentarlas y de aplicarlas.

Una verdad conocida se convierte en un lugar común

Y esto es precisamente lo que nos ciega y nos impide ver la magnitud de un descu-

brimiento. La cosa, una vez conocida, nos parece evidente. Y por esto debemos esforzarnos por hacer justicia a los trabajos del tiempo pasado, si es que queremos apreciar rectamente todo el valor que tienen. Consideremos la verdad, la ley, o el principio que han llegado a ser ya un lugar común, y procuremos darnos cuenta de su importancia, tratando de representarnos lo que seríamos si los ignorásemos todavía. Si el hecho de conocerlos ha simplificado la idea que nos formamos del mundo en que vivimos; pues imaginemos, cuánto más perpleja y angustiosa sería nuestra vida, sin los conocimientos que nos han proporcionado los trabajos y estudios de los sabios que nos han precedido.

La revelación bíblica

Si tenemos estas cosas presentes, podremos mejor apreciar la revelación contenida en la Biblia. Decimos la revelación en la Biblia contenida; porque la Biblia es como una mina en la que el oro se encuentra mezclado a las materias que lo rodean. Unas veces se obtiene tamizándolo por medio de una corriente de agua; otras veces hay que desenterrarlo como un tesoro escondido, y las más de las veces, no se saca sino después de largo y rudo trabajo de pulverización. Mas la presencia del metal precioso es tan cierta como lo son las rocas, de las que se le extrae, el terreno que es necesario minar o el río del que se le saca. O en otras palabras, la revelación nos viene por grados diversos y bajo diversas condiciones.

He ahí la verdadera manera de considerla; y ese es, según el autor de la epístola a los Hebreos, el punto de vista bíblico: «Dios ha hablado muchas veces y en diversas maneras (1).

Es cosa muy corriente formarse de la revelación una idea diferente, pero errónea; mas a nosotros nos parece prudente y respetuoso aceptar la que nos da este autor, que estimamos juiciosa y reflexiva. Ella afirma un hecho sencillo y de fácil verificación, evitando de este modo un literalismo ininteligente y exagerado; y además, nos conduce a una

(1) Hebreos, 1. 1.

clara e inteligente gradación: La revelación encarnada en una persona.

Su carácter progresivo

«Dios se ha revelado muchas veces, y de diversas maneras». Esta declaración nos hace presentir el carácter progresivo de la revelación. Hay, por ejemplo, tal verdad que, al principio, aparece oscurecida, y algún tiempo después, se aclara; hay tal otra verdad que se halla sólo sugerida por una costumbre; luego, cuando esa costumbre ha sido modificada, la verdad aparece más distintamente. Los conceptos sobre Dios, en un principio vagos y asociados a no pocas oscuridades, adquieren luego contornos más precisos, hasta que toman, en fin, vida y color. Las ideas religiosas están en un principio impregnadas de un egoísmo inmoral; y siempre que este es el caso, las necesidades materiales desempeñan un papel preeminente en toda la religión; pero andando el tiempo, estos conceptos revisten un carácter más definitivamente moral. Sucede a esto una intuición más profunda de la naturaleza divina, y la luz que va creciendo con ella, parece espesar las sombras que aún subsisten, hasta que las ideas emergen a la pura y clara luz de un pensar espiritual.

Algunas señales de este progreso

Sólo podemos indicar algunos aspectos de este progreso de la revelación. El hombre dió un primer paso, cuando tuvo el sentimiento de que algún poder divino gobernaba su vida; y dió un segundo paso, cuando se dió cuenta que de ese poder divino podía depender su dicha; dió un tercero, cuando llegó a comprender, que ese poder obraba movido por principios de justicia. Un nuevo progreso le reveló, que Dios es el Dios de todos los hombre; y, en fin, el último paso fué dado cuando descubrió que este Dios puede estar en el hombre, y, que, sin duda ninguna, el hombre estaba en Dios.

Y ahora, notemos que cada uno de los progresos indicados, implica una revelación; revelación elemental y parcial, si se quiere; pero que descubre una porción de la verdad. No olvidemos, que esta sola porción de verdad, es la que está iluminada, mientras que todo lo demás son tinieblas, y,

por consiguiente, no debemos admirarnos de que esas tinieblas estén pobladas de productos groseros y deprimentes de la imaginación.

Acabemos, pues, por comprender, que la Biblia nos traza la historia de esta marcha progresiva; y preparémosnos a dar con hombres que avanzan palpando, en medio de nociones inferiores y rudimentarias; que reciben un tenue rayo de luz, cuyo significado comprenden muy lentamente, y que viven y se mueven en una especie de claro oscuro. Sigamos la marcha, a medida que un rayo de luz se añade a otro rayo, apreciemos la importancia de cada paso dado, y midámoslo, no a la luz que irradia de él, sino por las tinieblas que deja detrás, y entonces comprenderemos que asistimos a la lenta aparición de una aurora. Y no sólo eso, sino que estaremos también en estado de apreciar de un modo justo, la situación de aquellos hombres que tuvieron que vivir en las horas oscuras del crepúsculo; veremos igualmente que, aunque muchas cosas fueron ignoradas de ellos, hubo ciertas verdades que conocieron clara y distintamente. O dicho en otros términos, comprenderemos que recibieron una revelación. Considerando las cosas desde este punto de vista, podremos apreciar la cantidad de luz que recibieron, y persuadirnos de que Dios «habló a nuestros padres, revelándoles la verdad por grados». Por otro lado, podremos también apreciar la oscuridad que todavía se oponía a la luz naciente, y juzgaremos a esos hombres con caridad amplia e inteligente, teniendo más bien cuenta de sus aspiraciones que de los resultados que obtuvieron sus esfuerzos. A ellos se les puede aplicar las palabras éstas del salmista; «Han esperado a Jehová más ardientemente que los centinelas esperan la mañana» (1).

La revelación es un proceso gradual que la Biblia pone de manifiesto

Resumamos lo que hasta aquí hemos expuesto. La mejor manera de comprender la palabra revelación es no viendo en ella sino el nombre dado al proceso por el cual Dios se ha dado a conocer al hombre. Debemos, pues, esperar que

(1) Salmo, 130. 6.

la revelación contenida en la Biblia tenga ese carácter progresivo.

En un principio no tuvo el hombre sobre Dios, sino ideas groseras y confusas, limitadas y desnudas de todo carácter moral (1). Mas la Biblia nos muestra las diversas etapas que la revelación ha seguido (2). Los grandes conductores espirituales, cuando conocieron a Dios y su providencia, empezaron a socavar las creencias politeístas (3). A medida que los profetas van discerniendo el carácter moral de Jehová, se va igualmente desvaneciendo la estrecha noción de una divinidad patronal y la de un Dios que sólo lo era de una tribu o de una sola raza (4).

En fin, cuando los evangelistas nos mostraron hasta qué punto lo divino había verdaderamente penetrado, y penetra todavía la vida humana, desaparecieron las nociones de pureza y de impurcza legales, la distinción entre las personas y las vocaciones religiosas, por un lado, y las vocaciones y las personas seculares, por otro. Igualmente se disipó el concepto mercenario del deber, y apareció Dios elevando a la Humanidad hasta él, y entonces la norma de todas las cosas se hace espiritual; y todos los hombres son enseñados que han de comparecer ante el tribunal de Cristo, que es personalmente la revelación divina definitiva.

CAPÍTULO XI

El criticismo bíblico no es cosa nueva

Algunos aspectos ds su historia

Hay muchas gentes devotas a las que no les gusta la crítica moderna. Creen, erróneamente, que es una novedad, fruto del espíritu inquieto e irreverente de nuestro tiempo, que emplea métodos violentos y arbitrarios.

(1) Jeremías, 11. 13; 2. 28; Hechos, 17. 27; 1. Samuel, 4; Jeremías, 3. 16; 1. Reyes, 12. 28.
(2) Génesis, 22, 1-18; Micheas, 6. 7, 8; Amós, 5. 26; 1. Reyes, 11.
(3) Isaías, 41. 7; 44. 5-21; Hechos, 7. 40-42.
(4) Amós, 5. 18-22; Isaías, 65. 1.

No podemos discutir aquí esta opinión con la amplitud necesaria, y, por lo tanto, nos limitaremos a indicar algunos aspectos de la cuestión, los cuales servirán para mostrar que las conclusiones a que ha llegado la crítica moderna no son ni violentamente crudas ni arbitrarias. Ante todo, debemos recordar que la crítica bíblica no es una ciencia que naciera ayer de mañana, como lo ha mostrado el profesor George Adam Smith. El libre examen, o como él dice, la libertad de la crítica nos viene del Nuevo Testamento. «La manera en que el Nuevo Testamento, dice, ha tratado al Antiguo, no solamente confiere a la Iglesia el derecho de usar libremente de la crítica, sino también, bajo muchos aspectos, le impone la necesidad y la obligación de usar de ella».

Así, pues, la crítica bíblica viene acompañada de una autoridad antigua y venerable. Sería, sin embargo, ir demasiado lejos, al afirmar que la Iglesia ha hecho siempre uso de este derecho y de esta libertad; porque ha habido períodos de pereza intelectual, de insensibilidad literaria y de entumecimiento espiritual, durante los cuales los cristianos miraron con indiferencia los valiosos y sagrados tesoros encerrados en la Biblia. Pero se puede afirmar, sin pecar de exageración, que cada vez que la Iglesia se ha despertado intelectual y espiritualmente, el espíritu crítico ha estado también más o menos activo. Los hombres no han podido nunca leer esos libros sin preguntarse lo que significaban, ni los han estudiado de un modo inteligente, sin notar las divergencias y las particularidades. Así como el observador atento discierne en determinados monumentos históricos los indicios reveladores de diferentes períodos arquitectónicos, de igual manera los lectores reflexivos de la Biblia no han podido dejar de descubrir los diferentes géneros de arquitectura literaria que hay en ella.

Indicios antiguos de la crítica bíblica

Calvino, por ejemplo, llamó ya la atención sobre determinados errores que había en los textos. Y en la segunda mitad del siglo XVII, el célebre sacerdote Richard Simon hizo notar que un mismo acontecimiento era referido dos veces de modos diferentes. La idea

emitida de que Moisés se habría servido para componer el Génesis de varios documentos literarios, todos ellos diferentes, no es peculiar de nuestro tiempo. Ya en 1753 se publicó en Bruselas una obra que llevaba por título: «Conjeturas sobre las memorias originales de que, según parece, se habría servido Moisés para componer el libro del Génesis». Su autor, Astruc, señala el hecho de que en una de la narraciones sobre la creación, se designa a Dios con el nombre de Elohim, mientras que la otra lo llama Jehová (Yahve).

No es, pues, reciente la noción sobre el carácter compuesto del Pentateuco; ha ya más de ciento cincuenta años que es del dominio público. Una vez que la idea fué lanzada, es natural que se la examinara; y la investigación dió origen a varias teorías, que fueron largamente discutidas; siendo unas rechazadas, y otras modificadas o aceptadas. Y hoy el carácter compuesto de esos escritos está admitido, de hecho, por todos los comentadores competentes.

Hexateuco y Pentateuco

Hay un nombre muy empleado hoy por los críticos y que los lectores de la Biblia deben conocer, es el de *Hexateuco*. En una época relativamente reciente se hablaba habitualmente del Pentateuco, o sea, según se les llamaba entonces, los cinco libros de Moisés. La opinión corriente, mal fundada desde luego, admitía que Moisés había escrito esos cinco libros. Mas los lectores reflexivos se dieron cuenta de que esta creencia no descansaba sobre bases muy sólidas, y que sólo era una tradición comunmente aceptada, pero no un hecho probado. Mas a medida que el hábito de la reflexión se generalizó, y que las ocasiones se multiplicaron, y al mismo tiempo se despertaba el espíritu de investigación, las gentes estudiosas comenzaron a darse cuenta de que no era posible que Moisés hubiese escrito tales libros. Y entre las objeciones que hacían, la más categórica era, que no parecía admisible que un autor pudiera describir de antemano las circunstancias en que había de dejar este mundo. Es muy natural, que aquéllos que toman la credulidad por la fe, intentaran vencer la dificultad, empleando la argucia y toda suerte de esfuerzos ingeniosos. Pero el espíritu de investigación siguió adelante y no tardó en hallar

que los seis primeros libros de la Biblia estaban tan estrechamente ligados los unos a los otros, como los cinco primeros; y que, en realidad, formaban una unidad literaria, y deben ser considerados como una obra en seis partes. De aquí vino el nombre Hexateuco que se ha empleado para designar esos seis primeros libros de la Biblia.

Pero cuando decimos que el Hexateuco puede ser considerado como una sola obra literaria, eso no significa que sea el fruto de un solo autor, ni que sea uno solo el que le ha dado la forma con que lo conocemos, sino que después de haber sufrido varias revisiones y transformaciones, esos materiales fueron de nuevo refundidos, por un último trabajo de redacción, para darles una unidad literaria, quedando como hoy los conocemos.

Los materiales

El espacio de que disponemos no nos permite trazar extensamente y en detalle las fases sucesivas de esos trabajos de redacción hasta llegar al resultado que hoy sabemos. Basta con que digamos que una porción de cuentos populares, de historias y cantos antiguos, de compendios de leyes y de costumbres adoptadas o decretadas en diferentes épocas, se hallan ligados y unidos por una narración tenue y fragmentaria. El objeto de esta narración era mostrar que Israel no carecía de historia. Sus autores no pretendían darnos de un modo exacto y rigurosamente cronológico la sucesión verdadera de los hechos y episodios de esta historia. Se ve en ella que el orden cronológico es con harta frecuencia descuidado, que las leyes están reunidas sin consideración al tiempo en que fueron formuladas, o bien, asignadas a un tiempo muy diferente de aquél en que aparecieron; de suerte que es su contenido más que la fecha, lo que las une y lo que ha servido de guía para clasificarlas. Pero merced a un estudio atento, se ha logrado llegar, no a separar los diversos elementos que han servido para formar esa historia; pero sí a discernir muy distintamente la línea generel y la dirección de las capas sucesivas de que está compuesta. Según toda probabilidad, las historias y los cantos datan de época muy antigua; transmitidos de boca en boca, se recitaban o cantaban en las grandes fiestas nacionales y populares. De este modo se conservaron las diversas leyendas a las que, de tiempo en tiempo, se añadieron narraciones y cantos nuevos.

Los materiales publicados

Por fin, llegó el tiempo en que se sintió la necesidad de incorporar esos elementos flotantes: narraciones, leyendas, cantares y leyes, a la historia del pueblo que habían inspirado o disciplinado. Esto ocurrió probablemente hacia el noveno u octavo siglo antes de Jesucristo.

Sabemos que existían por aquel tiempo asociaciones a las que han dado el nombre de Escuelas de Profetas; y éstas fueron, probablemente, las que tuvieron primero la idea de redactar los materiales existentes, y formar con ellos una casi historia. No cabe duda de que había varias versiones, legendarias de esta antigua historia de Israel. No podemos decir de modo seguro cuántas había, pero sí afirmar que existían más de una. Redactores posteriores trataron de formar con todas ellas una sola historia; y eso explica el encaje de unas en otras, de lo que hemos llamado las diversas capas de la narración. Algo posteriormente, bajo el reinado de Josías, se descubrió un código de leyes, que se creyó databa del tiempo de Moisés. Andando el tiempo, este escrito fué también amalgamado a las viejas tradiciones de Israel.

Durante la cautividad se formó una segunda colección de leyes, con un pronunciado carácter sacerdotal, a cuya redacción no fué ajena la mano del profeta Ezequiel. Después de la cautividad, y cuando el pueblo volvió al país de sus padres, en tiempo de Esdras y de Nehemías, se publicó una nueva versión de la historia nacional, a la que se añadieron no pocas prescripciones legales; y todo ello fué sancionado bajo los mandos de Esdras y Nehemías. En esta redacción se habían combinado los elementas antiguos y el cuerpo de leyes compilado durante la cautividad; y en ella se acentuó todavía más la nota sacerdotal. A lo que ya existía se fueron añadiendo, de tiempo en tiempo, algunas nuevas ordenanzas, hasta que finalmente, hacia el tercer siglo próximamente antes de Jesucristo, el Hexateuco revistió la forma en que hoy lo tenemos.

Argumentos diversos

Nos es imposible entrar en los detalles al exponer las razones que han tenido los críticos para ver en el Hexateuco una compilación, en la que han entrado varias tradiciones y narraciones diversas, y nos limitaremos a indicar, de un modo breve, los argumentos en los que apoyan su opinión. Cuatro son los argumentos principales que han sido presentados.

El lenguaje y el estilo

El primer argumento es el que se funda en el lenguaje y el estilo. Se había observado que ciertas expresiones se presentan frecuentemente en los trozos en los cuales el nombre de Dios se designa con el vocablo Elohim; que una cantidad de expresiones diferentes aparecen en los trozos en que Dios es llamado Jehová. La palabra que traducimos por santuario se encuentra empleada con predilección en los trozos de la primera serie, mientras que no se la encuentra en la otra. Se notó igualmente que para designar un mismo lugar se emplean nombres diferentes en estos diversos escritos. Así, por ejemplo, a Hebrón se la llama Kiriath-Arba en aquellos pasajes en que Dios es designado por los vocablos *El Shadai* o *Elohim*, mientras que en aquéllos que lo designan por *Jehová*, se encuentra el primero de estos nombres.

Como ilustración de la diferencia característica que hay entre esas narraciones tomemos la historia de la promesa hecha a Abraham. Leed separadamente los pasajes en que se emplea el vocablo El-Shadai (El Todopoderoso) y el otro vocablo Elohim (Señor, Dios, como traduce nuestra versión), y aquéllos en que se le designa por Jehová, y hallaréis que los primeros repiten la fórmula invariable: «fructifica y multiplícate», precedida de alguna expresión en la que aparece el vocablo bendecir. Mientras que en los del segundo grupo la forma es menos monótona. La posteridad de Abraham se compara al polvo de la tierra, a las estrellas del cielo y a la arena que está en la orilla del mar. Los miembros de cada serie están unidos por la unidad de pensamiento y de expresión; pero cada uno de ellos difiere del que le hace *pendant* en la serie, que tiene por base otro concepto religioso. (*El Hexateuco*, por el profesor J. Estlin Carpenter y G. Harfor-Battersby, V. 1, p. 65).

Costumbres e instituciones

El segundo argumento está tomado de lo referente a las instituciones religiosas. Al hablar de los sacrificios uno de los grupos de esas narraciones da a entender que no debían ofrecerse los sacrificios sino en un solo lugar, que había sido designado por Dios; mientras que en las del otro grupo, los sacrificios podían ser ofrecidos en todo lugar en que el hombre devoto se sintiera dispuesto a hacerlos. Las diferentes clases de sacrificios varían igualmente, según las narraciones. En una de ellas el Tabernáculo aparece ya existente, mientras que en otras se construyó posteriormente. En lo que se refiere al servicio del Tabernáculo las discrepancias son notables entre las diferentes narraciones. En unas el derecho a ofrecer los sacrificios, no estaba exclusivamente reservado a una clase de personas, tales como los sacerdotes; mientras que en otras esta limitación está clara y categóricamente expresada, con amenazas de grandes castigos para los infractores. El Exodo pertenece al código que admitía la pluralidad de santuarios, mientras que el Deuteronomio no reconoce más que un solo santuario.

Los conceptos religiosos

El tercer argumento se funda sobre la diferencia que notamos en los conceptos religiosos. En uno de los grupos de esas narraciones se da a entender que el nombre de Jehová fué conocido desde el principio, mientras que en otro se nos dice que ese nombre fué una augusta revelación hecha a Moisés en circunstancias solemnes (1). En un grupo, las representaciones llamadas antropomórficas son frecuentes y muy naturales, mientras que en el otro esos conceptos desaparecen por completo, para dar lugar a la afirmación sencilla y sublime del poder y acción de Dios. En numerosos pasajes se encuentran las señales de los conceptos henoteístas (2), y por eso se lee con frecuencia: *Jehová tu Dios.*

---

(1) Exodo, 3. 13-15.

(2) El henoteísta rinde culto a un dios, de los muchos existentes. El monoteísta adora al único Dios que existe.

Jehová era el dios de Israel, como Chemos lo era de Amón (1). Según otros pasajes Jehová es el Señor, el único Señor de todos.

Noción general de un desarrollo

En fin, los resultados generales de esas investigaciones sobre el lenguaje y el estilo, así como lo referente a las costumbres, a las instituciones y a los conceptos religiosos, han confirmado la teoría de que el Hexateuco es el producto de un desarrollo gradual.

Clasificación de los materiales

Se ha reconocido que en el Hexateuco han entrado una porción de materiales que han dividido los críticos en varios grupos. Para poderlos distinguir bien se les ha clasificado en tres grupos generales, a cada uno de los cuales se le designa por medio de iniciales apropiadas: *D.* representa el documento deuteronómico; *J. E.* el jehovista-elohista; *P.* el documento sacerdotal.

El deuteronomista

Para comprender mejor este asunto, es conveniente comenzar por el libro llamado Deuteronomio. Porque, como dice muy bien Kittel, independientemente de nuestra voluntad y sólo por su contenido, el Deuteronomio ocupa un lugar único entre los materiales que forman el gran *Libro de la Ley*, atribuído a Moisés. (Historia de los Hebreos).

Sabemos que bajo el reinado de Josías, cierto Libro de la Ley fué encontrado en el templo. ¿Se trata del Deuteronomio? Su nombre, su contenido, su dimensión, el efecto que su lectura produce, autorizan la opinión general de que se trata de este libro (2).

Hay, sin embargo, indicaciones que nos hacen suponer que en tiempo de Josías no era este libro muy antiguo. Su lenguaje, su estilo, su método de exposición, sus repeticiones y otras particularidades, obligan a colocar su composición hacia el octavo o séptimo siglo antes de Jesucristo. Desde las primeras palabras da a entender que la estancia en el desierto había terminado hacía ya largo tiempo; los

(1) Jueces, 11. 24.
(2) 2. Reyes, 23. 21 y siguientes.

hechos que suministran indicios cronológicos se han verificado en períodos posteriores a Moisés. Así, por ejemplo, se nos habla de una monarquía (1); y en fin, ciertos giros en las frases nos hacen pensar en la corte fastuosa de Salomón. Se halla también establecida cierta organización profética y un régimen judicial centralizado. Todo eso, y otros muchos indicios que omitimos, nos prueban que la composición de este libro se verificó en el tiempo que hemos indicado.

Documento jehovista-elohista. (J. E.)

Además de ese documento deuteronómico designado con la letra *D*, poseemos una narración en la que se distinguen dos fuentes diferentes. En una de ellas Dios se llama *Jehová*, en la otra se le designa con la palabra hebrea *Elohim*. En el Deuteronomio hallamos esta doble y diferente apelación para designar a Dios, aunque se ve una preferencia por la fuente elohista. Poseemos, pues, en *J. E.* una doble tradición, cada una de las cuales presenta caracteres bastante claros para considerarlas distintas, aunque se confunden tanto que parecen formar una sola corriente o, si se quiere, dos corrientes que corren entre las mismas orillas. El Deuteronomio es distinto de *J. E.*; pero depende de él, si bien es muy posterior.

El documento sacerdotal. (P.)

Pasemos ahora al más reciente grupo del Hexateuco, que los críticos designan con la letra *P.* Este es el residuo del Hexateuco, después que se han sacado de él las porciones de que hemos hablado anteriormente.

Este documento contiene bellezas que le dan un carácter especial. Su fraseología, sus repeticiones, su tono legal, su rígida construcción, hacen de él una obra aparte.

Hubo un tiempo en que se creyó que esta porción del Hexateuco era de remota antigüedad; pero la opinión general en nuestros días estima que es la parte más reciente. Se la ha calificado algunas veces de escrito fundamental (Grunschrif); pero esto no significa que los escritos que la constituyen sean los documentos primitivos y originales del Hexateuco, sino solamente que los redactores, (para emplear

(1) Cap. 17. 14 y siguientes.

una expresión moderna) compilaron toda la obra de manera que tuviera esta parte, la última de todas, una influencia preponderante; o según los términos de Kittel, «de manera que en esos diversos escritos, el pensamiento general de *P* resultase la base de toda la obra, amalgamando en ella, cada vez que era posible, el contenido de las otras partes».

Se ha designado este documento con la letra *P*, *(preste)*, porque se le considera obra de la casta sacerdotal.

Facilmente se comprende que los últimos redactores, o sea, los sacerdotes, hayan retocado el Hexateuco con el fin de hacer sobresalir sus tendencias particulares y sus pensamientos favoritos para asegurar a la casta una influencia dominadora. Se ha supuesto que este documento fué compuesto después del retorno de la cautividad. Y todo lo que sabemos de este período y de las condiciones de ese regreso concuerdan con esta suposición. Las circunstancias se prestaban al desarrollo de un legalismo riguroso; y, empleando una expresión hoy corriente, era el momento psicológico para el desarrollo del espíritu legal. La cautividad había matado en el pueblo toda esperanza y toda visión de alguna probabilidad de que pudieran renovarse las actividades nacionales. Por otro lado, el sentimiento de los pecados cometidos, cuyo castigo había sido, según el pueblo creía firmemente, la cautividad, habíalo hecho tímido, y lo disponía a nna obediencia ciega y meticulosa.

Ese desarrollo es natural

Si consideramos bien todo este asunto, no tendremos dificultad en ver que las conclusiones a que han llegado los críticos están de perfecto acuerdo con la experiencia general. Existe lo que se puede llamar una ley de progreso. Se enuncia primero algún gran principio, que se adapta después a las nociones intelectuales del momento histórico. Tan pronto camo esta adaptación adquiere cierta coherencia, se siente entonces la necesidad de ordenar la vida en ese sentido, y se hacen esfuerzos para lograrlo. Se multiplican las reglas que afectan a la vida y a la conducta; y para reforzar esas reglas, se acude a la autoridad en todos los dominios, y nace la religión ceremonial. En otros términos, hay primero el desarrollo, quizás a pasos muy lentos, de algunos

grandes principios, originados por una extensa experiencia, principios que se convierten en opiniones y en leyes; y por fin, esas leyes se consignan en códigos detallados, que imponen ritos y ceremonias minuciosamente ordenadas. Lo que el hombre busca a través de esas diversas fases, es el orden. Al período de la inspiración sucede el de la razón y la ley; después de la razón y la ley viene el período de la autoridad, del ritual y de las observancias minuciosas.

Esta tendencia es natural; pero encierra no pocos peligros. El esfuerzo de adaptación convierte las verdades en dogmas, los principios en leyes y las leyes en reglamentos. Mas en los esfuerzos hechos para lograr la coherencia y la perfección, el espíritu se evapora. Los tiempos han llegado a la madurez, y los viejos odres están ya inservibles; el momento de las revoluciones y de las reformas se deja sentir fuertemente. El dogmatismo es la verdad cristalizada, y lo que ésta gana en precisión lo pierde en espiritualidad. Así, una excelente costumbre, tiende a corromper a los hombres. La historia bíblica nos lo muestra. Mientras que, por un lado, podemos seguir las trazas de un progreso lento y continuo en los conceptos religiosos, por otro, observamos también la tendencia creciente al inmobilismo fosilizado de que hemos hablado. Toda historia tiene su belleza y contiene alguna enseñanza, especialmente la que registra los progresos en los conceptos religiosos; pero es natural que, al lado del bien creciente, se desarrolle también la disposición al formalismo, en lo que se refiere al pensamiento y al culto. Lo que ocurre en la literatura sucede igualmente en la religión. A un período de expresión natural y espontánea sucede otro de imitación; y el gusto cultivado hasta el extremo, concluye por el pedantismo y la rigidez, que hacen la reacción inevitable. ¿Es, pues, sorprendente que observemos los mismos fenómenos en la historia de Israel? ¿Nos admiraremos de que un legalismo envejecido se haya afirmado o acentuado, en un momento dado, y que el código laborioso y minucioso de los sacerdotes haya sido la última fase del desarrollo religioso, que cae en el formalismo general? ¿Nos admiraremos tampoco, de que este estado de cosas haya preparado el camino a Aquél que vino a librar al hom-

bre de la esclavitud de la letra e iniciarlo en la libertad del espíritu?

Debemos, pues, (este ejemplo tranquilizará quizás a algunos espíritus desconfiados) considerar los libros del Hexateuco, y, en cierta medida, otros muchos libros de la Biblia, no bajo el aspecto, por ejemplo, de la catedral de Salisbury, comenzada y terminada según un plano único, sino más bien, como la adadía de Westminster, en la que descubrimos la obra de diversas inteligencias y la expresión de épocas variadas. No cabe duda de que existen hermosas obras de arte nacidas por la armoniosa inspiración de un solo cerebro. Pero el edificio inspirado y levantado todo entero por un solo arquitecto, no puede tener la riqueza, ni el interés histórico, ni la belleza de los recuerdos que están inscrustados en las piedras, y la estructura de la catedral que ha sido edificada por los siglos. El respeto que nos inspira no es menor, y recibimos de ella mucha enseñanza cuando sus viejos muros nos envían el eco de muchas edades. La obra de un hombre solo, como, por ejemplo, una epístola de San Pablo, puede enseñarnos mucho; pero ¿no tendremos nada que aprender de un libro en el que están impresas las huellas del sentimiento religioso de muchos períodos de la Historia? Si encontramos en los libros históricos de la Biblia conceptos divergentes sobre Dios y su carácter, y si tropezamos también con interpretaciones diferentes de la ley de Dios, ¿no es también una lección para nuestra fe, al ver en todo eso las varias etapas recorridas por el pueblo de Israel, hasta elevarse a un concepto más puro y más espiritual sobre la naturaleza divina? ¿No sacamos un provecho positivo al comprender que esos libros nos traen el reflejo de las controversias habidas en edades remotas? ¿No podemos de ese modo formarnos una noción más clara de los profetas y de los maestros de los tiempos pasados, cuando nos damos cuenta de las luchas que tuvieron que sostener contra las ideas desprovistas de espiritualidad, degradantes y extensamente esparcidas, a las que el pueblo se aferraba, y no abandonaba sino con grande repugnancia?

CAPÍTULO XII

El valor histórico de la Biblia

¿Cuál es el valor histórico de la Biblia?, se preguntarán muchos lectores de ella.

Carácter vario de las partes de la Biblia

A esta pregunta contestaremos en seguida que es demasiado extensa para que podamos dar una respuesta general y satisfactoria a todos los lectores. Todas las partes de la Biblia no tienen el mismo carácter. Algunas poseen un valor directo y real, porque contienen relatos bastante claros y asaz verosímiles para constituír documentos históricos de importancia, es decir, para garantir la realidad de los hechos que refieren. Mas hay otros que sólo tienen un valor indirecto desde el punto de vista de la Historia. Libros como las Epístolas de San Pablo, por ejemplo, que son en realidad tratados morales o religiosos, no suministran sino ocasionalmente y sin intención, algún que otro informe histórico. Es cierto que estos testimonios involuntarios son de gran valor para el historiador que sabe apreciar que se encuentran en tratados sin pretensiones de Historia.

Por lo demás, debemos reconocer que las partes narrativas de la Biblia no tienen todas la misma importancia histórica. Si algunas son narraciones precisas, que presentan suficientemente el carácter de testimonios contemporáneos de modo que se les puede considerar como documentos históricos indiscutibles, hay otras, de naturaleza más compleja, en las que los cuentos populares se hallan mezclados con relatos casi históricos; de suerte que la historia de un individuo se confunde con la de la tribu, es decir, que los sucesos que se refieren a toda una tribu son contados como si fueran las experiencias de un solo individuo. Tomad, por ejemplo, el libro del Génesis. Algunos de los nombres en él contenidos nos son familiares y evocan en nosotros una representación mental. Así, por ejemplo, Abraham, Isaac, Jacob, Esaú, Moisés, Josué, etc., aparecen a nuestra imaginación con el carácter de seres tan reales y verdaderos como los apóstoles Juan, Santiago o Pedro.

Los héroes individuales

Por eso nos escandalizamos al oir decir que esos héroes del Antiguo Testamento pertenecen, quizás, al dominio de las sombras. Nos disgusta separarnos de esas figuras que han ocupado tan gran lugar en nuestros pensamientos infantiles. Han sido tan reales para nosotros, que sufriríamos verdaderamente al verlas devanecerse en las brumas de la oscura leyenda.

Tranquilicémonos, sin embargo. La ligereza con que antes se consideraba a todos esos héroes como si fueran personajes míticos, carece de valor hoy entre los teólogos serios. Hubo un tiempo en que estaba de moda eliminar del Antiguo Testamento a todos los héroes, a fuerza de explicaciones superficiales y alambicadas. Mas el amor a la verdad ha sustituído a este apresuramiento inconsiderado; y los críticos se esfuerzan hoy en interpretar los documentos bíblicos tan leal y exactamente como les es posible. A fin de apreciar equitativamente el valor de los libros del Antiguo Testamento y el estado de las cosas, es menester que tengamos presentes los siguientes hechos.

Hechos generales

1.° Los documentos que constituyen la materia de nuestra investigación pertenecen a diversos períodos, que van desde el octavo al quinto siglo antes de Jesucristo.

2.° La mayor parte de las historias y sucesos que refieren datan de los siglos anteriores.

3.° Los libros que poseemos son compuestos, es decir, que contienen cantos, leyendas, relatos, leyes y costumbres, algunas variadas versiones de sucesos idénticos, sacadas de diferentes fuentes, las cuales han sido combinadas, redactadas y retocadas, hasta revestir la forma que en la actualidad tienen. En realidad son el producto de los tiempos, y no debemos buscar en ellas ningún orden cronológico.

4.° Es a veces muy difícil saber si el texto habla de un individuo o de una tribu. Los nombres de Jacob y de Israel son familiares a todos los lectores del Antiguo Testamento; pero todo el mundo sabe que designan, unas veces al patriarca, y otras a todo el pueblo. Cuando en el salmo 81 Dios exclama: «Mi pueblo no oyó mi voz, e Israel no me

quiso a mí», comprendemos sin dificultad que se trata de toda la nación. Pero no es siempre tan fácil determinarlo. Por ejemplo, ¿a qué Jacob se refiere la expresión «Dios de Jacob»? En casos semejantes nuestra incertidumbre no nace siempre de la falta de discernimiento. La narración, que fué redactada muchos siglos después de los sucesos que cuenta, confunde al individuo con la tribu y refiere las hazañas realizadas por la familia entera como si hubiesen sido cumplidas por un solo personaje. En la oscura lontananza «ve a los hombres andar como si fueran árboles». Pero es sumamente difícil saber si se trata de las hazañas de un héroe o de la valiente tenacidad de una tribu. Así, por ejemblo, las bendiciones referidas en el Génesis (49) y en el Deuteronomio (33) tienen un carácter individual muy marcado, y, sin embargo, es a las tribus de Israel a las que se dirigen, y no a los hijos de Jacob.

Tribus e individuos se confunden

No insistiremos más sobre esto; pero conviene notar la tendencia a confundir al individuo con la tribu, y a tratar la tribu como si fuera un individuo; porque de este modo desaparecen muchas sombras y dificultades en la interpretación de los textos. Actos que, atribuídos a un individuo, nos sublevan con razón, se nos hacen comprensibles y naturales, si los consideramos como el vivo recuerdo de los desórdenes de una tribu. Tómese, por ejemplo, lo que se nos cuenta de Rubén en el Génesis (1). Algunos opinan que aquí sólo se trata de las desviaciones de la tribu de Rubén de las costumbres matrimoniales establecidas; y los autores las cuentan para señalar la desaprobación social.

La distinción es difícil de señalar

Contiene el Antiguo Testamento narraciones en las que es difícil distinguir la parábola del hecho real y positivo, la leyenda de la Historia, la tribu del individuo, como ya hemos dicho. Es muy posible que los libros que cuentan sucesos muy remotos contengan vestigios de esos tiempos; pero no se les puede considerar

(1) Gén., 35. 22.

como escritos contemporáneos de los hechos que relatan. Debemos ver en ellos el esfuerzo que hicieron algunos hombres, que vivieron en tiempos posteriores, para explicarse el estado de cosas y el ambiente que la tradición les traía. De este esfuerzo resultaron algunos libros de valor desigual. Incapaces de hacer obra de críticos, cogieron todo lo que se les presentaba: las tradiciones, los cantos, las leyendas, las narraciones corrientes que ellos conocían. Mas si los elementos de que se componían sus escritos eran de valor histórico desigual, eso no significa que carezcan de todo valor. En manos de los sabios son materiales que prestan el mayor servicio para la reconstitución del pasado. Al leerlos vemos poco a poco disiparse las nieblas de las leyendas y de la tradición.

Vemos aparecer grandes personalidades, tangibles y humanas; las líneas generales de su historia se dibujan asaz claramente, y podemos ver algo de la obra que realizaron, y darnos cuenta de cuanto el mundo les debe.

Así es como un estudio perspicaz nos restituye los grandes caracteres, en torno de los que gravita toda la historia del Antiguo Testamento. La personalidad real de Moisés no ha sido nunca puesta en duda, y Josué no puede ya ser considerado como personaje mítico o como un error histórico. No pasará mucho tiempo sin que la tendencia que se advierte hoy entre los críticos haya establecido la personalidad positiva de Abraham. Y por mucho que se hallen mezcladas las historias individuales de Jacob y de José con las de las tribus, nada perderemos de la enseñanza moral y espiritual que ellas contienen.

Cómo nos son presentados los personajes del Antiguo Testamento

Mas, quizás, sea necesario hacer aquí una distinción entre dos aserciones, que no han sido separadas de un modo bastante claro. Tomemos el ejemplo de Abraham. La crítica nos asegura que un estudio serio de los orígenes y de los progenitores del pueblo de Israel no permite considerar a Abraham como personaje histórico. Esta afirmación aflige y escandaliza a los lectores ordinarios de la Biblia. Ven en ella la negación de la existencia del patriarca, y se acuerdan de aquél que dijo: «Vuestro padre Abraham se gozó por ver mi día, y lo vió, y se gozó» (1). Sienten que su fe vacila, si se les pide que admitan que no hubo jamás un patriarca de ese nombre. Pero no se les pide cosa semejante. Las aserciones de la crítica no implican la negación de la existencia de Abraham; ningún hombre de ciencia osaría hacer semejante afirmación tan insostenible.

La crítica lo que quiere decir sencillamente, es que la narración del Génesis no puede considerarse como una exposición completa e íntegra de los orígenes de Israel y de la historia de sus antepasados; y obstinarse en no verla nada más que de ese modo, es querer confundir la historia de la tribu con la de los individuos.

La narración del Génesis es una compilación; incidentes referentes a rivalidades entre las tribus son contados y atribuídos a nombres que tomamos por nombres de personas. El sentimiento patriótico de los siglos posteriores prestó a los tiempos primitivos la superioridad moral de la nación israelita; porque los últimos redactores insuflaron en las historias pintorescas que circulaban en el pueblo, el espíritu que a ellos los animaba. De este modo se produjo una idealización del pasado en armonía con las ideas más recientes. En esas condiciones es fácil comprender lo que quiere decir el que se niega a reconocer en determinados nombres, personajes históricos. Quiere decir que le es imposible colgar de ellos el peso de los sucesos subsiguientes, como sucede con los grandes actores de la historia del mundo, tales como un Napoleón, un Oliverio Cromwell, un San Pablo, un Isaías, etc. Mas no significa que se niegue la existencia de hombres tales como Abraham, Isaac o Jacob. Quiere también decir, que las narraciones que poseemos están sobrecargadas del idealismo de los tiempos posteriores, y que los cuadros en ellas descritos son meros escorzos; que las luchas entre las tribus, y las hazañas y aventuras de los héroes se hallan confundidas. En realidad, la vista general que nos presentan de los tiempos pasados es comparable

(1) Juan, 8. 56.

al aspecto que presenta la orilla del mar, vista desde una altura algo distante; se distingue lo que nos aparece como el contorno de la costa, pero sería poco seguro querer trazar un mapa, guiándose sólo de lo que se ve a esa distancia. Más de un promontorio rocoso y más de una punta arenosa escaparán a nuestra vista; los pliegues y sinuosidades del terreno ocultan más de una cala o ensenada que pueden servir de puerto; la extensión de tierras labradas y de mar que nuestra vista alcanza, no nos permite distinguir ni las rocas y picos escarpados, ni las playas arenosas que, en realidad, sirven de barrera entre el océano y las tierras. El panorama que se ofrece a la vista es brillante y hermoso; pero eso no nos da una idea exacta del terreno, como si lo hubiésemos recorrido, examinado y medido de cerca; y cuando un especialista nos dice que no basta esta vista para levantar un mapa exacto de aquellos sitios, no debemos por eso creer que desprecia el panorama. Puede éste alegrar nuestros ojos, y aun dar vigor a nuestro cuerpo; pero de nada servirá al navegante o al geógrafo.

Actitud de los especialistas

La aplicación de esto es clara. La crítica bíblica no puede considerar narraciones compiladas, condensadas, heterogéneas, como si se tratara de documentos contemporáneos. Un crítico puede vacilar al atribuír valor histórico y científico a aquellos documentos que pueden muy bien tener fundamento real. Kuenen, por ejemplo, opina que los nombres mencionados en el Génesis resultan ser, muchas veces, nombres de tribus, más bien que de individuos, y, por lo tanto, deben considerarse, en su calidad de progenitores de tribus, como personificaciones, y no como personajes. Mas él no rechaza esos escritos ni niega que hayan existido individuos que llevaran esos nombres. Por el contrario, he aquí lo que dice: «En tesis general, es posible que hombres tales como Abraham, Isaac y Jacob hayan existido. Muy bien podemos representarnos que tales o cuales incidentes que nos cuentan como ocurridos a ellos, hayan realmente acaecido y nos hayan sido transmitidos por la tradición. ¿Qué nos impide, por ejemplo, admitir que algunos siglos antes que Israel se estableciera en Canaán, un poderoso pastor plantó sus tiendas en las cercanías de Hebrón e hizo alianza con el pueblo que en aquel tiempo habitaba aquella región?» (1). De la misma manera el profesor Driver declara que la opinión que mejor responde a las circunstancias del problema, es la que admite «que Abraham, Isaac y Jacob son personajes históricos y que los relatos que se refieren a ellos, son, en sus líneas generales, verdaderamente históricos; pero que el carácter de esos personajes y su biografía han sido idealizados y coloreados con los sentimientos y recuerdos de una época posterior» (2).

Cuando pensamos en el número de biografías relativamente recientes, grandemente idealizadas, que están en circulación, lo que no les impide ser estimadas, entonces pensamos que las conclusiones de los críticos que hemos citado nada tienen de sorprendentes, y son de tal naturaleza que pueden satisfacer al espíritu más exigente. Ellas nos ponen en guardia contra el peligro de querer que esas narraciones contengan más de lo que dicen, y nos previenen para que no hagamos deducciones precipitadas, ni interpretaciones demasiado literales. Mas no nos apartan del estudio de esas grandes personalidades del pasado, que durante mucho tiempo formaron la base de la enseñanza apropiada para desarrollar la fe.

CAPÍTLO XIII

Los Evangelios y el Cristo

Atractivo del problema de los Evangelios

Las cuestiones que en nuestros días atraen especialmente la atención, son las que se refieren a las narraciones evangélicas. Y nos explicamos fácilmente esa especie de fascinación. Ello proviene de dos motivos. En primer lugar, es el efecto de los principios de crítica, admitidos hoy por los sabios: cada libro debe suministrar su propia justificación; sus pretensiones a la autencídad, si es que las tiene, deben ser minuciosamente exami-

(1) «La Religión de Israel», v. I, p. 113.
(2) Hastings «Bible Dictionary». Art. «Jacob».

nadas; es además necesario pesar su valor en cuanto al testimonio o prueba que nos trae de los acontecimientos contemporáneos; y en fin, hay que esforzarse por establecer la relación que tiene con otros libros u otras narraciones.

La ciencia crítica no puede detenerse

No era de esperar que la crítica, una vez entrada en el campo de operaciones, se detuviera ante los más sagrados documentos de la fe cristiana. A la verdad, manos impacientes e irritadas se elevaron en son de protesta, y a grandes voces intimaron a los investigadores a respetar, a lo menos, el lugar santo. Pero las protestaciones de ese género son vanas, y, en nuestra opinión, indignas. Nos parecen, más que indicio de una fe vigorosa, confesión de duda y de debilidad. Sea de esto lo que fuere, tenemos que reconocer que el arqueólogo que explora alguna antigua abadía no podrá reconstituír exactamente la historia de ella sino a condición de que le permitan examinar detenidamente todos los rincones y excavar allí donde lo estime conveniente. Pues en el terreno de la crítica de los Evangelios, careceríamos de confianza y de prudencia si quisiéramos detener al crítico, porque en el curso de su investigación se había aproximado al altar mismo de la religión.

Interés creciente que inspira la persona de Jesús

Mas si, por un lado, el problema de los Evangelios sinópticos interesa a todos los que siguen con atención el desarrollo de los estudios críticos, por otro lado, la fascinación que ejerce se debe a la atracción creciente que inspira todo cuanto se refiere a la persona de Jesucristo. Nuestros contemporáneos han rechazado más de un artículo; dogmas aceptados por las generaciones pasadas son mirados hoy con indiferencia impregnada de ironía, al pensar que no ha mucho, habían podido dar lugar a agrias polémicas.

Con efecto, ¿quién es el que hoy se preocupa mucho del dogma de la predestinación? ¿Provocan hoy las cuestiones escatológicas las acritudes que suscitaban hará unos cuarenta años? Otros son los problemas que preocupan a la generación presente. Hay una gran figura que ejerce en ellos

una influencia preponderante y creciente. En todas partes se apartan los hombres de las luchas eclesiásticas para fijarse en la persona del Cristo. Anhelan saber lo que ha dicho y realmente enseñado, porque presienten que la clave de una multitud de cuestiones está en su mano. Todo lo que puede acercarlos a él y hacerles más claras su persona, sus palabras y su obra, tiene para ellos inmenso atractivo. Así es que todas las cuestiones que afectan a la historia evangélica, ora sean tratadas por un maestro de la crítica, ora por un predicador de la moral, llaman la atención de las multitudes. Hoy, como en el tiempo antiguo, Jesús está sentado en la montaña, y millares de oyentes serios e inquietos se estrechan en torno de él esforzándose por oir su voz. Es el momento oportuno para saber lo que dice.

El despertar de las preocupaciones religiosas, así como los progresos de la ciencia crítica, han dado un interés especial a lo que llaman el problema de los sinópticos. Hánse preguntado la relación que hay en la estructura de los tres primeros evangelios, y en qué relación están estos tres con el cuarto evangelio. ¿Hasta qué punto nos pone el estudio de estos escritos en contacto con testimonios contemporáneos, históricos y auténticos?

Algunos aspectos del problema

Sólo podemos indicar aquí uno o dos aspectos de este problema. Comencemos por escombrar el terreno. Ningún espíritu reflexivo considera hoy los evangelios como narraciones absolutamente independientes las unas de las otras. No cabe duda de que autores diferentes han contribuído a dar a cada uno la forma que hoy tienen. Mas no se puede ver en ellos, como ocurría en otro tiempo, escritos cuyos autores los habían compuesto aisladamente, sin preocuparse del trabajo de sus predecesores y sin referirse a ellos para nada.

Además, el evangelio de San Juan es único en su género, mientras que los tres primeros están en relación íntima el uno con el otro. Son tres escritos, llamados sinópticos, los que presentan el problema de que hablamos. Dejaremos, pues, por ahora de un lado lo que se refiere al evangelio de San Juan.

Los evangelios sinópticos

Cuando examinamos los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, no tardamos en hallar que ciertos fragmentos son comunes a los tres, y que otros fragmentos son comunes a dos de ellos, y faltan en el tercero, y en fin, que cada uno de los tres contiene fragmentos que le son propios. Suponed que demos el nombre de fondo común a los trozos que se encuentran en los tres evangelios. Y no es ese un término impropio, porque lo que hemos expuesto antes muestra que ha debido existir un fondo de ese género. Diríase, pues, que cada evangelio es una edición de ese fondo común con algunas adiciones. Esas adiciones son de diferente género: las unas son características y particulares a uno de los evangelios, mientras que varias otras han sido utilizadas por uno de los otros redactores.

El fondo común de los evangelios

Si deseamos alcanzar las fuentes de información sobre Jesús más cercanas a él, las hallaremos, por lo que a los sinópticos se refiere, en ese fondo común. Es en él que se descubren las capas primitivas de la narración, las que yacen debajo de las capas adicionales ulteriores. Todos los trozos que lo constituyen pertenecen al período más antiguo, puesto que se trata de un fondo común, y remontan a un tiempo en que no se pensó todavía en ponerlos por escrito; es decir, a un tiempo en el que una narración, o una colección de narraciones se transmitían de boca en boca, repitiéndose cada vez los mismos términos, como es de uso corriente entre las personas que no tienen la costumbre de escribir. Eso es propio de las gentes sin educación literaria, las cuales introducen pocos cambios en el contenido de sus narraciones. Carecen de flexibilidad verbal y de imaginación artística, para poderse apartar mucho de la versión que han oído. Esta misma tendencia a permanecer apegada al texto, debió prevalecer en la Iglesia primitiva. Sabemos, en efecto, que en ella se practicaba la instrucción catequética. Y este método de enseñanza debió contribuír a fijar la tradición en la memoria, por decirlo así, bajo una forma estereotipada.

Este apego pertinaz a la forma original constituye, a la

vez, la debilidad y la fuerza de la narración popular. La debilidad, porque hasta que surge un poeta o un artista, la narración permanece deficiente, en luz y en sombra; y la fuerza, porque asegura a la tradición cierto grado de fidelidad. La memoria tenaz de las palabras empleadas una vez, es natural en los que no disponen sino de un vocabulario restringido. Ella se fortifica en los tiempos en que se escribe relativamente poco. Y verosimilmente fué en esas condiciones, que son garantía de exactitud, que se formó el fondo común de los evangelios, y es probable que ese fondo común nos ponga en contacto con las formas más antiguas de las narraciones evangélicas, y que en él cristalizara la versión de la historia del Evangelio corriente en la primitiva sociedad cristiana.

Este fondo constituye un valioso testimonio

Se puede decir sin exageración, que ese fondo común constituye un testimonio de gran valor histórico, porque si no es absolutamente contemporáneo, a lo menos estaba tan cercano a aquellos tiempos, que se puede aceptar como una narración prácticamente admitida por los que estaban perfectamente enterados de los acontecimientos. La prueba de que esas narraciones primitivas fueron aceptadas en tiempo cercano a los sucesos que narran, la tenemos en el evangelio de Lucas. Este evangelio lleva el sello de la cultura. Los trozos del que escribió el principio poseen todas las cualidades de un autor cultivado y cumplido, y en su género es un maestro en el estilo. Sirva de confirmación de esto, el prólogo de su evangelio(1).

Mas cuando ese maestro en estilo tiene que contar algún hecho o algún incidente, de que ha tenido conocimiento por la fuente común, adopta el lenguaje de ésta, baja el tono de su estilo propio, si nos es permitido expresarnos así, a fin de incorporar a su narración los giros y las frases de la tradición corriente. Se necesitaba un gran respeto a la versión generalmente recibida, para que un escritor de esta talla se decidiera a intercalar en su obra los ásperos fragmentos de la narración original.

---

(1) Cap. 1. 1-4.

Sobre esta narración primitiva, fondo común de los evangelios, debemos fijar nuestra atención. En ella hallamos lo que se puede estimar (sin incriminar en ningún modo las adiciones insertadas), como la exposición más valiosa y auténtica de la historia de Jesús (1).

Jesucristo es la cuestión suprema

Ahora bien, a nosotros nos parece que la cuestión de las cuestiones en este asunto es la siguiente: ese documento primitivo, ¿qué retrato nos traza de Jesús? Si dejamos momentáneamente de un lado los detalles suplementarios que nos suministran los diferentes evangelios, y fijamos únicamente nuestra atención en ese fondo común, ¿podemos decir que la imagen de Jesucristo que se desprende de él se impone irresistiblemente a nuestro ser moral? ¿Encontramos en el Jesús que nos describen el Cristo ideal, que está infinitamente por encima de nosotros, invitándonos a ir a él y a entregarnos a él?

Indecible belleza moral del retrato de Jesús trazado en los evangelios

Las proporciones de este pequeño volumen no nos permiten responder cumplidamente a esta pregunta. Basta que digamos que todo el que concentra su atención sobre esa narración primitiva y deja que el carácter y la figura de Jesús en ella pintados llenen su pensamiento, se sentirá entonces en presencia de un ser que evoca en él las más nobles posibilidades de la naturaleza humana. Es ese carácter, independientemente de los elementos accesorios milagrosos o sobre naturales, el que ha impresionado tan profundamente a la Humanidad; es ese carácter el que se yergue delante de ella como si fuera su propio ideal; y es tan verdaderamente humano, que excede la naturaleza humana tal cual la conocemos. Sentimos que el espíritu ético que insufla en la vida es superior a nuestra vida moral.

---

(1) Se admite hoy que a la base de los evangelios sinópticos hay una colección de enseñanzas y de sentencias de Jesús reunidas por Mateo, y una colección de relatos, que la tradición atribuye a Marcos. Tal sería la doble fuente de nuestros evangelios.

Relación entre la supremacía moral y el elemento milagroso

Esas narraciones primitivas no contienen ninguno de los rasgos milagrosos relativos al nacimiento y, quizás, tampoco a la resurrección de Jesucristo. Esos rasgos accesorios forman parte del grupo de los testimonios secundarios, es decir, de las narraciones comunes a dos evangelistas. Y, con propósito deliberado, nos hemos negado a apoyarnos en ellos desde un principio. Nuestra fe en Jesucristo debe descansar sobre una convicción moral, y no sobre milagros físicos. El argumento que consiste en decir que habiendo Jesús nacido milagrosamente y resucitado de igual manera, es una prueba de su divinidad, ese argumento decimos, no evoca hoy, en ninguna manera, una respuesta adecuada y satisfactoria de nuestros espíritus. Y aunque provocara una adhesión, esta no produciría, todo lo más, sino un sentimiento puramente intelectual, y no una fe digna y aceptable. Nos obligaría a admitir ciertos hechos relativos a Jesús; pero no suscitaría la fe en él, la cual no surge sino cuando percibimos, encarnada en su persona, la revelación espiritual. Tenemos, pues, que volver la proposición. Todo el peso del argumento descansa entonces sobre el Cristo mismo, su carácter, su esplendor moral y su supremacía espiritual incontestable. Nos sería imposible creer en su excelencia moral, únicamente porque creyésemos en su nacimiento milagroso, o en su resurrección de entre los muertos. Mas creyendo en su excelencia moral, sentimos lo que hay de divino en él, y no nos sorprendemos de que otros hechos maravillosos hayan podido realizarse en su vida. El poder en la esfera de la vida física no nos arrastrará a la admiración, ni conquistará nuestra adhesión moral. En cambio, concebimos que los dominios inferiores de la vida estén sujetos a un ser, cuya grandeza reside en una esfera más elevada: la de la vida moral. Es más fácil llegar a creer en los milagros por la fe en Cristo, que llegar a tener fe en Cristo por la creencia en los milagros.

Al cambiar de esta manera el método de los apologistas de los primeros siglos del cristianismo, no hacemos más que volver, en realidad, al método de Cristo. Él censuró a los

que le pedían milagros para creer en él; y declaró que no quería penetrar en las almas de los hombres sino por procedimientos legítimos, apelando a lo que ellos podían apreciar y comprender inmediatamente. «El que entra por la puerta, es el pastor de las ovejas» (1). ¿Por qué de vosotros mismos no juzgáis lo que es justo? (2). «La generación mala y adulterina pide milagros» (3).

CAPÍTULO XIV

El Evangelio del Cristo eterno

Carácter especial del cuarto evangelio

El cuarto evangelio es único en su género. Todo lector del Nuevo Testamento sentirá la diferencia de tono que hay entre este evangelio y los otros. Se puede explicar esta diferencia diciendo que el tono del cuarto es distintamente teológico o filosófico, mientras que los sinópticos, y sobre todo su fuente común, cuentan los sucesos no pensando, casi, sino en narrar hechos, mientras que el cuarto evangelio aspira más o menos a la filosofía de la historia. Su autor ve en Jesucristo más que al profeta de Nazareth «que iba de lugar en lugar haciendo bien», o más que al Mesías prometido, viniendo a cumplir las esperanzas de Israel. Este autor ve en Jesús la clave de toda vida, el revelador de intenciones divinas, cuyo alcance se extendía mucho más allá de los límites de Israel.

Algunos rasgos de este evangelio

Para el autor de este evangelio Jesucristo es el Verbo, la expresión del pensamiento, de la voluntad y de los designios del Padre. Y como tal, trae la llave que abre muchas puertas cerradas de la vida. En conformidad con esto nos muestra a Jesús en acción, respondiendo a aspiraciones variadas y típicas, cumpliendo las esperanzas de los hombres (cap. 1. 46), proveyendo a sus

(1) Juan, 10. 2.
(2) Lucas, 12. 57.
(3) Mateo, 12. 39.

necesidades (2. 1-10), tomando parte en sus perplejidades (3. 1-15), descubriéndoles las profundidades de su propia naturaleza (4. 7-19), despertando en ellos las energías dormidas (5. 1-6). Todos esos rasgos saltan a la vista. Mas una observación más asidua nos pone de manifiesto la esfera espiritual en la que se movían los pensamientos del autor. Su concepción de la obra de Cristo, no sólo es mucho más amplia y va mucho más allá que las esperanzas de Israel, sino que se eleva muy por encima del nivel material y físico en que se mantienen los pensamientos humanos. Detrás, o bajo el Cristo histórico, si se nos permite la expresión, él veía al Cristo espiritual y eterno. Su tema, como el de S. Pablo, es, «si hemos conocido al Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos de la misma manera» (2. *Corintios*, 5. 16). Es quien nos ha conservado estas palabras de tan alta espiritualidad, «los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque también el Padre tales adoradores busca, que le adoren» (4. 23). «El espíritu es el que da vida, la carne nada aprovecha; las palabras que os he hablado son espíritu y son vida» (6. 63). Es él igualmente quien ensalza el poder de la convicción interior, cuando está fundada sobre la experiencia moral: «El que quisiere hacer la voluntad de Dios, conocerá si mi doctrina viene de Dios, o si yo hablo de mí mismo» (7. 17). Y otra vez: «El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos con él morada» (14. 23).

Nos parece inútil multiplicar las citaciones de este género. El plano espiritual que descubren, es bastante claro.

El Cristo espiritual

El Cristo espiritual, el Verbo del Padre, reconciliando al hombre con la vida, comunicándole la vida del espíritu, he ahí la imagen que contemplamos en el cuarto evangelio. Un Cristo semejante no apelará a las obras exteriores, ni apreciará la adhesión a él, cuando sólo esté fundada sobre prodigios materiales o físicos. Él mismo es su propio testigo. Su lenguaje es «Venid y ved»; y los discípulos que quedaron cerca de él tornaron persuadidos de que las aspiraciones de los siglos pasados podían ser realizadas en él. Es él quien puede, como en Caná, convertir las cosas miserables e iner-

tes en fuerzas vivificadoras y portadoras de alegrías; y este poder maravilloso está siempre a la disposición de los que sirven a los otros (2. 9). Es él quien enseña al espíritu inquieto de Nicodemo, que para comprender la vida, no se necesitan explicaciones, sino una transformación de las condiciones morales; no una nueva ciencia, sino la pureza de corazón que devuelve al hombre la vista de las cosas divinas (3. 5-8). En él también la Samaritana de alma agitada y agobiada por el hastío que sigue a las pasiones saciadas, encuentra un maestro que la comprende y puede conducirla al manantial de las aguas vivas (4. 10-19). Enseña a un paralítico que la fuerza necesaria para transformar una vida inútil en una existencia llena de abnegación y de servicios a sus semejantes, está siempre al alcance de un alma resuelta (5. 6-9). Y al lado de esas porciones narrativas de este evangelio hallamos también largos discursos, cuyo contenido tiende a mostrar que la satisfacción, el poder y la plenitud de la vida, deben buscarse, no en el plano material, sino en el plano espiritual.

Lo espiritual es lo eterno

El poder del reino de Dios es un poder interior: la libertad que debemos buscar es la libertad del alma. La visión espiritual que se dirige hacia las realidades eternas y se desvía de las apariencias temporales, está al alcance de todos los hombres.

La aprehensión del Verbo, o la ley del orden eterno, se convierte en el hombre en una fuerza vivificante. A medida que seguimos esos pensamientos, que el cuarto evangelio va desarrollando a nuestra vista, se van también borrando los aspectos locales y temporales. Aunque conserven su significación, los perdemos de vista. Nos afrontamos con los efectos de los principios invariables, los cuales envuelven nuestra existencia por todos lados. Nos damos entonces cuenta de que existe un orden de cosas grande y soberano, del que el Cristo es la ley y el Señor.

Ese evangelio nos transporta allende el tiempo

Este evangelio es, pues, un paso hacia la filosofía del Cristianismo.

El cristianismo es una religión histórica, que unde sus

raíces en hechos históricos, y entra como una experiencia positiva en el desarrollo de la Humanidad. Se expresa en los movimientos de ese desarrollo. Mas aunque existe en el tiempo, puesto que fué necesario para su manifestación que los «tiempos fueran cumplidos» (1) está, sin embargo, por encima del tiempo; expresa una ley que el tiempo puede revelar, pero una ley que está por encima del tiempo; ley inherente a la naturaleza misma de las cosas, y que nos descubre la naturaleza divina. Revela a Dios, al revelar al hombre; y hace que el hombre se conozca a sí mismo, revelándole a Dios.

En otros términos, si los evangelios sinópticos presentan un gran interés como documentos históricos, los hechos a los que aportan su testimonio, no son, sin embargo, todo el cristianismo. El cristianismo es ante todo una vida; pero es también la revelación de la vida, de toda vida: toda la vida se halla contenida en una vida. De este modo se hace posible una teología. Los hechos que se realizan en el tiempo, no podrían por sí solos dar origen a una teología. Ellos son los correctivos de las falsas teologías; pero si no podemos ligarlos a principios existentes fuera del tiempo, no hay teología posible. Esto no es romanticismo. No hacemos sino aplicar sencillamente, los métodos que están a la base de todas las ciencias. No son los hechos, los que constituyen la ciencia. Ellos pueden corregir una ciencia mal fundada, pero mientras no podamos enlazarlos a algún gran principio, que los abrace todos, o a una ley constante, no puede haber ciencia en el verdadero sentido de la palabra.

Importancia del cuarto evangelio

La importancia del cuarto evangelio desde el punto de vista de la revelación de los principios del cristianismo, es, pues, clara. En él pasamos de los hechos, a la interpretación de los hechos; del Cristo histórico, al Cristo de todos los tiempos; al que es el mismo ayer, hoy y eternamente. La teología ha originado muchos males, y ha sido la fuente de muchas disputas, odios y persecuciones, y ha caído en descrédito, a menudo merecido; ella

(1) Gálatas, 4. 4).

ha producido en los espíritus profunda desconfianza; y de ello no debemos admirarnos. Mas cuando ha producido esos resultados, es porque se había alejado del Cristo, cesando de buscar en él el secreto y la revelación de la vida. Es cosa fácil apoderarse de principios eternos, y sacar de ellos sendas conclusiones, que no podrían ser justas, sino cuando se trata de cosas temporales. Es fácil volver a las concepciones del judaísmo y de considerar al Cristo, como si fuera todavía el «Cristo según la carne». En resumen, es fácil caer de la espiritualidad. Mas si permanecemos fieles a la dirección que nos traza el cuarto evangelio, alcanzaremos una región en la que nuestra concepción de las cosas espirituales y eternas, nos mantendrá por encima del plano, en el que se han realizado la mayor parte de las luchas religiosas.

La cuestión de autenticidad es importante

La cuestión referente a la autenticidad de este evangelio, no es de nuestra incumbencia. Sin embargo, permítasenos una observación. Esta cuestión reviste para los espíritus modernos un aspecto muy diferente del que presentaba en el siglo apostólico. El hecho general, o el sentimiento de que Juan había tenido influencia predominante en la composición de este evangelio, o la certidumbre de que contenía narraciones, o fases de pensamientos emanadas del discípulo amado, bastaba para que los antiguos consideraran a Juan como el autor. Porque el sentido que daban a esta palabra era mucho menos estricto que lo es hoy, y es perfectamente admisible que este evangelio haya sufrido redacciones sucesivas, antes de llegar a la forma presente; aunque sería difícil entresacar los elementos joánicos que se hallan entretejidos en él. Agunos trozos son tan tiernos y de tal intimidad de sentimientos, que es difícil escapar a lo convicción de que son reminiscencias genuinas y personales. No se comprendería que algunos incidentes, o tales o cuales palabras y gestos, nos fueran referidos, sino fueran recuerdos de un testigo ocular (1).

Su valor espiritual es mayor

Mas aquí debemos recordar lo que ya antes hemos dicho;

(1) Cap. 20 y 21.

y es que el valor de un escrito es, bajo muchos conceptos, independiente de la cuestión de autenticidad. Que el cuarto evangelio haya o no sido escrito por San Juan, eso no quita que el redactor al que se debe la forma que hoy tiene, ha abierto a la Iglesia cristiana una concepción infinitamente elevada de la obra y de la persona de Cristo. Esta concepción es una protestación contra las ideas judáicas y perniciosas que, durante mucho tiempo, fueron populares entre los cristianos superficiales; y ha hecho todavía más, ha presentado al Señor del alma humana, trayendo consejos, convicción, y consolación a las multitudes, que han sido conducidas, por encima del mundo, a Aquel que venció al mundo.

CAPÍTULO XV

El espíritu que hay que poner en el estudio de la Biblia

Valor espiritual y permanente de la Biblia

Si la Biblia nos descubre la manera en que Dios obra con los hombres, y nos suministra ejemplos del modo en que dirige sus vidas y les revela su carácter; y además nos da nociones justas y dignas de nuestras relaciones con él y de las suyas con nosotros, es evidente que vale la pena estudiarla. Mas lo que atemoriza a muchos de nosotros es la idea de las dificultades que encontraremos en el camino, y el sentimiento de que para sacar provecho de su enseñanza se necesita un saber y un juicio muy ejercitado. Creemos haber dicho ya lo bastante para mostrar que esos temores nacen de una concepción errónea de la tendencia y de los resultados de la crítica moderna. Si es que hemos logrado establecer claramente la distinción que hay que hacer entre el valor espiritual y moral de esos antiguos escritos, por un lado, y su valor histórico, por otro lado, entonces se verá, que los estudios críticos no han privado al lector falto de instrucción de ninguna enseñanza realmente importante. Como lo dice muy bien el pro-

fesor Cheyne: «El valor religioso de la Biblia es para todos; y el valor histórico, para los iniciados solamente» (1).

Si el lector sencillo nada pierde, en cambio los que han seguido algo la marcha de la crítica moderna han visto surgir enseñanzas de un orden nuevo y han adquirido más clara inteligencia de los métodos educativos que Dios emplea con los hombres; y este criterio les permitirá apreciar más exactamente los diversos progresos religiosos de la Humanidad. Porque, citando otra vez al autor mencionado: «Los caminos maravillosos, por medio de los cuales Dios condujo al pueblo de Israel a la luz de la vida, pueden ser estudiados con tanto provecho en la obra extraordinariamente variada del Hexateuco, como en el libro de los Salmos, o en los de los Profetas» (2).

El saber aumenta el provecho de la Biblia

Cuando de los libros algo complejos pasamos a los Salmos, a los profetas y a las epístolas, encontramos que la erudición moderna nos ha abierto un tesoro de conocimientos y de edificación, mucho más abundante, que el que cayó en suerte a nuestros padres. Ella nos permite apreciar más claramente la influencia religiosa, el ejemplo y el heroísmo de los profetas. «¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres?» (3).

Y esta cuestión adquiere un alcance preñado de significación histórica completamente nueva, cuando nos damos cuenta de que el profeta fué casi siempre un hombre que se adelantó a su siglo; y que fué desconocido, difamado y maltratado. Leed, por ejemplo, el libro del profesor Barnes sobre Isaías, y decidnos si al cerrarlo no sentís en vosotros una admiración mayor por el carácter del profeta y una concepción más elevada de su obra y de su actuación en la historia nacional. O bien, leed los admirables volúmenes del profesor G. A. Smith que tratan de Isaías y de los profetas menores, y decidnos luego si no habéis comprendido, mejor que antes, lo que fueron esos hombres con relación a su

(1) Enciclop. Biblic. art. Abraham.
(2) Ibid. art. Hexateuque.
(3) Hechos, 7. 52.

tiempo; y si no apreciais mejor la dignidad y el valor progresivo de la obra que realizaron en el pueblo de Israel. No solamente se ilumina el estudio de los profetas con semejantes guías, sino que reviste el interés personal y dramático que comunica la vida a los hombres y a sus palabras. No necesitamos ya más leer la Biblia cerrando los ojos de nuestra inteligencia, ni abrimos ya las páginas de los profetas con la idea de que es necesario adoptar una determinada actitud mental, extraña mezcla de devoción inquieta y de sentimiento penoso, por no haber logrado comprender; y reprochándonos, al propio tiempo, de no haber sacado de nuestra lectura ningún refrigerio espiritual; mientras que nuestra lealtad intelectual nos obligaba a confesar que no entendíamos nada de lo que leíamos. Mas ahora, para sacar enseñanzas fructuosas que enriquezcan nuestros pensamientos, no necesitamos nada más que un espíritu tranquilo, una buena versión de la Biblia y el auxilio de alguna de las numerosas monografías existentes acerca del libro que estemos estudiando (1).

Por lo demás, vivimos en un siglo en el que la cultura se estima necesaria; y si la crítica ha planteado nuevos problemas, los progresos de la instrucción nos ponen rápidamente en estado de comprenderlos y de darles una solución. Hay, sin embargo, una cosa que la instrucción no puede hacer: sustituir jamás la reflexión, ni la perseverancia, ni la conciencia personal de las cosas espirituales.

La relación de Dios con el hombre se manifiesta gradualmente

Hemos dicho que la cuestión suprema planteada en la Biblia, es la que se refiere a la relación entre Dios y el hombre y no la de la autenticidad o exactitud histórica de tal o cual página. ¿Puede el alma humana hallar reposo en el

(1) Para aquéllos de nuestros lectores que lean el francés, les indicaremos las obras siguientes. Para el Antiguo Testamento: «La Bible telle qu' elle est», par MM. Gampert, Hollard, etc. «Le livre de Job», par H. Vuilleumier. «Les Psaumes de Maaloth», par F. Bovet. «Vocations des Prophetes», par Lucien Gautier. «Les Prophetes d' Israel», par Charles Mercier.—Para el Nuevo Testamento: «Études bibliques», par F. Godet. «L' Apôtre Paul», par A. Sabatier.

amor del Padre celestial? Esa es la cuestión. Al revelarnos la Biblia, lenta y sabiamente, el vínculo que une a Dios con la Humanidad, así como con el alma individual, nos hace ver cuán estrecha, tierna, íntima, indisoluble puede llegar a ser esa relación con Dios. Ella expresa, pues, los anhelos del alma que anda en busca de su Dios, y le muestra el amor y solicitud del Padre por sus hijos.

Siguiendo el lento desenvolvimiento de los pensamientos que hallamos en la Biblia, nos elevamos paso a paso hasta las más altas concepciones espirituales. «Dios es amor; y el que vive en amor, vive en Dios, y Dios vive en él» (1). Las nociones más pequeñas y menos elevadas se borran y no vienen a ser nada en comparación de aserciones como éstas: «El que me ama, mi palabra guardará, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos con él morada» (2). «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí» (3).

A través de circunstancias y tiempos diversos

Desde la altura a que nos elevan esos pensamientos divisamos el inmenso camino recorrido por la Humanidad en el curso de su educación progresiva. La Biblia nos la muestra pasando de un grado a otro, como en una escuela, y luego de una clase a otra, instruída por sus experiencias, por leyes y costumbres, por ceremonias y por doctrinas; por medio de sus ojos, de sus oídos, de su inteligencia, de sus penas y alegrías, de sus esperanzas y de sus temores. La hemos visto conducida, a través de nociones parciales e imperfectas, a pensamientos más vastos y profundos; separando poco a poco la envoltura de la religión, para llegar al corazón mismo de la religión; dejando caer su culto maquinal y rutinario, como el escolar abandona naturalmente los métodos de la escuela de párvulos. Ya hemos visto que la religión ceremonial, debe ser sustituída por una religión espiritual, y que las concepciones dogmáticas se han ido transformando en razón de los progresos

(1) 1. Juan, 4. 16.
(2) Juan, 14. 23.
(3) Gálatas, 2. 20.

de la ciencia; y, en fin, que los conceptos espirituales están siempre en vías de transformación y de desarrollo. Y para aquéllos que nos preguntaren, si entre las modificaciones variadas e incesantes implicadas en esta concepción de la educación divina, no están expuestos a ser mudados también los límites de nuestras certidumbres cristianas, tenemos nuestra respuesta preparada.

Una ley constante es compatible con las variaciones

Si la historia del mundo es la educación que Dios ha hecho de la raza humana, debemos reconocer que la unidad del plan divino es perfectamente compatible con los cambios de métodos. A medida que los alumnos ascienden de una clase a otra, sus maestros ponen en sus manos otros manuales. Pero el fin permanece siempre el mismo; y los principios que rigen sus relaciones con los hombres, no varían de un siglo a otro. Cualesquiera que sean las diferencias que presenten los manuales de ciencia y las obras más desarrolladas que les suceden, las leyes naturales que los unos y las otras tratan de explicar son las mismas. Así igualmente, si la Biblia nos ofrece una especie de clave del sistema empleado por Dios en la educación de la Humanidad, los cambios, que son la condición de esta educación, se reflejarán en ella. Sin embargo, el objetivo y el fin último del sabio educador se manifestarán invariables. Y eso es precisamente lo que nuestro Señor se esforzaba por hacer entender a los judíos.

Algunos de ellos se escandalizaban de los procedimientos de Dios. No comprendían que la diversidad de los métodos puede ser la mejor prueba de la persistencia de un mismo plan. Para ellos no podía haber colaboración, sino contradicción, entre Juan el Bautista y Jesucristo; al paso que nuestro Señor veía en la misión de Juan el Bautista una etapa en el cumplimiento de los designios de Dios, que inspiraba también su propio mensaje. El vió que las mismas leyes pueden regir fenómenos divergentes; y que un mismo amor puede emplear, ora la severidad, ora una tierna indulgencia. El Dios que hace que sople el viento Norte es el mismo que hace soplar el viento Sur. El Dios que desencadena la tempestad, es también el que hace brillar el sol. En

medio de los cambios de las estaciones pueden subsistir leyes permanentes. Lo mismo ocurre con la educación espiritual de la Humanidad.

Un solo propósito pero muchos medios

Los diferentes profetas que proclamaron fragmentos del mensaje divino, a medida que los hombres estaban en estado de comprenderlo, no fueron órganos contradictorios de la verdad divina. Para las inteligencias en vía de desarrollo, lo concreto debe preceder a lo abstracto; y la religión de los preceptos, de los símbolos y de las leyes, debe preceder a la de los grandes principios espirituales. Mas ninguna modificación de los preceptos, de los símbolos o de las leyes, podría alterar los principios inmutables que proceden de la relación del parentesco original del hombre con Dios. Examinad bien las cosas y veréis que el manual más elemental prepara el espíritu del niño para que pueda comprender algún gran principio general y constante. Penetrad debajo de la superficie de la Historia, o de la porción maravillosa y característica de esta historia que la Biblia ha transmitido, y veréis que cada uno de sus grados preparatorios contribuye a que el hombre comprenda mejor la relación que le une a su Padre celestial. Lo preparan para que tenga conciencia de su calidad de hijo de Dios, y aprenda el triple sentido implicado en esta relación filial; depende de Dios,—esta lección la aprende al principio; debe unirse a Dios,—tarde o temprano esta verdad fecunda se le enseña también; en fin, esta unión no debe ser un mercado, o un lucro, sino una relación de simpatía que ha de producir en el hombre el deseo de participar de los designios de Dios, trabajando activamente a la realización de su voluntad; es decir, que, de hecho, esta relación debe consistir en una unión espiritual. Para que esta armonía sea perfecta es necesario que el hombre participe del espíritu de Dios.

Esta triple necesidad de dependencia de Dios, de reconciliación y de comunión con él, y de cumplimiento gozoso de su voluntad, ha hallado su expresión en las últimas etapas de la revelación bíblica. Cuando alcanzamos la edad del espíritu, el libro se cierra, como si hubiese dicho la última palabra. A los que han comprendido, bástales ya la adoración en espíritu y en verdad. La unión del alma con Dios no se alcanza por medio de sufrimientos materiales o físicos, exteriores o corporales, sino en la libertad y en espíritu. El Cristo morando en el hombre, he ahí el grado superior de la revelación. Y desde entonces la necesidad suprema del hombre está en ver su corazón, su inteligencia y toda su vida, penetrados del espíritu de Cristo, que es toda cosa en todos.

La clave áurea de la vida

Desde el momento que hemos comprendido esto, poseemos la clave áurea. Todo el pasado debía terminar en esto para dar principio a una era nueva (1). Lo que significa: Dios con nosotros, Dios en todos y el amor perfecto en todos (2). Cuando hemos comprendido esto, la vida se simplifica y se complica a la vez. Se simplifica, porque desde ese momento tiene por principio la identificación de nuestro espíritu con Dios, es decir, con el Cristo morando en nosotros; y se complica, porque las obligaciones que se derivan de ese principio son inmensas, variadas, imperiosas, y duran toda la vida. Penetramos en una atmósfera que nos eleva por encima de las dificultades secundarias: las cuestiones relativas a las fechas y a la inspiración literal o no literal, no tienen ya para nosotros, sino una importancia mínima. ¿Qué importa el cómo o el cuándo de los acontecimientos de la Historia humana, con tal de que Dios eleve al hombre hasta él, y que morando en él, contemplemos todas las cosas a la luz de su amor; y que El, morando en nosotros, nos ayude a cumplir todas las cosas, inspirados por su amor?

Los tesoros que quedan a los humildes

Volvamos otra vez a la piadosa campesina de Cowper. ¿Cuál será su situación después de cuanto hemos dicho? ¿Podrá continuar leyendo la Biblia con la misma feliz confianza que antes, y sacar de ella la fuerza espiritual que necesita en su vida? ¿O se le dirá

---

(1) Rom. 8. 19.
(2) Mateo, 25. 31-46; 1. Corint., 13. 1-13; Rom., 13. 8-10; 1. Juan, 4. 12.

que muchas porciones de ese libro, si no todas, han sido declaradas inexactas? ¿No le quedarán, siquiera, algunos fragmentos del libro sobre los cuales pueda apoyarse con tranquila seguridad?

Si se ha seguido atentamente lo que hemos expuesto, creemos que esta piadosa campesina puede continuar su lectura como antes; porque nada le impide que lo haga. Ella no representa la crítica, sino el alma sedienta de la presencia de Dios. ¿Procura ella comprender las vías de la Providencia? Las historias del Antiguo Testamento, desde el Génesis hasta las Crónicas, la informarán sobre los caminos que Dios ha seguido. ¿Necesita testimonios sobre la justicia divina? Esas mismas historias le revelarán la equidad y el rigor de sus leyes, que muestran que lo que uno haya sembrado eso mismo recogerá. ¿Quiere tener la certidumbre de la misericordia divina? Los numerosos ejemplos de los que han clamado a Dios desde el fondo de sus miserias, y lo han encontrado siempre propicio a socorrerlos en tiempo de la angustia, alegrarán su corazón; recogerá de los labios de multitudes agradecidas el eco del salmo de acción de gracias: «Que los hombres alaben las misericordias de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres» (1). ¿Desea la seguridad de su salvación? En la manifestación constante de la fidelidad de Dios la hallará: «El se acuerda eternamente de su alianza y de sus promesas por mil generaciones»; o mejor la encontrará todavía en la revelación del carácter divino que le presenta el Antiguo Testamento, y en el indestructible testimonio del amor de Dios que contienen los relatos y las palabras del Evangelio. ¿Aspira dolorosamente a la certidumbre del perdón de Dios? Ningún crítico podría jamás quitarle la profunda y duradera consolación que le procuran palabras como éstas: «Sus pecados, que son numerosos, le son perdonados» (2). «Padre, perdónalos» (3). «Por él es anunciada la remisión de los pecados» (4). ¿Desea

(1) Salmo, 107. 8.
(2) Lucas, 7. 47.
(3) Lucas, 23. 34.
(4) Hechos, 13. 38.

fortalecerse con el pensamiento de la fidelidad del amor de Dios? Ella puede, aún hoy, apropiarse el grito de la fe triunfante del apóstol: «Si Dios es por nosotros, ¿quién será contra nosotros?» «El que aún a su propio hijo no perdonó, antes lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?» (1). ¿Desea ser estimulada en su marcha hacia un destino glorioso? Puede hacer suyas estas briosas palabras del apóstol: «Hermanos, yo mismo no hago cuenta de haberlo alcanzado; pero una cosa hago; olvidando ciertamente lo que está atrás, me lanzo a lo que está delante; prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación en Cristo Jesús» (2). ¿Anhela descansar en paz en la perfecta suficiencia de su Dios? Podrá hallar una completa seguridad en estas hermosas palabras de San Pablo, con tanta frecuencia repetidas: «Mi Dios suplirá a todas vuestras necesidades, según su riqueza, y magníficamente, por Cristo Jesús» (3).

Las cosas espirituales están por encima de todo cambio

Si nos hacemos bien cargo de los tesoros inagotables de fuerza espiritual y de gozo que abren ante nuestros corazones las palabras que acabamos de citar, y otras innumerables afirmaciones, entonces apenas si nos preocuparemos de las cuestiones secundarias que son materia de la crítica. Comprenderemos la inmutabilidad de los principios que rigen nuestras relaciones con el Dios de nuestras almas. Reconoceremos que a través de todas las vicisitudes del pasado, Dios obraba para hacer al hombre capaz de exclamar confiadamente «*¡Abba!*», Padre. ¿Qué nos importan las cuestiones que hemos tratado y que carecen de importarcia, si Dios es realmente nuestro Padre?

¿Será menos nuestro Padre, porque determinados documentos son compilaciones o porque hayan sido mal comprendidos por los redactores? ¿Habrá disminuído el amor de mi Dios, porque tal o cual libro, que teníamos por la narración de un hecho real, resulta ser una parábola espléndi-

(1) Rom. 8. 31. 32.
(2) Filip. 3. 13. 14.
(3) Filip. 4. 19.

da y fecunda, por la enseñanza que encierra? Si la interpretación de los hechos pasados, o la interpretación que dieron los que nos han precedido, ha sido hallada errónea, ¿Será por eso modificado el carácter de Dios? Plantear esas cuestiones es lo mismo que contestarlas, porque en sí llevan la contestación.

En verdad, si somos prudentes y estamos dispuestos a dejarnos dirigir y educar por las enseñanzas divinas, no tardaremos en ver que la corriente de los estudios críticos puede elevarnos y hacernos avanzar en el camino del progreso. Al socavar muchas opiniones recibidas, la crítica ha corregido el literalismo, en otro tiempo general, en la interpretación de la Biblia. Los conocimientos que ella nos ha procurado, nos han librado de nociones que corrían riesgo de hacerse maquinales. Las interpretaciones que ella nos da, tienen un alcance más vasto e intenciones más morales. Todo nos dice que para comprender las enseñanzas y las vías de Dios, necesitamos mayor medida de espiritualidad. En un tiempo como el nuestro, en que los hombres no se atreven más a poner su confianza en el Dios viviente, y tratan de formarse un credo basado sobre un materialismo grosero, es bueno que la desagregación de las creencias imperfectas, operada por la crítica, nos haga recordar estas palabras del divino Maestro, constantemente descuidadas y, sin embargo, constantemente necesarias a la Iglesia: «La hora viene, y ahora es, cuando ni en este monte, ni en Jerusalem, adoraréis al Padre; la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Dios es espíritu; y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren» (1).

(1) Juan, 4. 21, 23, 24.

ÍNDICE

PÁGINAS

Prefacio 3
Prólogo 5

CAPÍTULO I 7

La Biblia y la verdad de la Biblia

La verdad de la Biblia.—Dos clases de duda.—La exactitud histórica y las verdades espirituales.—Esta distinción es necesaria.—Todo lector que halla edificación en la Biblia reconoce inconscientemente esta verdad.

CAPÍTULO II 11

Las verdades espirituales y las cuestiones cronológicas

Las relaciones entre el alma y Dios son independientes de las cuestiones de tiempo.—No es cosa fácil suprimir esas relaciones.—Diferentes órdenes de verdades.—La Biblia trata ante todo de las relaciones con Dios.

CAPÍTULO III 15

El estudio crítico se impone

El estudio crítico del Antiguo Testamento es inevitable.—La crítica tácitamente admitida.—Elección verdadera entre una crítica científica y la que no lo es.—¿Qué dice la Biblia sobre su propia historia?—Dos estados de espíritu diferentes.—Actitud de Jesús —Conclusión.

CAPÍTULO IV 21

La Biblia y la literatura de Israel

La Biblia contiene la literatura de Israel.—Valor de la literatura.—Testimonio de la literatura de Israel sobre la conciencia religiosa.—La Biblia ilustra la capacidad religiosa del hombre.—Valor que ese hecho confiere a la

PÁGINAS

Biblia.—Posición de la Iglesia respecto al Nuevo Testamento.

CAPÍTULO V 25

Algunas palabras sobre la poesía y la prosa

Las palabras se convierten en lazos.—Forma y fondo.—Narración poética y poesía narrativa.

CAPÍTULO VI 29

Algunos métodos de interpretación

Importancia de una recta interpretación.—Ejemplos.—Extravíos de la imaginación.—Las explicaciones contemporáneas carecen de autoridad.—¿Disminuye esto la credibilidad?—El caso de nuestro Señor.—El caso de los posesos.—El verdadero problema.

CAPÍTULO VII 36

Formación de la Biblia

Crecimiento gradual.—Desarrollo en la formación del Canon.—Las fases de la formación del Canon.—Modo gradual de desarrollo.—Desarrollo debido a las costumbres y a la leyes.—Fuerzas progresivas y fuerzas retrógradas.

CAPÍTULO VIII 47

La idea de Dios en el pueblo de Israel

El monoteísmo en Israel.—Politeísmo de los Semitas.—El monoteísmo de Israel depende de su historia.—¿En qué época se produjo la crisis?—El período del Exodo.—La revelación de Dios.—Hubo más que una liberación nacional.—Los profetas confirman esto.—Lo que implica este concepto.—El fuerte elemento ético.

CAPÍTULO IX 58

La inspiración

¿Se puede definir la inspiración?—Hay cosas que desafían toda definición.—Inspiración de las grandes obras literarias.—Lo mismo sucede con la Biblia.—La inspiración no es siempre evidente.—La inspiración es global.—Carácter práctico de la inspiración.—La inspiración general y la bíblica.—Pruebas de la inspiración de la Biblia.

PÁGINAS

CAPÍTULO X 68

La revelación contenida en la Biblia

Revelación e inspiración no son idénticas.—Revelar es descubrir la verdad.—Una verdad conocida se convierte en un lugar común.—La revelación bíblica.—Su carácter progresivo.—Algunas señales de este progreso.—La revelación es un proceso gradual que la Biblia pone de manifiesto.

CAPÍTULO XI 73

El criticismo bíblico no es cosa nueva
Algunos aspectos de su historia

Indicios antiguos de la crítica bíblica.—Hexateuco y Pentateuco.—Los materiales.—Los materiales publicados.—Argumentos diversos.—El lenguaje y el estilo.—Costumbres e instituciones.—Los conceptos religiosos.—Noción general de un desarrollo.—Clasificación de los materiales.—El deuteronomista.—Documento jehovista-elohista. (J. E.)—El documento sacerdotal. (P.)—Ese desarrollo es natural.

CAPÍTULO XII 85

El valor histórico de la Biblia

Carácter vario de las partes de la Biblia.—Los héroes individuales.—Hechos generales.—Tribus e individuos se confunden.—La distinción es difícil de señalar.—Cómo nos son presentados los personajes del Antiguo Testamento.—Actitud de los especialistas.

CAPÍTULO XIII 91

Los Evangelios y el Cristo

Atractivo del problema de los Evangelios.—La ciencia crítica no puede detenerse.—Interés creciente que inspira la

PÁGINAS

persona de Jesús.—Algunos aspectos del problema.—Los evangelios sinópticos.—El fondo común de los evangelios.—Este fondo constituye un valioso testimonio.—Jesucristo es la cuestión suprema.—Indecible belleza moral del retrato de Jesús trazado en los evangelios.—Relación entre la supremacía moral y el elemento milagroso.

CAPÍTULO XIV 98

El Evangelio del Cristo eterno

Carácter especial del cuarto evangelio.—Algunos rasgos de este evangelio.—El Cristo espiritual.—Lo espiritual es lo eterno.—Ese evangelio nos transporta allende el tiempo.—Importancia del cuarto evangelio.—La cuestión de autenticidad es importante.—Su valor espiritual es mayor.

CAPÍTULO XV 103

El espíritu que hay que poner en el estudio de la Biblia

Valor espiritual y permanente de la Biblia.—El saber aumenta el provecho de la Biblia.—La relación de Dios con el hombre se manifiesta gradualmente.—A través de circunstancias y tiempos diversos.—Una ley constante es compatible con las variaciones.—Un solo propósito pero muchos medios.—La clave áurea de la vida.—Los tesoros que quedan a los humildes.—Las cosas espirituales están por encima de todo cambio.

FE DE ERRATAS

PÁGINAS	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
4	29	acopbar	acopiar
21	8	reflección	reflexión
39	20	selecionados	seleccionados
42	38	civilaciones	civilizaciones
51	25	probervio	proverbio
60	11	seguudo	segundo
69	10	decubrir	descubrir
77	4	pubiicados	publicados
84	8	adadía	abadía

LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA

CABALLERO DE GRACIA, 60

MADRID

—

	PTAS.	CTS.
San Mateo, explicado por Valdés	5.	—
Estudios sobre las Sagradas Escrituras, por Platt	6.	—
Catecismo de Heidelberg	0.	50
La Cautividad babilónica de la Iglesia, por Lutero	1.	50
Epístola consolatoria	0.	75
El Gran dilema, por E. B. Ottley	1.	—
Héroes españoles de la fe	2.	—
María, la madre de Jesús	0.	50
La Mariposa, por G. de Villarmino	1.	—
Socialismo y Religión	1.	—
La Religión y las Ciencias Naturales, por Bettex	4.	—
Direcciones actuales de la Pedagogía, por L. Luzuriaga	3.	—
El Cristianismo de Cristo y el Cristianismo del Papa	0.	50
El primado de San Pedro y el Papa, por J. Frohschammer	0.	50
La Navidad de Angela, tela	0.	75

OBRAS DE LOS REFORMISTAS ESPAÑOLES

(BIBLIOTECA DE USOZ Y RÍO)

(T. XV) Alfabeto cristiano, Por J. de Valdés (1546), en español, italiano e inglés, en rústica	18.	—
La misma obra, en pasta	20.	—
(T. V) Artes de la Inquisición, por G. de Montes (1507), rústica	15.	—
(T. VII) Breve tratado de la Doctrina Cristiana, por J. Pérez (año 1560), en rústica	12.	—
La misma obra, en pasta	15.	—
Carrascón, por Fernando de Tejada (1633), en rústica	9.	—
La misma obra, en pasta	10.	—
(T. IX) Ciento diez consideraciones, por J. de Valdés (1550), en rústica	9.	—
La misma obra, en pasta	10.	—
(T. XVII) De la obra anterior (reimpreso del tomo IX, 1558), en rústica	23.	—
La misma obra, en pasta	25.	—
(T. X y XI) Comentario sobre la epístola de Pablo a los Romanos y 1.ª a los Corintios, por J. de Valdés	25.	—
(T. IV) Dos diálogos (Mercurio y Carón), por J. y A. de Valdés (1548), en rústica	12.	—
La misma obra, en pasta	15.	—
Dos informaciones, por J. Pérez	20.	—
(T. VI) Dos tratados (del Papa y de la Misa), por C. de Valera (1588-99), en rústica	18.	—
La misma obra, en pasta	20.	—
(T. XX) Historia de la muerte de J. Díaz, por Claudio Senarcles (1546)	30.	—
(T. III) Imagen del Anticristo y Carta a Felipe II, por J. Pérez (1558), en rústica	4.	—
La misma obra, en pasta	5.	—
(T. VIII) Tratado para confirmar en la fe cristiana, por C. de Valera (1594) Aviso a los de la Iglesia romana sobre Jubileos, por C. de Valera (1600) El español reformado, por N. J. Sacharles (1621). Estos tres libros en un tomo	30.	—
Spanish Reformers of two Centuries, por E. Bœhmer (vol. I, año 1874), en rústica	18.	—
De la misma obra (vol. II-1883), en rústica	18.	—
Idem id., en pasta	20.	—

NOTA.—Sírvese catálogo gratuito a cuantos lo pidan.